



SS

**SERVICIO
SECRETO**

CLIFF BRADLEY

LA SOMBRA DE "MADAME"

CLIFF BRADLEY

La sombra de "madame,,

1.ª EDICIÓN
ABRIL - 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA -- BUENOS AIRES

**OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

249. — Sangre en Las Vegas. 273. — Juego peligroso. 282. — Rencillas trágicas. 307. — Una misión endiablada. 312. — Contra la traición. 315. — En deuda con el crimen. 328. — Un hombre de Texas. 338. — «Cimarrón». 341. — Dos forasteros de Rawhide. 356. — El pacto de los muertos. 358. — Dexty vuelve.

En Colección BUFALO:

12. — Río San Juan. 33. — El valle sin ley. 42. Gato salvaje. 62. — Ases en la manga.

En Colección SERVICIO SECRETO

157. — Veracruz. 182. — Caza mayor. 190. — Donde los hombres mueren. 200. — Buscando la muerte.

En Colección PANTERA:

5. — Pecos.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyesto, 2 - Barcelona**

LA SOMBRA
de
"MADAME"
por Clipp Bradley



CAPÍTULO PRIMERO

Pierre Montal, mejor conocido por «El Gato», examinó unos instantes la casa silenciosa. Una luz salía por las ventanas a la derecha del piso bajo, pero el resto de ella parecía sumido en las sombras. Alrededor, los árboles del jardín aumentaban la sensación de soledad. Y, no obstante, al otro lado se deslizaba la carretera Cannes-Niza siempre llena de tráfico, especialmente en aquella estación.

Pierre pensó que tenía suerte. Cuando se decidió aquella noche a hacer una visita a las joyas del opulento sudamericano Aristides Barroso esperaba tener que hacer uso, desde el primer momento, de su reconocida habilidad para escalar toda clase de verjas, paredes y muros. Un poco más allá estaba aquella puertecilla, dejada abierta por descuido, que le evitaría tener que encaramarse sobre la verja, erizada de pinchos. Envío «in mente» un saludo agradecido al criado que había cometido la negligencia, empujó la puertecilla, se metió adentro y volvió a dejar la puertecilla tal y como estaba. Uno no llevaba seis años actuando con éxito en la honorable y difícil profesión de asaltante nocturno de «villas» y apartamentos sin que la policía le haya echado nunca el guante, de no ser muy cuidadoso en todos los detalles. Y Pierre Montal lo era...

Por eso ahora, mientras avanzaba como un gran gato negro hacia la quinta, sabía con todo detalle lo que tenía que hacer para apoderarse de cien mil dólares en joyas. La habitación donde éstas se encontraban era la correspondiente a los tres ventanales centrales delanteros del piso alto. Aquella era la alcoba de los Barroso. Él se hallaba desde el día anterior de viaje —uno de sus frecuentes viajes de placer o negocios en el pequeño y hermoso yate de su propiedad— y ella debía estar ahora en una fiesta en Saint-Jean Les Pins. De los dos guardaespaldas del millonario, uno se encontraba con él, y el otro se hallaría montando guardia en el piso bajo. Probablemente

en el despacho o en el salón... Respecto a la servidumbre, sólo debería haber en aquellos momentos en la casa dos mujeres; la cocinera y la doncella de la señora Barroso; ambas dormían en el piso bajo. El alto quedaba, pues, enteramente a su disposición, y un hombre tenía que poseer el oído de un ciervo para captar el silencioso avance de Pierre Montal, y sus manipulaciones cuando trabajaba.

Las joyas eran preciosas, y valían la pena. Un collar de diamantes, un par de «pendentifs», tres brazaletes, otro collar de perlas y algunas otras. Todo fácilmente desmontable y convertible en dinero. Cauchoin, o Dutreval, pagarían por ello treinta mil dólares en buena moneda americana sin mucho discutir. La señora de Barroso no había ido a una recepción, sino más bien a una fiesta casi íntima, en la que, como de costumbre, se encontraría con el vizconde de Trenart. El vizconde y ella eran muy buenos amigos... Resultaba desolador ver la frecuencia con que las esposas jóvenes de millonarios de edad madura se enamoraban de hombres de su edad y con muchos atractivos físicos. De Trenart los tenía... pero nada más.

En realidad, ni siquiera se llamaba De Trenart; pero esto no era cosa que importase mucho al fin y al cabo. Desde luego, la bella esposa del millonario no lo sabía; mas Pierre pensaba que tal cosa no habría afectado demasiado su amor por el apuesto «vizconde». Las mujeres son unos seres adorablemente románticos, y Pierre Montal debía muchos de sus mejores «golpes» a su romanticismo. Por eso sentíase siempre inclinado a mirar con indulgencia sus debilidades.

Él mismo podía pasar sin esfuerzo por un agradable ejemplar de hombre en cualquier parte donde hubiera mujeres. Alto, delgado, de correctas y enjutas facciones, cabello oscuro y fino bigote, vestía siempre con exquisita elegancia, se alojaba en los mejores hoteles, y era proverbial su buena suerte en los casinos y con el bello sexo. La policía y sus amistades le conocían como un hombre sin preocupaciones, buen conversador y muy amigo de divertirse honestamente. Sus donativos para los fondos de la policía solían ser generosos, y por eso era bien recibido en los mismos lugares donde «El Gato» constituía la pesadilla de los representantes de la Ley.

Ahora vestía una especie de «mono» negro, calzaba zapatos con

suela especial, y guantes de cuero fino. Llegó junto a un corpulento árbol que se alzaba frente en la parte posterior de la casa y trepó a él con sorprendente agilidad, encaramándose por las ramas hasta una de las más altas, por la que avanzó a horcajadas. Al llegar a cierto punto donde la rama comenzaba a doblarse de un modo peligroso, se deslizó de ella hasta quedar colgado de ambas manos, e inició un vaivén gradual. Un minuto más tarde saltaba por el aire, ejecutando una pirueta que le habría valido un cerrado aplauso en cualquier circo, y sus manos alcanzaban la balaustrada de piedra del balconcillo, que era su objetivo. Diez segundos más y Pierre estaba de pie en el balcón.

Mientras recobraba el ritmo normal de la respiración, introdujo la mano en uno de los bolsillos del «mono», sacó un pequeño instrumento y lo que parecía una pera de goma; hizo con el primero una perfecta incisión circular en el cristal de la ventana, aplicó la segunda tras haberla inflado y, con un leve chasquido, un trozo de cristal se desprendió, siendo cuidadosamente depositado a un lado del balcón.

Luego entró en acción otro instrumento: una delgada hoja de acero que, introducida en cierto modo entre la cristalera y la contraventana, reveló la existencia de un fino alambre, que se habría roto al abrir la primera, provocando la consiguiente alarma. Unos diminutos y eficientes alicates salvaron la dificultad. La cristalera fue abierta, levantando la falleba con un gancho de acero, volvió a entrar en acción la hoja detectora de cables, volvieron a trabajar alicates y gancho, y las contraventanas fueron abiertas a su vez, permitiendo a Pierre la entrada en la fortaleza.

Cerrando a su espalda las contraventanas, Pierre sacó una linterna de bolsillo, no mucho mayor que un lápiz, pero cuyo rayito de luz era más que suficiente para descubrir cualquier obstáculo. Todos los útiles de su trabajo apenas si le abultaban a Pierre en los bolsines, estratégicamente distribuidos, dejándole espacio de sobra para el botín, que nunca era tampoco voluminoso... Avanzó rápido y silencioso hasta la puerta, la abrió, salió al pasillo, débilmente iluminado, y fue hacia la parte delantera. Abajo parecía haber alguien moviéndose. Acaso el guardaespaldas, o tal vez la doncella...

Sin hacer más ruido que una sombra, alcanzó la puerta de la

alcoba, que constituía su objetivo, abriéndola y metiéndose dentro. La pequeña caja de caudales estaba en la pared de la derecha, debajo de un Corot. Dejando la linterna sobre el tocador, se quitó los guantes, sacó otros de nylon especial y se los puso, guardando los primeros. Luego tomó la linterna, fue al Corot, lo levantó, y dejó al descubierto la caja de caudales.

Sus dedos sensitivos y su oído aguzado entraron inmediatamente en acción para descubrir la combinación de la caja. Una tras otra comenzaron las letras a encajar en su sitio...

Y de repente, se quedó rígido, medio vuelto hacia la escalera, por dónde se acercaban apresurados pasos de mujer.

En tales ocasiones, Pierre Montal obraba de un modo automático. El cuadro estuvo en su sitio y él, junto a la puerta del ropero en sólo quince segundos. Abrirlo y meterse dentro de él aún le costó menos, al comprender que la mujer que llegaba se dirigía a la alcoba.

Atisbó por la ranura, dejada abierta apenas. No podía ser más que la doncella que traía algo que se le había olvidado. Y como el salto de cama y la bata de noche de la dueña de la casa estaban sobre la colcha, no podía tratarse de nada referente al ropero, motivo por el cual Pierre lo había elegido como escondite. Ahora, envuelto en perfumes, sedas y pieles, apretó las mandíbulas, pensando en que aquélla era una de las imprevistas contingencias que, en su profesión, solían poner en peligro los planes mejor formados...

Entonces comenzaron a suceder cosas...

Primero, encendió la luz, y Pierre estuvo a punto de soltar un taco. En la alcoba había entrado una mujer joven, delgada, y muy hermosa, de cabello casi dorado y vestida con traje verde de calle. Y esta mujer era la dueña de la casa, la esposa de Barroso...

El por qué ella estaba ahora aquí, vestida con un traje de calle, en vez de hallarse a varios kilómetros, en la fiesta a la que Pierre creía no, iba a faltar, resultaba de momento un enigma. Lo esencial era que estaba allí... y que la situación de «El Gato» se había tornado muy delicada...

Apretando los dientes, la vio acercarse a una mesita de laca japonesa y dejar sobre ella un gran bolso negro, que llevaba en la diestra, aproximándose hacia la derecha, fuera de su radio de

visión, de donde volvió al poco portando un maletín de viaje. La joven señora parecía muy agitada y bastante pálida, sus movimientos eran nerviosos y furtivos... En su escondite, Pierre esbozó una leve sonrisa malhumorada. ¡Vaya! La dama había escogido aquella noche precisamente para escapar con su adorado vizconde... Ahora se llevaría las joyas y él habría hecho en vano su trabajo. Gracias podría dar si lograba escapar de allí sin mayores preocupaciones...

La acción se desarrolló cómo esperaba... y temía. Porque la mujer se dirigió directamente al ropero, adelantó la diestra hacia el tirador, corriéndolo...

Y en el mismo instante, Pierre entró en acción. Había que actuar con la máxima contundencia y rapidez, pues la señora Barroso le había sido presentada una vez, semanas antes, y le reconocería en el acto...

Su diestra se abalanzó, portando una chaquetilla de armiño que tapó la cara a la mujer, sofocando su grito de susto; y su brazo izquierdo la oprimió, rodeándola en férrea presión, contra su propio pecho. La mujer se debatió, pataleó, emitió unos sordos gritos... Pierre le rodeó la cabeza con la chaquetilla y usó uno de los trucos aprendidos en sus tiempos de «comando», atrapándola en una presa que la dejó inconsciente en un segundo. La mujer se desmadejó contra él, y Montal tiró el ya inútil armiño, sosteniéndola.



Su diestra se disponía a abrir cuando...

Estaba desmayada y, por lo menos, tendría para un cuarto de hora. Bueno, esto suponía un respiro y una posibilidad. Quince minutos bastaban y sobraban a «El Gato» para abrir una caja de caudales, de la que ya subía más de media combinación, limpiarla de su contenido, salir de la finca y alcanzar el pequeño automóvil

que le esperaba a doscientos metros de allí, oculto en un caminito cerca de la carretera...

Levantó a la joven, echándola sobre la cama con delicadeza. A Pierre Montal no le gustaba tratar mal a las damas, a no ser que ellas se lo mereciesen... La señora Barroso despertaría a su debido tiempo y podría ir a reunirse con su amante, como tenía, por lo visto, planeado... pero sin las joyas. Aquella era la parte de «El Gato»...

Se inclinó para auscultar el corazón de la muchacha. Latía normal, y eso era bueno. Siempre cabía la posibilidad de un accidente desgraciado cuando se aplicaba aquella presa a la nuca...

Volvió a su tarea, abrió la caja... y profirió una maldición, desilusionada al verla completamente vacía. ¡Cinco preciosos minutos perdidos!

Sus ojos fueron al gran bolso negro. Una mujer tan elegante como la señora de Barroso no llevaría aquel aditamento, a no ser por una razón muy importante... Cien mil dólares en joyas, por ejemplo...

Otra vez se quedó rígido, mirando hacia la puerta. Porque ahora volvían a sonar pasos en el pasillo. Y éstos eran pesados y furtivos, rápidos también...

Ahora, Pierre no fue al guardarropa. Ya no tenía ninguna confianza en él. Se dirigió al cuarto de baño. Allí había una ventana que daba a un respiradero interior, y por aquel lugar podría escapar en caso de apuro...

El que llegaba le dio apenas tiempo a meterse en el cuarto de baño. La curiosidad profesional le hizo volverse a mirar por la puerta entornada... y un escalofrío le corrió por la espalda, mientras los nervios se le tensaban.

El hombre que acababa de entrar era De Trenart y llevaba en la diestra un puñal.

Aquello se ponía muy interesante... y extraordinariamente desagradable. Pierre agarró con ambas manos el pomo de la puerta, dudando entre salir y afrontar al otro, o quedarse allí y esperar. No le gustaba nada la expresión del rostro del falso aristócrata. Y mucho menos aquel puñal empuñado con mano crispada, donde claramente se adivinaba el esfuerzo...

El «vizconde» avanzó dos pasos, miró hacia el lecho donde yacía

su amiga, se pasó la lengua por los reseco labios y se enjugó el sudor que le perlaba el rostro con la mano izquierda. Llevaba guantes de seda, y esto aumentaba lo ominoso de su aspecto... Luego, tras respirar fuerte, se llegó al lecho en dos zancadas, desapareciendo de la vista de Pierre durante un par de segundos. Los oídos de éste captaron un sonido seco y siniestro, que le erizó el vello y le hizo correr un chorro de hielo por la espalda, y enseguida, volvió a ver aparecer al vizconde, ahora sin cuchillo, corriendo desatado hacia la puerta, que cerró a su espalda. El ruido de sus pasos por el pasillo y la escalera se apagó casi enseguida...

Lentamente, Pierre salió del cuarto de baño y se llegó al lecho. Le temblaban ligeramente las piernas, y tenía el cerebro más frío que nunca. Inclínose sobre la mujer tendida sobre las ropas, y le bastó una ojeada para darse cuenta de que estaba muerta. El mango del puñal le sobresalía del seno izquierdo. Por sobre la piel, suavemente dorada, comenzaba a correr un hilo rojo... Tenía la cara vuelta hacia el otro lado, y el pelo se la tapaba bastante; pero bajo el maquillaje ya se advertía la huella de la muerte...

Un frío intenso calaba los huesos a Pierre Montal, a pesar de lo templado del ambiente. Y un ligero sudor comenzó a perlarle las sienes. No es que la presencia de la muerte violenta le asustase. Había visto demasiados muertos durante la guerra... Pero esto era distinto. Una bella y joven mujer acababa de ser asesinada casi ante sus ojos en la propia alcoba de ella. Y él, Pierre Montal, no podía acusar al asesino sin explicar su presencia allí. Podía haberlo hecho alegando un «*affaire*» amoroso con la muerta... si no fuera porque estaba aquel corte del cristal, y porque no le convenía que la policía se pusiera a investigar su vida...

Abajo sonó el ruido de la puerta de la calle al cerrarse. Rápido, Pierre fue a las ventanas, abrió una un poco más escudándose tras ella, y pudo ver al asesino dirigirse rápidamente hacia la carretera, perdiéndose de vista. Bueno sería escapar también de allí y olvidarse de las joyas que había venido a buscar.

Volvió a atravesar la alcoba, yendo a abrir la puerta. Su cerebro trabajaba a la máxima velocidad. El hecho de que el asesino hubiese escapado por delante suponía un camino libre por allí. Lo mejor sería aprovecharlo y poner tierra por medio, dejando a la policía el trabajo de descubrir quién mató a la señora de Barroso...

No había dado dos pasos por el pasillo cuando oyó subir a alguien la escalera. Con una sorda maldición, dio media vuelta y, sin preocuparse de cerrar la puerta de la alcoba, se metió otra vez dentro, yendo, como antes, al cuarto de baño, y esperando a ver quién era el nuevo visitante de la dichosa habitación.

Los pasos eran de mujer, y no parecían muy seguros. Pierre pensó que se trataría de la doncella, y se dijo que si entraba y descubría el cadáver, sólo podían pasar una de estas dos cosas: o bien profería un chillido y se desmayaba, lo cual le permitiría escaparse; o chillaría también sin desmayarse, corriendo en busca de auxilio, lo que le daría una oportunidad; o chillaría, quedándose allí hasta que subiera alguien, lo cual no tenía nada de agradable para él...

Pero no estaba preparado para lo que sucedió. Cuando la nueva mujer apareció en la puerta con gesto titubeante, Pierre se quedó de una pieza, con la boca y los ojos muy abiertos y creyendo estar viendo visiones. Porque allí, viva y bien viva, estaba la muerta...

El mismo rostro, el mismo pelo, idénticos el vestido y el bolso... No cabía la menor duda. Pero esto, claro está, no era posible... Y Pierre no creía en los milagros.

Se frotó los ojos con la mano, malhumorado. Sólo le faltaba que los nervios le gastasen aquella jugarreta...

Pero no eran los ojos, ni los nervios. La muerta estaba muerta sobre el lecho... y estaba también viva, acercándose a sí misma. ¿Qué clase de absurdo era aquél?

La recién llegada no parecía muy segura de la situación. Había mirado a su alrededor al entrar, y ahora estaba mirando con cierta aprensión a la mujer yacente en el lecho. Pierre pensó, casi inconscientemente, en que ella no podía ver ahora la sangre ni el mango del puñal, desde donde estaba. Tendría que avanzar un poco más...

Dio tres pasos. Y habló:

—Señora Barroso... Señora Barroso...

Su voz era muy agradable, pero sonaba insegura y recelosa. Luego, el recelo aumentó. Dejó el bolso sobre la mesita, junto al otro y dio dos pasos más...

De pronto se detuvo, palideciendo intensamente y llevándose las manos a la boca, mientras emitía un grito de horror. Había

descubierto el puñal y la sangre...

Permaneció así casi quince segundos. Luego se atrevió a acercarse un poco más al lecho, se inclinó para mirar a la muerta, se incorporó temblando visiblemente, paseó en torno suyo una mirada de animal acorralado, emitió un nuevo gemido, se volvió rápida, cogió uno de los bolsos con gesto maquinal, cruzó la alcoba, salió al pasillo, corrió a la escalera y la bajó apresuradamente...

Pierre abrió la puerta del cuarto de baño, salió a la alcoba con el ceño fruncido, miró a la muerta, y luego se acercó a la mesilla, tomando el bolso y abriéndolo.

—¡Maldita sea! ¡Buena la hemos hecho! —masculló, apretando las manos sobre el bolso. Porque la muchacha que acababa de escapar de allí habíase llevado el bolso de la mujer asesinada... y con él cien mil dólares en joyas. Ahora sí que «El Gato» se encontraba en peligro... en mucho peligro...

CAPÍTULO II

Con el bolso en la mano, Pierre salió de la alcoba siniestra, atravesó el pasillo, bajó la escalera y echó un vistazo hacia el comedor y otro al salón. En éste, descubrió dos piernas de hombre tendidas al extremo de un sillón, y de nuevo volvió a acometerle el escalofrío. En dos zancadas se metió en el cuarto y no necesitó más que una rápida ojeada al hombre caído sobre uno de los brazos del mueble y al cuchillo hincado entre sus omoplatos para comprender que sus peores aprensiones se habían convertido en realidad. Habíase metido sin saberlo en medio de una serie de crímenes y coincidencias y, como se descuidara, iban a conducirlo delante de *Madame Guillotina*...

Saliendo a toda prisa, dudó entre escapar por la puerta principal o hacerlo por la que conducía al jardín en la parte posterior. Se decidió por la segunda, diciéndose que eran mucho menores las posibilidades de ser descubierto, y además, casi seguro que por allí había escapado la desconocida «doble» de la muerta. Tal vez pudiera darle alcance, si ella no había llegado en automóvil propio...

Sus acciones eran casi tan veloces como sus pensamientos y tenía en el cerebro el plano de la casa. Atravesó la planta baja hasta la puerta de atrás, encontrándola abierta, lo que le afirmó en su creencia de que la mujer misteriosa había huido por allí y, acaso, tanto ella como el asesino entraron también por ella. Cruzó en cuatro zancadas el jardín silencioso hasta la puertecilla del muro, también abierta de par en par, la franqueó sin molestase en cerrarla, y oteó a todos lados aguzando el oído.

Pero ni vio, ni oyó nada, que le señalase la presencia de la fugitiva. Ella debía haberse puesto a salvo de algún modo. Tampoco sentiría el menor deseo de que la encontrasen cerca del lugar del crimen...

Corrió hacia el lugar donde había dejado su propio coche. La noche era fresca y nubosa, lo que resultaba un alivio. Circulaban bastantes coches por la carretera; pero él no tenía ahora los sentidos allí. Llegó al soto donde había dejado el coche, oteó con cuidado posibles presencias peligrosas, y una vez tranquilo al respecto, se metió en el coche, despojóse del «mono» y se embutió una chaqueta y unos pantalones oscuros. El «mono» y los zapatos especiales fueron a parar debajo del asiento delantero. Pierre quedó convertido en un apacible caballero de honorable apariencia, y sentándose al volante, maniobró el coche, sacándolo por el caminito a la carretera mientras bendecía que no hubiera llovido en un mes y el viento estuviese aumentando en violencia. A la mañana siguiente no quedarían huellas de los neumáticos en el camino...

Salió a la carretera y enfiló hacia Cannes, acelerando hasta el límite legal, mientras sacaba la pitillera, extraía un cigarrillo y lo encendía con mano firme. Pasada la primera impresión, el cerebro y los nervios de Pierre Montal funcionaban como una máquina eficiente y perfecta.

La situación podía resumirse en tres palabras: Peligro cierto y grande. Peligro para Pierre Montal. A menos que ocurriese un milagro, al día siguiente «El Gato» sería acusado de doble asesinato con premeditación, alevosía, nocturnidad, escalo, robo... Todas las agravantes del código y algunas más. Y no tenía otra manera de defenderse, si lo atrapaban, que contar una historia que nadie creería...

Claro está que aún no lo habían atrapado. Es más, ni siquiera conocían la identidad de «El Gato». Pero también era cierto que no se persigue lo mismo a un ladrón pacífico y elegante que a un asesino feroz. No, por aquella parte, el panorama no podía ser más negro...

Claro que estaba el falso vizconde y verdadero asesino. Pero Pierre no era tonto. Un hombre capaz de hacer lo que aquél había hecho, tendría su coartada bien preparada, y no podía acusarle sin autoacusarse al mismo tiempo. Podría salvar tal vez el cuello, pero no escaparía de una condena de veinte años, lo que era casi tan malo...

Buscar al asesino y hacerle confesar los motivos que le indujeron

a cometer su delito, podía ser una solución... y podía no serla. Quien mata una vez, matará ciento para salvarse de la guillotina. Trenart tal vez no estuviese solo en aquel asunto. No, era mejor obrar con prudencia, con mucha prudencia...

Quedaba la desconocida. Éste era tal vez el mayor enigma de todos. ¿Quién era, cómo se llamaba, de dónde venía, a dónde había ido, para qué fue a casa del millonario aquella noche? Demasiadas preguntas sin respuesta, pues el bolso de la desconocida no contenía documentos que la pudieran identificar. ¿Qué haría ella al descubrir que había cambiado de bolso? Tenía que encontrarla a toda costa, y encontrarla cuanto antes. Su propia seguridad dependía de ello...

Llegó a Cannes y se dirigió en el coche a uno de sus «nidos», un pequeño garaje con una habitación arriba, situado cerca de la playa. Guardó el coche allí, tomó el bolso y subió con él a la habitación.

Era pequeña, pero cómodamente amueblada. Dejando el bolso sobre la mesa que había en el centro, fue a un armarito y sacó una botella de coñac y un vaso, se sirvió una generosa ración de licor, que apuró de un trago, fue a la mesa, tomó el bolso y vació su contenido, examinándolo con interés.

Una polvera, una barrita para los labios, un pañuelo, unos guantes, un par de chucherías femeninas, una agenda, dos mil francos en billetes dentro de una carterita, un paquete de «Players», un encendedor barato y una hoja de papel con membrete. Pierre desdeñó todo, excepto la agenda y el pedazo de panel. Desdobló éste y leyó unas líneas escritas a máquina.

«Esté en el sitio a las nueve en punto, y no olvide las instrucciones».

Nada más. «El sitio» no podía ser otro que la quinta de los Barroso. Pero ella no había llegado hasta casi las nueve y media...

Dobló el papel, guardándolo en un bolsillo, y abrió la agenda. Era nueva, y había en ella algunos números de teléfono y direcciones, todos de París. En su mayoría, eran agencias de colocaciones. Al final, había un par de números de teléfono, y dos que enseguida atrajeron la atención de Pierre; el de la quinta de los Barroso, y el de un hotel de Cannes.

Quince segundos más tarde, Pierre bajaba de nuevo las escaleras, sacando el coche y encaminándose al hotel señalado en la

agenda.

Dicen que hay también una Providencia para los ladrones. Si es así, debió acordarse en aquellos momentos de Pierre Montal, porque cuando, tras aparcar el coche frente al hotel, cruzó la calle y penetró en él decidido a averiguar como fuese si allí se alojaba la desconocida, la vio salir del ascensor seguida por un «botones» portando su equipaje.

Haciéndose el desentendido, Pierre fue hacia un lado del vestíbulo, mientras encendía un cigarrillo. Había llegado a tiempo...

Ella era, a no dudarlo, la muchacha desconocida. Aun llevaba el traje verde y estaba sumamente pálida bajo el maquillaje, bastante demudada también. Aun a distancia se le notaban los nervios. Apretaba con fuerza el bolso de mano y eso dijo a Pierre que ya conocía la suplantación y su contenido. Sus ojos oscuros miraban como los de un perro acorralado...

Pagó en el «comptoir», apenas si hizo caso del cordial saludo de despedida del empleado y marchó nerviosa hacia la calle, mirando a todas partes con recelo. Pierre fue tras ella tranquilamente, salió a la calle y la vio meterse en un coche de alquiler, que partió rápido.

El «botones» se quedó un instante mirando en la acera. Pierre se le acercó sonriendo, mientras sacaba algo de su bolsillo, y le interpelló.

—Hermosa joven ¿eh?

El «botones» le miró entre desdeñoso y desconfiado.

—Bueno, no creo que eso le...

Pero se detuvo en seco y cambió de expresión a la vista del billete de banco que blandía Pierre con inocente gesto.

—¡Hum! Si es bonita... —dijo súbitamente locuaz—. Pero no sé qué le pasa. Regresó hace media hora con una expresión rara y pidió la cuenta y un billete para París. Parecía tener mucha prisa...

El billete cambió de dueño entre sonrisas.

—Eso está bien. Veamos si puedes exprimir un poco más la memoria. ¿Hace mucho que estaba en el hotel?

—Sólo dos días. Se llama Suzanne Ferrán y procedía de París, según el libro...

—Eres un pozo de noticias, muchacho. Ahora serás un hombre prudente si te olvidas de esta pequeña conversación. ¿Conque se fue a París?

—En el tren de medianoche, señor. Y a veces tengo muy mala memoria.

Pierre ya estaba andando hacia su auto. No le importó gran cosa que el «botones» viera la matrícula, porque era falsa. Otra de sus sensatas precauciones... Poniéndolo en marcha, enfiló hacia el centro, torció por una serie de callejas más o menos tranquilas y se detuvo en su «cueva» otra vez. Dejando el coche, subió arriba, recogió unas cosas, salió, anduvo un par de manzanas, tomó un taxi, le dio la dirección del Crillón y cuando llegó al lujoso hotel, entró con perfecto aplomo, recibiendo saludos y sonrisas de la servidumbre y de algunas mujeres que andaban por allí. Se acercó al «comptoir» y habló rápido.

—Tengo que marchar a París enseguida. Resérveme un billete de primera con cama en el tren de medianoche y prepáreme la cuenta.

Tenía una habitación en el piso, y en ella, nada que fuera comprometedor en sí. Subió, metió en una maleta algunas prendas de ropa, tomó el abrigo, llamó a un «botones», bajó, recogió la cuenta, pagó, dejando una generosa propina, dijo que estaría de regreso antes de una semana, salió, montó en el taxi que le habían llamado y dio la dirección de la estación. Todavía faltaba media hora para la salida del tren de París.

Un empleado del hotel estaba esperándole en el andén con su billete. Y le llevó el equipaje hasta su reserva. El tren ya estaba lleno, y la mirada de Pierre buscaba por todas partes a la desconocida sin descubrirla. Al fin, y cuando ya desesperaba de lograrlo, oyó una conversación entre dos mozos del tren.

—Jacques, lleva este tubo a la ocupante del 16. Está esperándolo y me parece que lo necesita...

—¿Qué es un somnífero?

—Un calmante nervioso... Me gustaría saber qué es lo que ha alterado los nervios a esa preciosidad rubia...

Pierre pasó de largo, subió al coche y avanzó por el pasillo. Conque ella estaba en el número 16...

Él tenía el 19. Entró, tras comprobar que la puerta del 16 estaba cerrada, esperó a que el «botones» dejara las maletas, le dio propina y se quedó en el pasillo. El empleado llamó a la puerta del 16, dijo que traía el calmante y la puerta se abrió. No salió su ocupante, pero su voz al darle las gracias al mozo dijo a Pierre que no estaba

equivocado. Ella se encontraba allí.

El tren arrancó quince minutos más tarde, saliendo de la estación y avanzando veloz hacia la negrura del campo y de la noche. Dentro de su departamento, Pierre Montal se dijo que, después de todo, aún tenía suerte. La cosa no se presentaba tan mal como creyó al principio. Esta mujer era la clave de todo, y la tenía al alcance de su mano...

CAPÍTULO III

Eran las dos y pico de la madrugada... El ruido isócrono del tren causaba una somnolencia irrefrenable... Pero el que hizo la puerta del 16 al abrirse despertó en el acto a Pierre Montal.

Tenía la luz apagada, y no hizo el menor ruido al abrir la puerta. La mujer le estaba dando la espalda y avanzaba por el pasillo llevando en la diestra el famoso bolso. Una idea terrible pasó por el cerebro de Pierre haciéndole actuar con rapidez.

Salió al pasillo en el mismo instante en que ella abría la puerta que daba a la plataforma, saliendo al exterior y casi corrió para llegar a tiempo. Pero por poco no llega...

Ella ya estaba a punto de lanzar el bolso hacia la negra corriente del río que en aquel momento cruzaban cuando Pierre gritó:

—¡Un momento!

Con una exclamación ahogada, la muchacha se volvió rápida, enfrentándole. Había en sus ojos temor y recelo...

Pierre respiró fuerte y esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Bueno, *mademoiselle*, creo que usted iba a hacer una tontería. Nada se gana con arrojarle al primer río que pasa bajo nosotros...

Ella vio perder rigidez y respirar aliviada. Creía que él la había supuesto una presunta suicida... La cosa iba bien...

Dio un paso adelante y siguió hablando calmoso y persuasivo, sin dejar de mirarla fijamente.

—Tal vez me haya equivocado, y en ese caso le ruego me disculpe. Estaba desvelado y salía a fumar un cigarrillo. La vi venir hacia aquí, y me dije que acaso pudiéramos charlar los dos. Pero al verla hacer ese ademán... Bueno, preferiría que me tomase por un galanteador estúpido a haber llegado tarde para evitar un grave error sin posible reparo...

Ella le estaba mirando también fijamente, de una manera extraña. Era su mirada inclasificable, la mirada de quién está

terriblemente asustado y receloso, pero que desea tener alguien en quién confiar... Y habían en ella otras cosas también...

Habló ligeramente fría y ronca.

—No iba a suicidarme. Salí a... —Se paró en seco y añadió—: respirar un poco el aire. Me encontraba algo mareada.

—En ese caso, permítame invitarla a tomar alguna cosa en el bar. Aún estará abierto. Una copa de coñac y un cigarrillo...

—No, gracias; eso me marearía más.

—Bueno, pues... La ruego me permita quedarme aquí y fumarlo yo. Le prometo no tratar de hacerle el amor...

La muchacha rió, un tanto vibrante. Y su réplica fue bastante extraña:

—Creo que me convendría el que me lo hicieran esta noche... Perdona, no me haga caso. Estoy... bastante nerviosa. De todas formas, le agradezco su intervención. Creo que iba a cometer una tontería. Ahora volveré a mi departamento y trataré de dormir... Buenas noches.

Hablaba de un modo rápido y nervioso, como si quisiera convencerse a sí misma más que a su interlocutor. Pero algo dijo a Pierre que por aquella noche, las joyas estaban seguras. Así, se limitó a contestar cortés al saludo, mostrarse razonablemente galante, y dejarla ir. Luego que la desconocida entró en su departamento, quedó fumando en el pasillo un buen rato, y después fue al suyo, donde permaneció fumando un cigarrillo tras otro y pensando en su extraordinaria situación.

El sexto sentido que le mandaba no dejarse rendir por el sueño le ofreció el desquite cuando, en la luz grisácea del alba, el expreso se detuvo en la estación de Lyon. Oyó claramente abrirse la puerta de uno de los departamentos y supo que era el de la joven. Su propia maleta estaba en la rejilla, sin abrir, y un minuto más tarde, la tenía abajo. No encendió la luz, bendiciendo el hecho de que su ventanilla diese al andén. Abriéndola, pudo ver a la desconocida bajar del tren, recoger las maletas que le entregaba un mozo soñoliento, mirar rápidamente en derredor, y luego tomar las maletas y dirigirse hacia el interior de la estación. Rápido, alcanzó la suya, salió al pasillo, corrió hacia el extremo más cercano del coche y saltó a la vía por el otro lado del andén, apresurando el paso por entre las vías hasta la cola del tren, desde la cual miró

antes de cruzar al otro lado para asegurarse de que ella no estaba vigilando.

De modo que había bajado en Lyon cuando su billete era hasta París. Esto podía significar varias cosas, y una de ellas, que no se fiaba de él. Bueno, Pierre Montal era difícil de despistar...

Unos minutos más tarde estaba al otro lado de la estación, mirando la fila de taxis con sus conductores soñolientos. Llegóse al más cercano, cuyo chofer se despabiló en el acto, y metió dentro la maleta, inquiriendo:

—Oiga, amigo. ¿Ha visto salir hace un momento a una joven con dos maletas y un traje «beige» de falda estrecha?

El taxista se despabiló del todo.

—¿Policía?

—Puede. ¿La vio?

—No, señor. Han salido sólo tres viajeros mujeres y ninguna era ella.

Pierre iba a hablar cuando la vio aparecer con sus maletas llevadas por un mozo y el famoso bolso fuertemente aferrado. Respiró hondo. Acaso se había detenido a tomar una taza de café... Seguía teniendo suerte.

—Bueno, ahí está —dijo—. No tengo interés en perderla de vista, ¿sabe? En confianza, le diré que es mi mujer y nos hemos separado. Creo que ella va a reunirse con su amigo, y deseo tener una prueba fuerte para el divorcio. Ella no sabe que la sigo, ¿comprende?

El chofer sonrió expresivo y socarrón. ¡No iba entender...!

—Descuide; en estos casos, los hombres debemos ayudarnos unos a otros. Yo también soy casado, y con dos pequeños, ¿sabe?

La desconocida ya se había metido en uno de los taxis delanteros, que arrancó hacia el interior de la ciudad. El que llevaba a Pierre siguió al otro por las calles, que comenzaban a despertarse, haciéndolo de un modo verdaderamente discreto y eficaz. El chofer se detuvo cuando, dos manzanas más lejos, lo hizo el que perseguían y la muchacha bajó a la acera para abonar el importe del viaje.

—Bien, *monsieur*. Ella va a hospedarse en el hotel «Du Chateau». Yo tengo ahí un amigo. Se llama Lanvin, Jacques Lanvin, y es camarero. Él le ayudará si le dice que va de mi parte. Es un chico

listo y discreto. Dígale que le recomienda su compadre Ducrot.

Jacques agradeció los buenos oficios del taxista doblándole el precio de la carrera, esperó diez minutos, y luego entró en el hotel. Era un establecimiento que había conocido mejores tiempos, pero aún bastante confortable y distinguido. Un hombre de mediana edad, calvo y con espejuelos, le miró por encima de ellos al entrar, y pareció quedar complacido de su aspecto, pues esbozó una sonrisa, dejando al descubierto una dentadura roída y verdosa como la de un caballo.

—*Bonjour, monsieur*. Bienvenido al hotel «Du Chateau». ¿Desea una habitación, acaso?

—Así es. ¿Cuáles tiene disponibles?

Mientras el empleado se volvía al casillero, se inclinó como para dejar la maleta en el suelo y echó una rápida ojeada al registro. Allí, con la tinta aún fresca, estaba el último asiento: «*Mademoiselle* Suzanne Ferrán, de Cannes, para negocios... Habitación 34».

La firma de la joven estaba trazada con una caligrafía fina y nerviosa y una rúbrica original...

El empleado se volvió a decirle.

—Pues tenemos...

—¿No tienen nada en el piso tercero? Estoy algo cansado y quiero dormir sin mucho ruido.

—Sí, desde luego... Tenemos el 32, el 38, él...

—No se moleste más. El 32 me vendrá bien. Gracias.

Tomó la pluma, llenando la ficha en la que hizo constar que procedía de Montpellier en viaje de vacaciones. Luego firmó el registro, tomó la maleta y siguió al «botones» al ascensor. Una vez en el mismo preguntó al empleado:

—¿Está Jacques Lanvin en el hotel?

—No; él entra a las ocho. ¿Le conoce el señor?

—No. Pero sí a un amigo suyo, que me recomendó este hotel. Cuando llegue, haga el favor de decirle que suba. Tengo un encargo para él.

Entró en la habitación sin hacer mucho ruido, contestó con una inclinación de cabeza al saludo del mozo, cerró y, tras dejar la maleta junto a la cama, aguzó el oído.

En la habitación número 34 se percibían apagados rumores de pasos y luego el producido por una puerta al cerrarse, seguido del

ruido del agua. La desconocida se disponía a tomar un baño...

Pierre fue a la ventana, la abrió, y echó una ojeada. La casa era antigua, daba a una calle, al parecer tranquila, y un par de árboles casi impedían ver la acera. De noche, había pocas probabilidades de que nadie mirase hacia arriba, y menos de que vieses a un hombre saltar de un balcón a otro.

Y el suyo apenas distaba dos metros del correspondiente al cuarto de la desconocida. Para «El Gato» cruzar de uno al otro era cosa de juego...

Volvió al interior, se desvistió, y se metió en el cuarto de al lado, la desconocida estaba ahora quizá abriendo sus maletas, y después se puso a hablar por teléfono algo que Pierre no pudo averiguar, aunque aplicó el oído a la pared. Era una lástima que el hotel «Du Chateau» fuera tan antiguo... En uno moderno, habría podido escuchar cómodamente cualquier conversación en el otro cuarto...

Lanvin, el camarero, llegó a las ocho y diez, cuando la desconocida ya estaba durmiendo, o, por lo menos, en la cama. Era un hombrecillo pelirrojo, esmirriado y de ojillos astutos, con un gran bigote y falta de un buen arreglo dental. Pero demostró merecer la opinión de su amigo el chofer de taxi. Cuando Pierre, tras meterlo en el cuarto de baño y cerrar la puerta, le endilgó un bien preparado cuento de marido engañado, siguiendo los pasos a la esposa infiel, pidiéndole su colaboración a cambio de una buena gratificación, se declaró dispuesto a cualquier sacrificio, confesando ser un miembro de tan nutrida cofradía. Pierre le compadeció sinceramente por su desgracia, le dio un cigarrillo, y se dispuso a dormir tranquilo y confiado en su nuevo aliado, como así lo hizo en cuanto éste salió.

Eran las tres de la tarde cuando despertó, completamente a punto para lo que viniera. Lanvin subió con el almuerzo un cuarto de hora después, y también con un montón de noticias. La desconocida había dormido hasta una hora antes y ahora estaba en su cuarto leyendo periódicos mientras comía. Había pedido le trajesen varios periódicos, sobre todo si había alguno de Niza o Cannes de aquella mañana. También había solicitado una conferencia para cierto número de teléfono de Cannes apenas llegó, para las dos en punto, habiendo encargado que la despertasen a esa hora. Estuvo hablando casi cinco minutos con un hombre y parecía

agitada, según la telefonista del hotel. Por desgracia, no sabía lo que hablaron, pues aquella muchacha era tonta y estaba pensando en su novio por lo visto...

Bueno, de todos modos, aquello eran noticias. Pierre le dio mil francos al camarero, pidiéndole que le subiera los diarios de la tarde, y también si venía alguno de Niza o Cannes, y que se guardase el cambio. También él precisaba noticias...

Pero en los periódicos no venía ninguna respecto al crimen de la quinta de los Barroso. Ya iba a dejarlos a un lado, diciéndose que de seguro aún no había llegado la noticia a las redacciones de los periódicos, cuando sus ojos se posaron sobre una noticia de última hora inserta en uno de ellos. Y la leyó con súbito interés.

Sólo eran cuatro líneas. «Doble crimen en una quinta de la Costa Azul. Se sospecha de un famoso ladrón», decía el título. Y a continuación se daba cuenta del descubrimiento de los cadáveres de la esposa del millonario brasileño y de un sirviente de la finca, así como del robo de joyas de gran valor. Nada más.

Ya era bastante. La policía de la Costa Azul estaba más que familiarizada con su método para no haber descubierto enseguida que era «el Gato» el asaltante de la casa. Tal vez les desconcertase aquel brusco desvío sanguinario; pero las pruebas, las malditas pruebas circunstanciales estaban todas en contra suya...

Apretando los dientes, se puso a pensar. Toda la policía francesa estaría buscando seguramente a «El Gato», acusado de robo y doble asesinato. No importaba que no supieran la identidad de «El Gato». La caza iba a ser implacable esta vez...

Durante el resto de la tarde estuvo fumando innumerables cigarrillos y trazando planes y más planes que desechara enseguida con malhumor. No tenía otro remedio que permanecer allí y seguir a remolque de aquella muchacha desconocida. Ella era su única esperanza de salvación... No sabía cómo, ni por qué, con exactitud. Pero su sexto sentido se lo advertía.

Cenó también en su cuarto. La muchacha continuaba en el suyo, de donde no había salido en todo el día. Estaba aguardando a alguien, desde luego, y Pierre también.

El «alguien» llegó a eso de las diez de la noche. Pierre tenía la puerta de su cuarto ligeramente entreabierta, de modo que cualquiera que fuese del ascensor hacia la habitación de la

desconocida le tuviese que dar la cara. Estaba sentado en la oscuridad desde las ocho, atisbando. La paciencia era una de sus mejores cualidades, y otra el dominio de sus nervios. Por eso cuando vio salir del ascensor al «vizconde» de Trenart apenas si un leve escalofrío le sacudió los nervios, atensándose los. El asesino estaba allí... y si alguien había visto en su vida con cara de asesino, era este hombre elegante y guapo que avanzaba despacio por el pasillo solitario hacia la puerta 34. Cuando estaba casi frente a la de su cuarto, Pierre notó como la diestra del otro se escondía bajo la chaqueta, y la sensación de escalofrío se acentuó. El asesino pensaba repetir su golpe, para asegurarse más.

De Trenart se detuvo ante la otra puerta y llamó quedo. Pierre oyó la tensa pregunta de la joven y la ronca respuesta de él.

—Soy yo, *mademoiselle* Ferrán. Louis Picquet...

La puerta del 34 se abrió, se cambiaron unas frases rápidas y quedas y el hombre entró, volviendo la puerta a cerrarse. Un segundo después, Pierre cerraba la suya, atravesaba el cuarto hacia la abierta ventana sin hacer el menor ruido y, escuchando el rumor de la conversación al otro lado recogía al pasar un pesado cenicero de porcelana de sobre la mesa metiéndoselo en un bolsillo de la chaqueta, se ponía a mirar abajo, a la calle poco iluminada y menos concurrida, saltaba sobre el borde del balcón, poníase en pie en un alarde de equilibrio y se dejaba caer hacia adelante. Sus manos, cubiertas con guantes todo el tiempo desde que llegó al hotel, aferraron el borde del otro balcón, quedó colgando un instante en el aire y, con una vigorosa flexión, se izó sobre la barandilla, metiéndose luego dentro del balcón. No había pasado un minuto desde que cerró su puerta, no había hecho el menor ruido delator...

Dentro del cuarto continuaba hablando rápidamente la muchacha. Estaba abierto el balcón, y las palabras llegaban claras a los oídos de Pierre.

—... entonces yo escapé asustada y volví a salir por...

—Olvide eso —la voz del asesino sonaba ronca y ansiosa—. ¿Qué hay de ese bolso que dice tomó cambiado?

—Está aquí... No me di cuenta hasta que estaba en el hotel. Yo...

Pierre miró por el borde del balcón. La desconocida se hallaba ahora de espaldas, inclinada sobre una de sus maletas, sin duda

para sacar el bolso, y seguía hablando. De Trenart estaba también de espaldas, a un paso de ello... y su diestra acababa de salir de la chaqueta empuñando un buido estilete que levantó sobre la desprevenida muchacha.

CAPÍTULO IV

Pierre abarcó la escena en el acto, y obró instantáneamente. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta donde había guardado el cenicero, dio un paso adelante y lanzó el proyectil en el mismo momento en que el asesino disponíase a descargar el golpe.

El cenicero cruzó el aire, yendo a chocar con un ruido sordo contra la nuca de Trenart. El asesino emitió un gemido, abrió la mano armada, soltando el estilete, y se desplomó sobre la muchacha. Ésta se volvió con una exclamación de susto cuando el cuerpo del hombre inconsciente le caía encima y se enderezó, mirando, con la cara blanca y los ojos dilatados, primero al hombre caído a sus pies y luego a Pierre, plantando en el marco del balcón.

Por un instante, reinó el silencio. Luego, Pierre se adelantó, hablando seco.

—Creo que esta vez sí que la he salvado de la muerte.

La muchacha pareció no comprender. Había sombras aprensivas en sus ojos, y en toda ella un gesto instintivo de desconfianza y de temor. Pierre señaló con la diestra al estilete caído en la alfombra junto al inconsciente De Trenart.

—Iba a apuñalarla exactamente igual que hizo con la señora de Barroso. Fue usted muy imprudente al volverle la espalda.

Ahora fue el horror lo que se reflejó en las hermosas pupilas oscuras, dilatándolas. La muchacha miró el estilete, al hombre caído, y se estremeció con violencia, palideciendo aún más.

—¡Dios santo!... ¿Es que... él... la mató?

—¿No lo sabía? Bueno, pues lo hizo. Mató a la señora y al guardaespaldas del marido. Y la hubiera asesinado ahora a usted de no estar yo tan a punto —se adelantó, mientras hablaba, arrodillóse junto al caído y le examinó el chichón sanguinolento de la nuca, volviéndolo luego boca arriba y contemplando su rostro contraído —. ¡Hum! Sólo está desvanecido. Es una lástima... Bueno, de todos

modos, mejor será obrar aprisa...

—¿Es usted... policía...?

Pierre se levantó, mirándola cara a cara. Y por primera vez pudo darse cuenta de lo muy atractiva que era aquella muchacha y del gran terror que se reflejaba en sus ojos. Tal vez ambas cosas influyeran en su respuesta.

—No. Soy un ladrón. Estaba anoche en la alcoba de los Barroso cuando ocurrió toda esta comedia de sangre y la vi entera. Ahora, la policía cree que yo cometí los asesinatos para robar esas joyas que usted se llevó, y tengo que hacer algo para convencerles de lo contrario, sin dar la cara. De modo que nos encontramos metidos en la misma barca y a merced de la misma corriente. Este tipo asesinó a su amante para quedarse solito con las joyas, y la habría asesinado lo mismo a usted. No sé qué lazo les une a los dos, pero no creo que su elección en este caso sea dudosa. Un ladrón que quiere ayudarla, o un asesino que quiere y precisa matarla para cubrirse las espaldas. Por lo que anoche vi, usted no contaba con el doble asesinato. Ahora está llena de miedo. Bien, este tipo que acabo de dormir no parará hasta deshacerse de usted, a no ser que nosotros dos lo eliminemos. Yo tengo una idea para conseguirlo. Pero necesito su colaboración y su completa obediencia. Cuanto antes se meta en la cabeza que estamos bajo la sombra de *Madame Guillotina* usted y yo, mejor para los dos. ¿Qué contesta?

—¿Qué quiere que haga yo?

—Meta sus cosas en las maletas, baje y diga en el «comptoir» que yo pagaré su cuenta ahora mismo, junto con la mía. Tome un taxi y vaya a la plaza Chapelier, entre en el café Cambier y espéreme allí. No tardaré en reunirme con usted. Vamos, dese prisa; la ayudaré.

Había poco que hacer, en realidad, pues las maletas estaban, una cerrada y la otra con apenas unas cuantas prendas de ropa. La muchacha pareció vacilar, pero obedeció sin abrir la boca, guardando todas sus cosas y cerrando la maleta, mientras Pierre registraba al caído, extrayendo una automática de entre sus ropas.

—¡Hum! Viene prevenido el vizconde...

La muchacha le miró con genuino asombro.

—¿Vizconde?

—Se hace pasar por vizconde De Trenart, y es muy conocido en

la Costa Azul. ¿No lo sabía?

—No. Yo... —Volvió a detenerse, cambiando de tema—. ¿Qué va a hacer con él?

—Más tarde se lo diré. Ahora hemos de movernos aprisa. Tome la maleta pequeña, baje y haga lo que la he dicho. La grande la llevaré yo luego.

La joven titubeó.

—¿Y...?

—Las joyas se quedan aquí. Son mi garantía de que usted no se va a escapar dejándome solo en la estacada. Y tengo mis propios planes con respecto a ellas.

La muchacha apretó los dientes y le miró de un modo raro. Luego habló fría.

—Usted no se fía de nadie, ¿verdad?

—Usted lo ha dicho.

—Y ahora, escapará con eso, dejándome que...

Pierre la cortó secamente.

—Escuche, y no sea idiota. Esas joyas queman como el mismo milenio. Nadie en Francia las querría ahora ni regaladas, y el tenerlas encima constituye un excelente pasaporte hacia la guillotina. Ni usted ni yo hemos cometido esos asesinatos; pero no podemos probarlo llevándolas con nosotros. Tampoco podemos acusar a éste. Yo le vi matar a la señora Barroso, pero no puedo acudir a la policía diciendo: «Yo estaba escondido en el cuarto de baño porque fui a robar...». ¿Comprende? Éste es un lío endiablado, y hemos de procurar salir los dos juntos de él, o juntos iremos a poner el cuello bajo *«Madame»*. Y ahora, lárguese y haga lo que le he dicho. El tiempo apremia...

Otra vez pareció que la muchacha iba a decir algo, pero sin chistar, tomó la maleta pequeña y le señaló la grande, que tenía puestas las llaves.

—El bolso está ahí, en ésa. Buena suerte...

Fue a la puerta, la abrió, le miró largamente un instante, salió, y cerró. Sus pasos rápidos se perdieron en el pasillo hacia la escalera.

Pierre suspiró hondo y enseguida puso manos a la obra. Notando que el caído asesino comenzaba a rebullir, atrapo el primer objeto contundente que tuvo a mano y le atizó un nuevo golpe, volviéndolo a la región de los sueños. Inmediatamente abrió la

maleta y sacó el bolso, abriéndolo a su vez.

Se quedó de una pieza, mirando el contenido, mientras escapaba un ligero silbido de excitación entre sus labios.

El bolso aparecía repleto de billetes de banco americanos e ingleses en apretados fajos. Billetes de cien dólares y de veinte libras...

Poniéndose en pie, lo vació sobre la cama. Y otra vez volvió a silbar de excitación ante la cascada de luces de colores que se expandió sobre los billetes.

—*¡Nom nom!*

d'un

—masculló excitado—. ¡Esto es aún peor!

Con manos que temblaban tomó las joyas una a una, examinándolas con ojos de experto. No podía engañarse al tasarlas. Tan sólo el collar de esmeraldas debía valer cincuenta mil dólares. Y si allí no había un millón de dólares en joyas, era que él no entendía de piedras preciosas. Las monturas apenas si valían la pena. No eran, en realidad, más que el engarce de las gemas. Aquélla era una colección de emergencia, justo lo que llevaría consigo un hombre que tuviera que escapar aprisa de cualquier país. Y Pierre recordó ciertas historias que oyera acerca de Aristóteles Barroso y sus negocios...

Volvió a meter las joyas en el bolso, y entonces descubrió la pitillera. Era de oro con las iniciales del millonario. Al abrirla, la encontró llena de cigarrillos de una marca especial. Sacó uno, examinándolo. El tabaco tenía un olor peculiar; algo como opio... Con un gesto de extrañeza, deslió el cigarrillo, desmenuzándolo. No contenía sino tabaco, pero impregnado con una tintura de opio. Algo incongruente para un Aristóteles Barroso... Tal vez perteneciera a su esposa. Metió la pitillera en el bolso y contó los fajos de billetes. Siete de dólares y cuatro de libras. En cada uno, cincuenta billetes, todos usados y algunos bastante. Una sonrisa dura curvó los labios de Pierre. Ciertamente, aquél era dinero «blanco». Nada de números fácilmente identificables en los bancos... Casi cincuenta mil dólares por los que nadie podría seguir una pista...

Lo introdujo todo en el bolso, lo cerró y miró al inconsciente De Trenart. Bueno, él podía, o no, saber el importe total de las joyas

y el dinero. Pero tal vez no lo sabía. Y en todo caso, bueno sería hacerle una jugarreta.

Sacando algunas de las joyas, se las distribuyó por los bolsillos, y también le puso un paquete de libras, más un par de billetes sueltos. Cuando despertase, De Trenart se vería en un apuro para explicarse aquello.

Tomando la maleta de la joven, abrió la puerta, oteó el solitario pasillo, salió, cerrando con llave, abrió la de su habitación, tomó su maleta y bajó deprisa. El encargado del «comptoir» se le quedó mirando con cierta suspicacia. Ensanchando una sonrisa, Pierre dejó las maletas y le dijo cordial:

—Haga el favor de darme mi cuenta y la de la señora del 34. Usted se hará cargo... Ella es mi esposa y tuvimos una diferencia. La seguí para ver de resolverlo, y lo he conseguido. Ahora regresamos a casa...

El otro debía saber ya algo por Lanvin, pues asintió, mientras le pasaba las dos cuentas.

—Llegó un hombre esta noche preguntando por... su esposa...

—Era su hermano. Los tres estuvimos discutiendo el asunto. Él quedará aquí un par de horas y luego regresará a Cannes, en el expreso de París. Nosotros nos vamos a pasar la luna de miel en Grenoble, donde tenemos parientes. *Voilà*; un marido debe hacerse cargo de ciertas cosas y saber perdonar...

Estaba, hablando garrulamente para evitar las suspicacias del empleado.

—Dentro de un rato haga que suban una botella del mejor coñac que tengan a la habitación que ocupaba mi señora. Mi cuñado ha dormido poco y ahora estará duchándose. Creo que dentro de un cuarto de hora estará bien que se lo suban. Bueno, estos mil francos para el servicio. *Bonsoir*...

El encargado se guardó sus sospechas, si es que tenía alguna. Y un momento después, Pierre estaba dentro de un taxi corriendo hacia el café donde había citado a la muchacha.

El café de Cambier estaba bastante lleno de una clientela heterogénea. Pierre había estado allí otras veces, y sabía que era un lugar de «rendez-vous» para gentes honorables, y también para algunos que no lo eran tanto. En cualquier caso, se podía confiar en la discreción del servicio. Apenas entró, recorrió con la vista el local

en busca de la desconocida. No estaba allí.

Se acercó al camarero, que le miraba demasiado curiosamente, y le preguntó:

—*Garçon*: ¿Ha visto por casualidad si ha llegado una muchacha aquí, hace diez o quince minutos? Llevaba una maleta y vestía un traje *beige*...

El mozo asintió con ligera sonrisa, mientras se metía la mano en un bolsillo.

—Sí. Ella estuvo aquí, tomó un café y escribió algo para usted. Me dijo que se lo entregase en cuanto usted viniera, y que me daría cien francos por ello...

Sonriendo ante la desvergüenza del hombre, pero preguntándose qué podía significar aquello, Pierre pagó, tomó el pequeño sobre, lo rasgó y sacó la hoja de papel que había dentro.

Estaba escrita con la letra ya conocida, y sólo contenía unas palabras:

«Puede quedarse con todo. Yo no quiero volver a saber nada de usted y de este horrible asunto. No intente buscarme, pues no me encontrará. Buena suerte...».

Por un momento, permaneció mirando la nota sin acabar de comprenderla. La leyó de nuevo, despacio. Aquello prestaba otro rumbo a la situación. Había supuesto que ella esperaba por las joyas y el dinero... y se encontraba con que ella levantaba el vuelo dejándole el peligroso botín y sin ningún medio para localizarla. Otra vez solo «El Gato» para zafarse del peligro...

CAPÍTULO V

Otra vez solo «El Gato»... Pierre volvió a doblar la nota y se la metió en el bolsillo, recogió las maletas y salió del café, yendo hacia la derecha. Pensaba en la situación... para trazar su plan.

Entró en otro café, buscó una mesa apartada y pidió coñac, poniéndose a reflexionar. La desconocida se había ido, esfumándose prácticamente, al menos de momento. De Trenart ya estaría despierto y en su busca. Y en una de las maletas llevaba un millón de dólares en joyas y dinero que constituían el mayor peligro de muerte jamás afrontado en el curso de su azarosa vida. En alguna parte, los poderosos tentáculos de la policía, sus mil ojos y recursos estarían moviéndose, lenta, pero seguramente, para atrapar a «El Gato»...

Sacó el librito de notas hallado en el otro bolso, y volvió a mirar sus anotaciones. No cabía duda de que todas ellas se referían a París, excepto las más recientes. Luego, ella residía antes en París... Si la lógica no le fallaba, más pronto o más tarde, ella iría a París. Y siendo así, no le quedaba otro recurso que el de dirigirse a París inmediatamente. Allí contaba, además, con buenos amigos que ignoraban su verdadera personalidad, y con uno o dos que la sabían.

Pero no era cosa de meterse en un tren o cualquier otro medio público de transporte llevando consigo aquel peligroso botín. La policía estaría ya actuando activamente a aquella hora... Tenía que hallar un medio...

Lo halló. Levantándose, llamó al camarero, le pagó, y le dijo si podría guardarle las maletas allí un momento, mientras regresaba a su casa a recoger algo que había olvidado. El hombre se mostró dispuesto a ello, y las llevaron a la trastienda. Enseguida, Pierre salió en busca de un taxi, y le dio al conductor la dirección de un céntrico cine. Un cuarto de hora más tarde estaba pensando, al

parecer despreocupadamente, mientras examinaba con la mayor atención los vehículos aparcados en las aceras frente a los locales de diversión.

No tardó en encontrar lo que buscaba. Un «Citroën» cuyo dueño era excesivamente confiado en los métodos para evitar robos de coches. Una hábil maniobra, y se encontró sentado en el interior del automóvil. Un par de manipulaciones rápidas, y el motor comenzó a dar señales de vida. Lo sacó lentamente del aparcamiento y lo llevó calle abajo hasta la próxima esquina bajo la mirada indiferente de un gendarme que venía en dirección contraria por la acera. Entonces, lo hizo correr.

Llegó donde dejara las maletas y aparcó el coche cincuenta metros más arriba. Una vieja vendedora estaba allí esperando clientela. Se le acercó a comprarle cerillas.

—¿Quiere ganarse cincuenta francos, señora? No tiene más que vigilar mi coche mientras me acerco a recoger unas maletas. No me fío de los ladrones de automóviles...

—*Oui, monsieur...* Descuide, que nadie se lo robará. Sí, hay mucha mala gente, pero si alguien se acerca a su coche, van a oír mis gritos hasta en la misma Prefectura...

Sonriendo, Pierre se fue hacia el café, recogió las maletas, dio una propina al camarero, salió de nuevo, dio otra doble de lo prometido a la anciana, metió ambas maletas en el coche y arrancó. Conocía Lyon muy bien y no tardó en encontrarse en las afueras, en la carretera de Grenoble. Allí se detuvo en un puesto de gasolina para llenar el depósito, y luego reanudó la marcha a buena velocidad. Quince kilómetros más allá torció por una carretera lateral, y tras otros treinta y tantos de ir por ella, salió a la de París. Con las primeras luces del día estaba en Créteil.

Allí, en las afueras surorientales de la gran ciudad, tenía alquilada la parte alta de una casita, habitada por un anciano matrimonio. Era tal vez su refugio más seguro. Los viejos no tenían más que un hijo casado, que residía en Madagascar, él era un comerciante retirado, y ella una encantadora mujercita de sesenta años, activa y siempre alegre. Para ellos, Pierre era un arquitecto con aficiones pictóricas, que cultivaba en cuanto tenía un par de semanas disponibles. Hacía cuatro años que ocupaba la parte alta de la casita alquilada, pagando el alquiler de todo el año a

condición de que una vez al mes la limpiaran. Entre dos épocas de acción, solía meterse allí a planear nuevos golpes, pintar, pasear y fumarse una pipa con sus amistades delante de una copa de «Pernod». *Monsieur* Montal era bastante conocido en la barriada, y se honraba con la amistad del comisario de policía, entre las de otros. Más de una vez había sido invitado a comer por la esposa del representante de la Ley...

Ahora detuvo el automóvil junto a la entrada. El viejo papá Morat estaba trabajando en el jardincillo. Levantó la cabeza interesado, y al reconocerle, dejó lo que hacía y fue a su encuentro con las manos tendidas y una ancha sonrisa de bienvenida.

—¡Vaya, pero si es el amigo Montal! No sabe cuánto me alegro de volver a verle, muchacho... ¿A pasar unos días con nosotros? Precisamente ayer, mi Suzanne anduvo limpiando por arriba, y estuvimos hablando de usted. Ella está ahora en la cocina, preparando el desayuno. Vamos, entre y le diremos que aumente la ración...

Pierre denegó sonriente.

—No, papá Morat. He de seguir a París para resolver un asunto. Pero es sólo cuestión de un par de horas. Dejo aquí las maletas. Dígale a mamá que enseguida estoy de regreso, y que vendré con sueño y apetito... Hasta ahora...

Dejando las maletas en el suelo, volvió al coche y reanudó la marcha. Tenía que desprenderse de él...

Lo dejó en la plaza de la Bastilla, regresó en el metro a Charenton, y allí tomó el autobús 104 hasta Créteil. En Charenton compró los periódicos de la mañana, y también uno de Niza y otro de Cannes, poniéndose a hojearlos en el autobús.

Todos ellos publicaban la noticia del doble asesinato, ahora con grandes titulares en primera página y extensa información de los hechos. Tres cosas saltaron en el acto a la vista de Pierre. El doble crimen había causado profunda impresión pública, eran sorprendentemente vagas las noticias concretas del mismo que aparecían entre la restante información... y «El Gato» aparecía señalado como presunto asesino. Se hablaba del cristal cortado y la técnica del famoso y, hasta ahora, inapresable ladrón, y unánimemente, la Prensa azuzaba a la policía por su incompetencia para dar con él. Bien se ponía el baile...

Una vez en su refugio, fingió una calma y alegría que estaba muy lejos de sentir, comió con apetito el succulento almuerzo que le habían preparado, excusándose luego de quedarse con ellos diciendo que tenía mucho sueño.

La casita era pequeña, y el piso alto lo componían dos dormitorios, uno de ellos arreglado por Pierre para cuarto de trabajo, un desván para trastos y un cuarto de baño. Desde que él la alquiló, habían cerrado la puerta del otro cuarto, abriéndola en la pared medianera con el que le servía de alcoba y aislándolo así de la escalera y el desván. La finca había sido construida antes de la guerra y era muy sólida. Pierre había amueblado a su gusto ambas habitaciones. Una vez solo, fue a la maleta grande, la abrió, saco el bolso y comenzó a extraer las prendas que la llenaran.

No había otra cosa que ropa femenina, bastante buena. La desconocida sabía lo que se hacía cuando se llevó la maleta pequeña...

Volvió a meter las prendas en su sitio, cerró la maleta y la puso en un rincón. No había nada en ella que fuera peligroso...

Volvió su atención al bolso y su peligroso contenido. A la luz del día, las joyas eran más bellas, y parecían más peligrosas aún... Un millón de dólares... Eso decía la Prensa que valían. Un detalle raro lo constituía el que nada dijese del dinero... Bueno, lo urgente era hacer desaparecer uno y otras de la circulación.

Se dirigió a un ángulo de la pared cerca de la ventana, arrodillóse y manipuló con una navaja, que había sacado del bolsillo, en la juntura de dos de los pequeños ladrillos que formaban el mosaico. El ladrillo de la derecha saltó con facilidad, dejando al descubierto lo que parecía una combinación de caja de caudales. Pierre la tanteó durante un momento y luego tiró hacia arriba. Un trozo del piso de unos treinta centímetros de lado subió primero unos cinco y luego se dobló hacia la izquierda sobre unos goznes bien aceitados, dejando al descubierto una cavidad de casi medio metro de profundidad y de paredes de acero. Allí habían unas cuantas cosas interesantes, tales como fajos de billetes de banco franceses, ingleses y norteamericanos, un par de pasaportes, utensilios profesionales, etcétera... La original caja de caudales había sido uno de los mejores trabajos de Pierre, que descubrió el emplazamiento de la gruesa columna maestra, taladró el agujero

con un soplete y una barrena eléctrica durante las horas en que los dueños de la casa estaban fuera —a veces, en el cine, que les pagaba él— y colocó la caja de caudales especial en aquel sitio totalmente ilógico. Tenía otro escondite parecido en una casita de campo cerca de Niza, pero éste era mejor y más seguro... Ahora dejó allí las joyas y el dinero, así como la pitillera. No era cosa que lo mereciese, pero podía resultar peligrosa...

Durmió hasta el anochecer, y luego de cenar, abandonó la casa, dirigiéndose a París. Los periódicos de la noche insertaban más noticias del crimen de Cannes, que al parecer iba a convertirse en la noticia del mes. Y ya nadie se recataba de acusar al «Gato» del hecho, demandando airadamente su cabeza. La cabeza de Pierre Montal...

Pierre sentía ahora una desagradable sensación en la boca del estómago. Otras veces había tenido que burlar a la policía y alguna se vio en muy difícil situación. Pero en todas ellas, el mayor peligro eran unos años de cárcel...

Ahora no se trataba de eso. Ya no era el ladrón romántico y audaz que casi contaba con las simpatías de la gente, sino un feroz y despiadado criminal que había asesinado a una hermosa joven para robar sus joyas. La opinión pública estaba contra él, y los periódicos, sus voceros, azuzaban a la policía para una caza despiadada. «¡Hay que cazar a “El Gato”!», era la consigna. Y miles de hombres se estaban dedicando a buscarle por toda Francia. El país entero era una ratonera mortal, y a Pierre sólo le quedaba un consuelo: que nadie, aparte tres o cuatro personas, conocían su verdadera identidad. Pero ¿y si alguna de ellas hablaba?

En estos momentos iba a buscar a una. Salió del Metro en la estación de Reaumur-Sebastopol, y subió por la Rue Reaumur hasta la de Cléry, torciendo luego por ésta. Andaba aparentemente tranquilo, pero con todos los nervios en tensión y la mirada alerta a cualquier detalle de posible peligro. Recorrió de este modo un tercio de la calle y se detuvo ante una casa de regular apariencia, dando una rápida ojeada a su alrededor. Luego, subió las escaleras, entró en el zaguán y ascendió al primer piso, deteniéndose ante una puerta en la que aparecía una pequeña placa de metal con la inscripción: «E. Dutreval. Antiquités. Commissions». Apretó el timbre y esperó, con la mandíbula apretada.

Un minuto después, alguien inquirió desde el otro lado:

—¿Quién es?

—Abra, Dutreval. Soy Pierre Montal.

Pasó otro medio minuto, y la puerta se abrió. Un hombre de mediana edad, bajo, grueso, casi calvo, con doble barbilla, bigote entre rojizo y gris, espejuelos con montura de oro y toda la apariencia de un apacible burgués acomodado, se quedó mirando a Pierre fijamente. Sus ojos

azul-gris

desmentían de golpe toda la apacibilidad de su aspecto. Pero su voz era la adecuada a su físico, gruesa, calmosa y sin matices.

—¡Hola, Montal! Pase. Le estaba esperando.

Pierre sintió que la nuca se le llenaba de hielo. Conocía demasiado bien a su interlocutor para no asustarse de aquel recibimiento. Calló, y pasó adelante, siguiéndole hasta un despacho que, siendo grande, parecía pequeño por la gran cantidad de cosas más o menos raras allí acumuladas.

Sin hablar, Dutreval le señaló una butaca, metiéndose detrás de una gran mesa, repleta de libros y papeles. Y sus ojos penetrantes de zorro se clavaron en la cara de Pierre.

—Sí, le esperaba —habló calmoso—. He de decirle que esta vez ha cometido usted una tremenda tontería, Montal.

Pierre se removió en su asiento, proyectando la barbilla hacia adelante.

—Creí que usted me conocía lo bastante para saber que yo no he hecho tal cosa, Dutreval —habló, seco.

—La policía no opina así. Y mucha gente tampoco. Había en la casa demasiadas huellas de su técnica.

—Bueno, yo estuve allí. Es más, vi cometer el crimen; al menos, asesinar a la señora Barroso. Sé quién es el criminal, pero tengo las manos completamente atadas y me veo enredado en la más maldita trampa que jamás un hombre tuvo que afrontar. Es por eso que vine a verle.

—¡Hum! —Dutreval parecía ahora interesado—. Será mejor oír su historia desde el principio. No le ocultaré que se halla en muy peligrosa situación, Montal; así es que espero me dirá la verdad. Aun así... no puedo prometerle nada. Desde luego, si usted tiene esas joyas...

—Eso es lo malo, que las tengo. Pero no las cogí allí, sino que me las regalaron más tarde... o algo parecido.

Rápidamente, Pierre refirió a su interlocutor toda la historia desde el momento en que se metió en la quinta de los Barroso. No olvidó un detalle, consciente de que en aquellos momentos se estaba jugando la vida. Si Dutreval no le creía, el asunto se iba a poner muy feo para él...

Dutreval le escuchaba con extraordinaria atención y el ceño fruncido. Cuando terminó el relato, se retrepó en su sillón y le miró fijamente con sus ojos fríos y penetrantes.

—Creo que me ha dicho la verdad, Pierre —habló despacio—. Esa historia resulta demasiado inverosímil para ser inventada... Y le abona su conducta anterior. En realidad, yo no acababa de creerle un asesino. Es usted demasiado inteligente... Bueno, pues me parece que está usted metido en algo mucho más gordo de lo que cree, mucho más también de lo que saben la gente y los periódicos...

Pierre tragó saliva. No le gustaba nada aquel exordio...

—Explíquese...

—Lo haré. Los asesinatos fueron descubiertos por el propio Barroso al regresar a su casa inopinadamente. Él mismo dio aviso a la policía. Pero hay un detalle. La policía fue avisada a las ocho de la mañana, y Barroso llegó a la quinta a las cuatro.

—¿Quiere decir...?

—No digo nada. Sólo refiero hechos. Por lo menos, tres hombres de Barroso salieron de Cannes antes de las ocho con dirección desconocida. Y uno de ellos estuvo antes haciendo averiguaciones acerca de «El Gato». Pero otro las hizo acerca de ese vizconde de pega. Mucho me temo que en estos momentos tenga sobre sus huellas a la gente de Barroso.

—¿Quién es Barroso es realidad, Dutreval? Yo he oído algo acerca de él, pero nada en concreto.

Antes de contestar, Dutreval encendió un puro que había sacado de un cajón. Luego volvió a mirarle a los ojos.

—Barroso es King Callaghan...

¡King Callaghan! Pierre silbó quedo al tiempo que sentía correrle un chorro de hielo por la columna vertebral. Mucho era lo que había oído hablar de King Callaghan, el más poderoso jefe de banda de cuántos operaban en el Mediterráneo. De modo que era él... y

creía que le había robado, asesinando a su mujer...

Abatió los hombros con gesto de desaliento.

—¡Vaya, pues buena la hice al meterme en esa maldita quinta...!

—Aún no lo sabe bien.

—¿Es que hay más?

—Bastante. De Trenart es, en realidad, un expresidiario llamado Maurice Chauvin. Cumplió cuatro años en Fresnes, y durante la guerra se esfumó, apareciendo luego con ese disfraz. Es listo, audaz y cobarde. También cruel. Mató a una mujer, su amante, de una puñalada y por eso fue a la cárcel. Ese sistema le descubre, pero la policía no pensará en él. Además, tiene su propia banda. Trafica con automóviles robados. Desde luego, ignora que Barroso y Callaghan son la misma persona. De saberlo, no se habría atrevido a tanto... Pero ahora se atreverá a todo, para salvar su pellejo. Y aún hay más...

—Venga, dígalo todo...

—Ayer mañana llegaron a Cannes varios hombres. Uno de ellos es el comisario Chénard, de la Sûreté. Otro se llama Debreuil y es uno de los ases del «Deuxième Bureau». Y también andan en el asunto, según mis informes, el «Intelligence Service» y algunos otros más.

Pierre estaba ahora rígido en el asiento, las manos apretadas contra los brazos del sillón... Habló ronco:

—¡Por todos los diablos, Dutreval! ¿Qué tienen ellos que ver...?

La voz de Dutreval se hizo ominosa.

—Callaghan no sólo contrabandea en grande. También vende drogas, y a veces, secretos militares. No es cosa que me incumba, pero siempre procuro estar bien enterado. A los ingleses les robaron algo de suma importancia hace dos semanas. Callaghan pudo haberlo comprado y tenerlo guardado en la caja de caudales. Me parece, Pierre, que cometió usted una solemne tontería cuando entró en esa quinta a robar... Ahora tiene las joyas, de las que no puede desprenderse, y a dos bandas peligrosas, más la policía francesa, los servicios de contraespionaje de dos naciones, y quién sabe si alguien más, detrás de usted. Una envidiable situación, mi querido Pierre...

Pierre se pasó la lengua por los labios resecos. Una envidiable situación... ¡Una maldita ratonera de todos los infiernos, eso es lo

que era...!

—Tengo que hacer algo, y aprisa... —dijo casi para sí mismo. Y Dutreval asintió con la cabeza.

—Así es. Tal vez yo pueda ayudarle en algo, pero es usted quien ha de hacer casi todo el trabajo. Y el trabajo consiste en encontrar a esa muchacha llamada Ferrán.

—¿Cuál cree usted que pueda ser su papel en todo este enredo?

—Que me aspen si lo sé. No encaja en absoluto... a menos que ella sea una consumada actriz... y la que tiene ahora esa cosa que perdieron los ingleses, tras haberle dejado a usted una hermosa cadena para conducirlo a la guillotina. Un millón de dólares en joyas ensangrentadas...

CAPÍTULO VI

Dos horas más tarde de en la que Pierre Montal abandonó el despacho de Dutreval para perderse en París, tres hombres llegaron frente a su puerta y llamaron a ella. El pseudoanticuario y comisionista les observó unos instantes por la mirilla especial de la puerta y luego les abrió, invitándoles a pasar. Una vez todos en su despacho, el de más edad de los tres, un hombre de mediana edad, grueso y de risueña y apacible fisonomía, le tendió la diestra con ligera sonrisa.

—Bien, Dutreval, veo que no le ha sorprendido nuestra visita.

—A decir verdad, comisario, hay pocas cosas que puedan sorprenderme —fue la plácida respuesta, dicha con rostro impenetrable—. Supongo que tendrán sus motivos para venir a visitarme a estas horas, y que me los dirán. De modo que sírvanse tomar asiento. Eso son cigarrillos, y si quieren una copa de buen coñac...

Los tres visitantes cambiaron una rápida mirada. Y el llamado «comisario» ensanchó su sonrisa.

—Su coñac me gusta casi tanto como usted, Dutreval. Verdaderamente, sentiré el día en que me vea privado de ambos...

—Esperemos que esto tarde en ocurrir... —Dutreval sacó una botella y cuatro vasos de un primoroso bargueño dieciochesco y sirvió licor a sus visitantes. No había preguntado los nombres de los que acompañaban al comisario, ni éste se había molestado en decírselo. Los cuatro saborearon el coñac, y luego, el comisario Chénard, más temido por el hampa de París que el resto de la Sûrété junta, encendió uno de sus apestosos cigarros mirando por entre el humo al impassible Dutreval.

—Bien, Dutreval —habló suave—. Creo que será mejor que entremos de lleno en el asunto. Estos dos señores y yo andamos de caza. Cazando gatos...

Ni un solo músculo de la cara de Dutreval se movió. Permaneció tan impassible como un Buda. Y dijo, lentamente:

—Es una interesante ocupación. Pero yo no tengo gatos aquí, al menos que yo sepa.

—Mi querido Dutreval, usted es un hombre excelente. Yo sé que desde hace veinte años compra y vende objetos robados. Creo que nadie más que yo, de la policía, lo sabe. Estoy seguro también de que usted no ignora que yo lo sabía. También sé que nadie sabe más que usted de cuánto ocurre en el hampa, no sólo de París, sino de toda Francia. Y que nunca interviene en pequeñeces, ni en asuntos demasiado peligrosos, asuntos que pueden llevar a perder la cabeza por culpa de *«Madame»*. pas

N'est-ce

?

Dutreval hizo un leve gesto con la diestra, y esbozó una sonrisa.

—Yo siempre tuve en gran estima su inteligencia, comisario... Supongo que tendrá pruebas bastantes para cimentar sus afirmaciones.

—Montones de ellas. Sólo que no servirían de gran cosa ante un tribunal. De todos modos, usted, Dutreval, sabe que lo que cuenta de un hombre es su reputación. La suya es magnífica. Todos los grandes ladrones, todos los príncipes del hampa saben que pueden fiar completamente en Dutreval de París. La policía ignora sus verdaderos negocios, es honesto en sus tratos, paga bien, y nunca habla de más. También ayuda a los buenos clientes... Un hombre puede estar seguro de que si le trae a usted mercancía correcta recibirá la tercera parte de su valor o la cuarta, según calidad y condiciones del mercado, en moneda «blanca» y a tocateja; también de que nadie sabrá cómo se hizo el trato y que podrá irse tranquilo. Eso vale mucho dinero... Pero si esos hombres pierden su confianza en Dutreval, su negocio no valdrá veinte cochinos francos. Y sería una lástima, ¿verdad?

—Cierto que sí. También sería una lástima que la gente supiera que el gran Chénard debe muchos de sus éxitos a la amistad de hombres como Dutreval de París, ¿no le parece?

El comisario rió suavemente.

—Bien, creo que ya nos hemos puesto de acuerdo. Ahora podremos hablar de gatos y otras cosas interesantes. Le presento a

monsieur Debreuil y a Míster Keyes. Ambos son mis amigos, y compañeros en esta cacería.

Los dos hombres, jóvenes y de duras facciones, que habían permanecido hasta entonces silenciosos, estrecharon la mano de Dutreval. Y el inglés habló en correcto francés:

—*Monsieur* Dutreval, éste es un asunto de gran importancia para nosotros...

—Por favor, Keyes, déjemelo a mí —le interrumpió cortés el comisario—. Verá, Dutreval. Lo que nuestro amigo quiere decir, es que puede haber un beneficio para usted en esta caza.

Dutreval se repantigó en su asiento, mirando a los tres por encima de sus lentes. Luego clavó sus ojos en el comisario.

—Adelante.

—¡Ajá! Hay un gato ladrón que durante seis años ha estado riéndose de nosotros y de la policía italiana. Un tipo simpático ese gato... Personalmente no le conozco, aunque he tenido que actuar en ciertos trabajos suyos; y nadie parece saber concretamente su identidad... excepto, acaso, Dutreval de París y algún otro más. Hasta ahora, ese gato se ha limitado a aligerar de peso las cajas fuertes de los millonarios. Personalmente, no siento debilidad ninguna por los millonarios, aunque mi deber sea evitar que los desvalijen y atrapar a los que tal hacen. Pero aquí entre nosotros, suelo poner mucho más interés en pescar al que atraca a un pobre empleado para quitarle el jornal de la semana... Bueno, volviendo a nuestro amigo el gato ladrón, siempre fue un tipo limpio en sus trabajos. Nada de violencia, nada de suciedad... Casi daban ganas de felicitarle. Mas parece ser que últimamente ha cambiado de táctica.

Hizo una pausa. Por entre el humo del cigarro, sus ojos semejaban dos alfileres negros de hipnóticas propiedades, fijos en la cara impasible de Dutreval. Y luego prosiguió, con una nota de dureza en la voz:

—Sí, señor, al parecer, el gato se ha vuelto asesino. Y eso es una cosa que no nos gusta nada.

—¿Está usted seguro?

—No, no lo estoy. Es por eso que he venido aquí. Siempre tuve a nuestro gato por un animal inteligente en alto grado, y el derramar sangre no demuestra jamás inteligencia. Pero es el caso que hace

dos noches, una mujer y un hombre fueron asesinados en cierta quinta de la Costa Azul por alguien que saqueó la caja de caudales llevándose un botín muy valioso. Y hemos descubierto huellas de «El Gato» allí. Huellas fidedignas. ¿Cómo se explicaría eso, Dutreval?

Al hacer la pregunta, proyectó la cabeza hacia adelante. Y los otros hicieron lo mismo. Dutreval entornó los ojos como si pensara, y chupó, pausado, su cigarro. Luego volvió a abrir los ojos y emitió un suspiro.

—Hay varias explicaciones, a mi juicio... Por ejemplo, podía ser que él hubiera entrado ciertamente en aquella casa para llevarse algo que le gustaba, imaginando tener vía libre, y se encontrara de repente metido en una trampa inesperada y peligrosa.

—¡Hum! —Ahora estaban entrecerrados los ojillos del comisario—. Es curiosa su deducción, Dutreval... Lo mismo había pensado yo. ¿No puede seguir dándonos sus opiniones?

—Preferiría oírle hablar antes a usted, para tener una idea más completa de lo que desea.

—De acuerdo. ¿Qué sabe del asesinato... de los asesinatos, en la quinta de Barroso?

—Lo que dice la Prensa.

—¿Y nada más?

—Yo no estaba allí.

El inspector se echó hacia adelante, poniendo los codos sobre la mesa.

—Voy a volver mis cartas boca arriba, Dutreval —habló seco—. Y quiero que usted lo haga. Le doy mi palabra de honor de que cuánto aquí se hable esta noche no trascenderá ni será utilizado contra usted en modo alguno. Es más, en adelante, su colaboración de ahora podrá serle muy útil.

—No lo dudo. Hablemos claro, pues. ¿Qué es lo que ustedes saben del asunto, y por qué tienen tanto interés en encontrar a «El Gato»?

—Hace dos noches, alguien asesinó a la señora Barroso y al hombre de confianza de su marido...

—No fue «El Gato».

—Pero estaba allí...

—Sí.

—Y... ¿vio al asesino?

—Es posible.

—¿Dónde está ahora «El Gato», Dutreval?

—En París.

—¡Hum! Me lo suponía... ¿Tiene el botín?

—Ha prometido hablar primero.

—Cierto. Y lo haré. De la casa se llevaren joyas por valor de un millón de dólares o más, y también cierta cantidad de dinero. Pero sospechamos fundadamente que se llevaron algo que les interesaba tanto como las joyas. Ciertos documentos. Para ser más concretos, los planos del nuevo submarino inglés con motor de agua pesada.

El inglés hizo un gesto, que cortó con la mano el comisario.

—Hemos prometido poner las cartas boca arriba, Keyes. Y tengo confianza en Dutreval. Además, estoy seguro de que él sabe algo de esto.

—Así es. Aunque muy poco. Creo que Barroso los compró y pensaba vendérselos a alguien...

—Así es. No es preciso que citemos nombres. Esos compradores iban a pagar un cuarto de millón de dólares por los planos. Pero el Gobierno inglés estaba dispuesto a pagar lo mismo por recobrarlos. Barroso, de quien, entre paréntesis, sospechamos sea King Callaghan, se enteró el mismo día en que iba a entrevistarse con los compradores para efectuar la transacción, y se dejó los planos en casa. Fue a la entrevista y les pidió el doble por entregárselos. Sabemos que la cosa se puso fea entre ellos; pero, al fin, los compradores transigieron. Por eso Barroso regresó aquella misma madrugada a la quinta.

»Bueno, llegó a eso de las cuatro y se encontró a su mujer y a su hombre de confianza asesinados y la casa desvalijada. Primero debió pensar que se la habían jugado los compradores; pero tras entrevistarse con su representante, obtuvo la seguridad de que no era así. Entonces, pensó en nosotros pero lo desechó también enseguida. Mientras, descubrió detalles que le hicieron pensar que había intervenido otra banda en el asunto. Envío a sus hombres a indagar, y llamó a la policía, denunciando el doble crimen y el robo. Sabe que sospechamos su identidad, y no está dispuesto a ayudarnos en nada. Nos consta que está siguiendo la caza por su cuenta.

»Nosotros descubrimos varias cosas raras. La autopsia demostró que el hombre de confianza había sido narcotizado con una taza de café antes de ser apuñalado. Arriba, en la alcoba del matrimonio, había una bandeja con una cafetera y dos tazas sin usar. Una de ellas tenía un poderoso narcótico mezclado con el terrón de azúcar que había dentro. Pero la dueña de la casa no había sido narcotizada, sino atacada por alguien al que sorprendió oculto en el ropero y que la dejó fuera de combate mediante una presa de “judo”. Todo esto resultaba muy extraño. Sabemos que Barroso nos ha borrado adrede muchas pistas, y sabemos unas cuantas cosas más que nos hacen sospechar que la señora Barroso tenía un amante, sin que lo supiera el marido y con él planeó la escapada, para lo cual narcotizó al hombre de confianza y dio permiso a la servidumbre hasta el día siguiente. Pero parece ser que ese hombre la asesinó; asesinó también al narcotizado y escapó con el botín... si es que esto último no lo hizo “El Gato”. Bueno, ya le he dicho lo que nosotros sabemos hasta el momento.

—¿Está seguro?

—Completamente. Tenemos una porción de hombres husmeando en todas direcciones, y han surgido algunos detalles muy extraños. Pero de momento, nada concreto. Y estoy convencido de que usted sabe mucho más que nosotros.

—¿Por qué quieren a «El Gato», exactamente?

—A eso voy. Desde el primer momento he sospechado que «El Gato» no era el asesino, pero sí que conocía su identidad y fue testigo de, por lo menos, el asesinato de la señora Barroso. Estoy seguro de que el asesino se llevó el botín. También de que «El Gato» sabe la magnitud de la trampa en que se ha visto enredado sin esperarlo y anda siguiéndole al otro la pista. Si alguien conoce la verdadera identidad de «El Gato», ese alguien es usted. Creo que sabe dónde está ahora. Bien. Quiero que se ponga al habla con el inmediatamente. Díglele que creemos en su inocencia respecto al crimen, y que necesitamos su colaboración. Si mediante ella atrapamos al asesino y recobramos esos planos, no sólo no se le perseguirá, por sus anteriores hazañas, sino que se le dará un salvoconducto para que salga libremente del país, a condición de que nunca regrese, ni vaya a Inglaterra tampoco, y no quedará fichado ni se revelará su identidad. Díglele que tiene la palabra del

comisario Chénard, y la del propio Ministro del Interior. Pero que es preciso que se ponga al habla con nosotros enseguida.

Dutreval pareció sumirse en profunda meditación. Al fin, levantó la cabeza y les miró.

—Hace años que le conozco, comisario —habló lentamente—, y tengo sobrados motivos para fiar en su palabra. También creo que los demás señores la cumplirán. Sólo eso, y el conocer la verdadera situación de «El Gato» mejor que ustedes ahora, me moverán a intentar esa entrevista.

—¿Sabe dónde está él? —inquirió Keyes, ansioso.

—No, exactamente. Salió de aquí dos horas antes de la llegada de ustedes. Está muy asustado... sí; y eso que no es cobarde. Y muy desconcertado también. Él tiene casi todas las joyas, pero nada sabe de esos planos. Sabe quién es el asesino, desde luego, y yo también lo sé. Pero ésta es una historia mucho más disparatada de lo que ustedes mismos suponen, y de no conocerle yo mismo como le conozco, no la habría creído. Escuchen ustedes, y ya me dirán...

Y, entonces, comenzó a relatar los acontecimientos ocurridos a Pierre Montal mientras los tres agentes le escuchaban con gran atención...

CAPÍTULO VII

Pierre salió de casa de Dutreval mucho más asustado de lo que había entrado en ella. Sentíase igual que un hombre al que hubieran sentado encima de un polvorín prendiéndole fuego a una mecha y atándole las manos y los pies. A no ser que tuviese una suerte fantástica...

Y tenía que ser ciertamente muy fantástica. Encontrar a una mujer determinada en París... si es que estaba en París, era algo así cómo hallar un trébol de cuatro hojas en un inmenso prado cubierto por tréboles de tres. Y tenía que hallarla...

Comenzó a deambular sin rumbo fijo, entró en una porción de sitios... y nada. Desde luego, eso era lo único que podía esperar.

No obstante, la Providencia continuaba velando por él y se lo demostró aquella misma noche de modo irrefutable.

Sobre la una, llegó a la Ópera Cómica, esperando la salida de los artistas. Tenía allí una buena amiga, una bonita y discreta muchacha que atendía por Lili Corbeil y se ganaba bien la vida alternando sus tareas teatrales con el cultivo de pocas y escogidas amistades, en su mayoría sesudos varones amantes de un poco de alegría que les compensara de la aburrida existencia en sus hogares. Lili sabía cómo tratarlos, y eso beneficiaba indudablemente su cuenta de ahorros. Pero con Pierre dejaba a un lado las matemáticas...

Cuando lo vio entrar por el corredor de los camerinos corrió a su encuentro con los brazos abiertos y su mejor sonrisa. Era delgada como un muchacho, y tenía un rostro pícaro y bonito que constituía su mayor atractivo.

—*Oh, mon chéri, que bon c'est*

! ¡Qué sorpresa! ¿Cuándo has llegado? Espera un momentito que me termine de arreglar y nos escaparemos por la salida de artistas.

Tengo un pesado esperándome en el vestíbulo, pero esta noche se quedará esperando, *oui*?

Bueno, esto estaca mejor. Pierre la besó y aseguró que esperaría. Un cuarto de hora más tarde, los dos sallan al callejón posterior del edificio y, por él a la Rue de Richelieu. Lili se mostraba francamente alegre y sugirió que fuesen a terminar la velada a un *cabaret*. Pero Pierre denegó.

—Mira, Lili, he venido a pedirte un favor. ¿Puedo descansar un par de horas en tu piso? Quiero decir dormir...

La muchacha le miró sorprendida.

—¿Y eso es un favor? ¿Qué te pasa, Pierre? Desde luego, que puedes venir y estarte allí todo el tiempo que quieras. ¿Es que te encuentras en algún apuro? Si no quieres, no me lo digas. Ahora me doy cuenta de que pareces preocupado... Anda, tomemos un taxi y vamos a mi casa...

Vivía en un pisito de la Rue de Londres, regalo de uno de sus admiradores ya pasado a la historia. Y vivía sola, de modo que Pierre se sintió tranquilo allí. Una vez arriba, le hizo sentarse en el diván del saloncito y se empeñó en prepararle una taza de café. Mientras lo hacía, los ojos de Pierre cayeron sobre unos periódicos y revistas amontonados en una silla. Tomó uno de ellos y miró la fecha. Era de aquel día. Instintivamente miró abajo a la derecha. Había leído aquel mismo periódico unas horas antes, y sabía que la foto de la señora Barroso figuraba allí.

La volvió a mirar. Sí, allí estaba. Y lo mismo podía haber sido la desconocida. Era casi increíble el parecido entre las dos... como si fueran hermanas gemelas...

—¿Qué estás mirando, la foto de esa brasileña asesinada? —Lili estaba allí con el café, y se lo dio, mientras tomaba a su vez el periódico—. Si no fuera porque no puede ser... Cuando la vi esta mañana, creí que era una broma del periódico o un error de montaje... En mi vida he visto un parecido igual... ¡Eh!... ¿Qué te pasa?

Pierre casi había tirado el café al levantarse de un salto. Y la estaba mirando de un modo incrédulo.

—¿A qué te refieres? ¿Es que conoces tú a alguien parecido a esta mujer? —jadeó—. No me digas que es así...

—Pues sí que lo es. Por eso me sorprendí tanto esta tarde al ver

la fotografía. Si en vez de llevar rubio el pelo lo tuviera castaño, habría jurado que era ella: Denise Bompré.

—¿Y quién es esa Denise Bompré, Lili?

—Una amiga mía. Una excelente muchacha. Demasiado excelente. Si no tuviera esas ideas anticuadas que tiene acerca de la dignidad, el amor y todas esas tonterías, no se vería en los apuros que se ve la pobre. Yo le he tenido que prestar mil francos alguna que otra vez, y una vez la tuve aquí durmiendo y comiendo dos semanas. Hace ya un mes que no la veo, y andaba bastante apurada. Es muy bonita y tiene un cuerpo precioso, pero se ha empeñado en ser alguien sólo por sus méritos, y... tú ya sabes lo imposible que resulta eso, *chère*...

Pierre estaba ahora pensando a toda velocidad.

—¿Ella es actriz también?

—Sí. Trabaja de modelo cuando puede. Pero no le duran mucho los empleos. Tú ya sabes cómo son los hombres, y más los que una chica del teatro y una modelo tiene que tratar...

—¿Sabes dónde vive?

—No. Andará por ahí... Bueno, ella tiene una tía abuela en Epinay, y algunas veces, cuando se ve muy apurada o decaída, se va allí. Creo que es su única pariente cercana. Los padres y un hermano murieron durante la guerra... Puede que ahora esté allí. Me gustaría saber si ha visto esta fotografía... ¿Qué haces? ¿No querías dormir?

Pierre se estaba poniendo la chaqueta. La tomó por los hombros y la besó.

—Se me ha pasado el sueño. Eres mi Providencia, mi ángel tutelar. Lili. En cuanto me vuelvas a ver, recuérdame que hemos de ir juntos a comprarte el mejor brazalete que tengan en Clary's.

Buenas noches, y que Dios te bendiga, *cherie*. ¡Ah! Y no hables a nadie de tu amiga hasta que vuelvas a verme, por favor. ¿No sales por casualidad dónde vive esa tía-abuela? Me refiero a la calle y el número...

—Pues no. Pero... ¿Es que tú conoces a Denise?

—Espero conocerla... y ojalá no me equivoque. Hasta luego.

Estaba ya en la puerta. La abrió y salió al rellano, bajando de cuatro en cuatro los escalones. Su infalible sexto sentido le decía

que estaba de nuevo sobre la pista, que aquella muchacha era la Suzanne Ferrán que le había dejado en la estacada. Y si era así, no había tiempo que perder. Lo más seguro era que se hubiese escondido en Epinay, como él lo hacía en Créteil...

Llegó a la calle y buscó un taxi, sin hallarlo. Mas aquello no era óbice para él. Un cuarto de hora más tarde estaba conduciendo un automóvil «prestado» por la Avenida de Clichy. Al entrar en el Boulevard Jaurés detuvo el coche frente a un bar, aún abierto y casi vacío, entró, pidió coñac y el listín de teléfonos y buscó Epinay. Cuando lo tuvo recorrió los teléfonos del pueblo, teniendo delante la agenda de la desconocida.

Casi enseguida dio con él. Allí estaba. Epinay,
33-27...

Madame A. Bompré. Rue de Commines 226...

Guardó la agenda en el bolsillo, se tomó la copa de coñac, abonó su importe y salió, tornando al coche. La fortuna volvía a sonreírle...

Media hora después estaba en Epinay. El pueblo dormía en la paz de la madrugada. Y no sabía por dónde podía estar la Rue de Commines...

Registró en la caja de mapas del coche. Allí había un plano de París y su «banlieue». Abriéndolo, buscó Epinay. Y no tardó en dar con la calle. No era muy importante, pero sí fácil de encontrar...

Llegó a la plaza principal, corrió por una calle amplia y cien metros más allá se detuvo, saltó del coche y avanzó por la calle más estrecha y tranquila que se abría a la derecha.

Eran las tres y cuarto en su reloj. La calle de Commines se abría unos cincuenta metros más allá, y no era cosa de llegar a ella con el coche...

A llegar a la esquina, se detuvo, poniéndose rígido, con una sensación de peligro inminente. Unos metros más allá, precisamente donde debía estar la casa de la tía-abuela de la desconocida, se hallaba parada una furgoneta.

El hecho en sí no tenía nada de extraño, pero a Pierre no le gustó, sin saber por qué. Era una aprensión instintiva, algo etéreo flotando en el ambiente... Se pegó a la pared, mirando hacia adelante. No se veía a nadie ni se oían ruidos... Pero de la casa frontera a dónde estaba la furgoneta salía un rayo de luz por la

juntura de una ventana del piso alto.

Se deslizó sin hacer ruido pegado a las oscuras paredes de las casas. Por fortuna, la luz no era nada fuerte en aquel trozo de calle. Llegó así a espaldas de la furgoneta y vio que tenía abiertas las puertas traseras. Era más bien un camión pequeño y cubierto, y dentro había algunos bultos. Su pequeña linterna se los señaló enseguida como fardos de lana. Bueno, nada anormal... a no ser que estaba parado delante del número 26 y que, delante, en el «baquet», un hombre estaba canturreando algo en voz baja. Y que la luz encendida procedía del número 26...

El hombre bajó del asiento delantero, y Pierre se agazapó contra la trasera del coche, preparado para lo que fuera. No le gustaba nada aquello. En absoluto...

El otro murmuró algo inaudible y avanzó hacia la trasera. Pierre se deslizó al otro lado de la camioneta. El otro volvió sobre sus pasos y se acercó a la puerta. Y su voz sonó impaciente.

—¡Daos prisa en traerla, Mike!

Aquella voz ronca hablaba en inglés, y un inglés del otro lado del Atlántico. De adentro llegó otra apagada.

—¡No es tan fácil sujetarla, diablos! Entra a ayudarnos...

El hombre entró en la casa. Pierre volvió a la trasera del camión se metió dentro y se hizo un sitio entre los bultos, acomodándose allí y colocando los demás de parapeto. Tenía una idea de lo que estaba ocurriendo, y obraba más por instinto que por premeditación.

Aún no había acabado de esconderse entre los bultos cuando oyó ruido de pasos pesados acercándose, luego, voces quedas en inglés americano y el choque de algo pesado dentro del vehículo. Una voz seca ordenó:

—Métete con ella, Byran. No nos conviene que se ponga a chillar cuando despierte. Jones y yo iremos delante. Vamos, aprisa.

Un hombre subió al interior, las puertas traseras se cerraron y al poco, el camión comenzó a moverse saltando sobre el empedrado de la calle, con más carga dentro de la que sus conductores sospechaban.

CAPÍTULO VIII

De modo que la habían atrapado... En su escondrijo, apretujado entre las pacas de lana, Pierre estaba pensando a toda prisa. La habían atrapado, y eran, a no dudarlo, las gentes de Callaghan. Mal lo iba a pasar la muchacha si éste le ponía la mano encima... Callaghan amaba a su mujer, y amaba el dinero. Y no tenía ninguna compasión para sus enemigos... Bueno, ahora estos tres hombres llevaban a la chica a alguna parte, y también le llevaban a él. Tres hombres a todas luces bien armados... y él no llevaba ni un mal cortaplumas, pues la pistola de Trenart la dejó en su refugio de Créteil...

Durante largo rato, el camión corrió por lo que parecían ser calles, dando una porción de vueltas. Luego se detuvo, los de delante bajaron, abrieron las puertas...

—¿Qué aún no ha vuelto en sí?

—No lo sé. Mejor si no lo ha hecho. Andando, vamos a la gabarra.

La muchacha fue sacada del vehículo y sus raptos se alejaron con ella. Pierre asomó las narices con cautela, vio que no había nadie, y separó las pacas escurriéndose sin hacer ruido fuera de su escondrijo. Tenía todos los nervios en tensión y el oído aguzado al máximo. Percibió los pasos de los tres hombres alejándose con su carga, y saltó fuera del coche. A la derecha, brillaban, débilmente, unas luces sobre las aguas de un río. Estaban junto al Sena...

Corriéndose hasta el borde de la portezuela pudo ver a los tres hombres de Callaghan yendo con su carga hasta una barcaza atracada en el muelle. Un hombre esperaba sobre cubierta y les dijo algo a lo que ellos contestaron. Después, todos saltaron a bordo y la desvanecida o atada muchacha fue introducida en la cámara bajo cubierta, mientras uno de los hombres regresaba y otro se metía en la pequeña cabina de pilotaje.

Pierre se volvió a ocultar detrás de la camioneta. El lugar estaba desierto y bastante oscuro. El plan descabellado que se había forjado en un instante podía salir bien...

El hombre de Callaghan entró en su radio de acción cuando cerraba las puertas traseras de la camioneta. Probablemente no supo qué le había pasado. La llave inglesa que Pierre había sacado de la caja de herramientas envolviéndola en un trapo grasiento para amortiguar el ruido de cualquier golpe, le pegó primero en plena boca, destrozándosela, y casi enseguida en la sien. Se derrumbó como un saco lleno dejado caer de golpe, y Pierre le sostuvo, impidiéndole ir al suelo. No era momento de andarse con contemplaciones, pero aplicó el oído al pecho del hombre, alegrándose al notar que latía.

Dejándolo dentro de la camioneta, avanzó audazmente hacia la gabarra. El que estaba en la cabina de pilotaje ni le miró. Saltando a cubierta, se dispuso a hacerse con él cuando oyó subir a los otros. Entonces se agazapó en las sombras detrás de la cama.

Los dos que habían bajado a la muchacha estaban subiendo, y la gabarra comenzó a marchar, alejándose del muelle. Les oyó hablar en inglés con acento satisfecho.

—Bueno, no creo que el jefe tenga queja de nosotros. Hemos encontrado a la muchacha y se la llevamos mucho antes de que los policías den con ella...

—Ha sido una suerte que ese cochino de Chauvin cayera en nuestras manos y fuera tan flojo. Una tonta historia la suya... El jefe les tiene preparados a los dos algo que les hará pedir la muerte mil veces. Pero las joyas y lo otro son primero.

—Veras como la chica canta enseguida dónde las tiene. Ese cuento de que se las dejó al hombre que la libró de Chauvin está bien arreglado, pero no resistirá media hora de tratamiento intensivo...

Rieron los dos. Ya estaban en cubierta y a menos de dos metros del agazapado Pierre. El más alto objetó:

—¿Y si fuera verdad lo que ella dice? Recuerda que, al parecer, ese ladrón de pisos, «El Gato», estuvo también en la finca del jefe... La policía parece creerle el autor...

—La policía se guarda sus cosas, como nosotros las nuestras. Pero sea cual sea la verdad, el jefe logrará que esta muchacha se lo

diga...

Se metieron en la cabina del piloto. Con la suavidad del animal cuyo nombre llevaba, Pierre se escurrió hasta la entrada del entrepuente y bajó al interior. Se trataba de una cámara baja y maloliente, típica de las gabarras del río. Una puerta cerrada, al fondo, le llevó hasta ella al comprobar que la muchacha no estaba allí. Abrióla, metiéndose en el oscuro interior, y cerró a sus espaldas con cuidado. Podían bajar...

La luz de su linterna le descubrió a la muchacha echada sobre un montón de sacos vacíos. Estaba atada de pies y manos, amordazada, despeinada, con sólo una bata y el pijama y claras señales de golpes. También tenía abiertos los hermosos ojos con una expresión de terror.

Apretando los dientes, Pierre se arrodilló a su lado y le quitó la mordaza que casi la asfixiaba. La muchacha no podía reconocerlo en la espesa sombra que ocultaba su cara, y le habló rápido en voz baja y tensa.

—Por lo que más quiera, no se le ocurra ahora gritar o desmayarse...

—«¡Usted!».

Latía en la voz sibilante de la muchacha una nota de asombro y alegría, que Pierre atribuyó a lo inesperado para ella de su presencia allí. Contestó, mientras manipulaba con las ligaduras de sus manos.

—Sí, yo. Ya le dije que estábamos metidos en la misma barca... Pero ahora no es momento de explicaciones. Escuche bien: Ahí arriba hay tres hombres de Barroso y los tres me parece que bien armados. Ignoran mi presencia a bordo de la barcaza, y si la descubriesen, lo pasaría mal, pues no llevo ningún arma encima. Tenemos una sola probabilidad de escapar, y es aprovechar el que ellos están en la cabina de pilotaje charlando y seguros de que usted queda bien encerrada e impotente aquí abajo, para deslizarnos a cubierta y escurrirnos al agua. ¿Sabe usted nadar?

—Sí. Pero...

—No hay peros. O hacemos eso, o el amigo Barroso nos convertirá en picadillo a los dos.

—¿Por qué arriesga su vida por salvarme? Yo le dejé en la estacada...

—De eso ya hablaremos luego. Ahora, lo que importa es escapar cuanto antes de aquí. ¿Está magullada o herida?

—Puedo moverme y seguirle.

—Excelente. Y también que sepa dominar sus nervios. Bueno, estas ligaduras ceden fácilmente, por suerte...

Así era, los hombres de Callaghan eran más brutos que hábiles en el arte de hacer nudos. Las cuerdas que amarraban a la muchacha cayeron sobre los sacos, y ella se incorporó, frotándose con fuerza las muñecas y las piernas para restablecer la circulación. Luego, levantóse, ayudada por Pierre, y por un momento permanecieron pegados uno al otro, oyendo los latidos descompasados de sus propios corazones en la densa oscuridad que les envolvía, y atentos a todos los ruidos de la barcaza.

Fue entonces cuando por vez primera sintió Pierre un raro desasosiego. Fue una cosa a la vez agradable e inquietante que le acometió de súbito, mientras el aliento de la joven le rozaba el cuello y la mejilla y sentía la tibieza sedosa de su cuerpo palpitando junto al suyo. A lo largo de su azarosa existencia, muchas mujeres habían estado en los brazos de Pierre Montal. Pero era la primera vez que una entraba en su vida y llegaba a sus brazos de un modo tan excitante. Ella y él se hallaban bajo la misma terrible amenaza, hundidos hasta el cuello en la misma trampa. Aquella muchacha constituía la clave de todo el misterio que Pierre necesitaba aclarar para salvar el cuello de la guillotina, y a la vez, él parecía ser su única defensa contra todos los asesinos y criminales que la acosaban para silenciarla. Ahora mismo había cesado de temblar entre sus brazos, y parecía sentirse segura en ellos, confiada...

Se sacudió con un esfuerzo y un sordo reniego. No eran aquellos momentos propicios para romanticismos ni mucho menos... Acción rápida y mente despejada eran las dos cosas que se precisaban...

La separó con cierta brusquedad, y habló rápido.

—Voy a abrir. Cuando salga, sígame, procurando no hacer el menor ruido. Piense que nos estamos jugando la vida. Si nos oyen antes de que hayamos podido salir de la barcaza, dispararán contra nosotros sin el menor escrúpulo.

—No se apure por mí. Sé lo que nos jugamos...

—Así es mejor.

Abrió la puerta con toda clase de precauciones, saliendo a la

vacía cámara. De arriba, mezclado con el isócrono ronroneo del motor, llegaba el apagado rumor de voces y alguna que otra risa. Los hombres de Callaghan estaban, por lo visto, muy contentos...

—Vamos... Es la ocasión...

Ella parpadeo a la luz, pero siguió sus pasos dócilmente. Iba descalza, sin otras ropas que el pijama y la desgarrada bata. Al avanzar, Pierre notó una vieja chaqueta tirada sobre una de las literas y la tomó. Podía servir luego...

Llegó junto a la escalera. Las voces eran más fuertes, y por ellas coligió que los tres hombres estaban dando buena cuenta de una botella. Eso estaba bien. La suerte proverbial de «El Gato» volvía a sonreírle...

Volvióse a animar a la muchacha con una sonrisa, y ella le respondió con otra sumamente agradable. Era valiente, dadas las circunstancias... De un modo casi inconsciente dióse cuenta de dos cosas: el pelo de ella era de un color castaño dorado y semejante a seda, y a pesar del hematoma en la barbilla y el tizne de la mejilla derecha, el despeinamiento y todo lo demás, resultaba enormemente atractiva. Demasiado, para el gusto de Pierre Montal...

Volvió a mirar hacia adelante con mal humor. Eso le faltaba... Enamorarse de una mujer prácticamente desconocida y que podía ser cualquier cosa... a pesar de que las palabras de Lili se habían puesto a danzar de golpe en su cerebro.

Llegó a cubierta sin hacer más ruido que una lagartija sobre una piedra lisa, y se agazapó en la sombra de la cabina de pilotaje atrapando un trozo de barrote que notó en el suelo. Si alguno salía y descubría a la muchacha, por lo menos le daría tiempo a ella de escapar...

Ella salió a cubierta silenciosamente, aunque se estremeció al tocar el húmedo piso con los pies descalzos. Se había recogido los amplios faldones de la bata.

Miró hacia Pierre y éste le indicó primero la embarazosa prenda y luego la negra corriente hacía popa con un gesto de la mano armada. Comprendiéndole, la muchacha se despojó de la bata, quedando en pijama. Una figura esbelta y deliciosa...

Avanzó con todo sigilo hacia la borda mientras hacía un lío con la bata, y al llegar allí, tras una última mirada hacia Pierre, dejó la

prenda sobre la cubierta, se izó sobre la borda, descolgándose al otro lado...

Pierre avanzó a su vez, rápido y seguro. Estaban pasando frente a Saint Denis, con la larga Ile de Saint Denis a la izquierda, e iban remontando el río hacia París. Cinco minutos más de buena suerte, y ambos estarían a salvo...

Llegó junto a la borda al tiempo que la joven se soltaba, hundiéndose en las negras aguas y poniéndose a bracear rápida para separarse del remolino de popa. Agachándose, tomó la bata, la enrolló aún más, metiéndola dentro de la chaqueta, se izó sobre la borda, deslizóse fuera hasta tener metidas las piernas en la fría corriente y, entonces, se soltó, cayendo de lado en el agua y manteniendo en alto y fuera de ella el bulto de chaqueta y bata.

Arriba, en la barcaza, nadie se había dado cuenta de nada... Delante, a unos diez metros, la joven nadaba despacio, esperándole. Las luces de las orillas y las estrellas alumbraban bastante la corriente. Nadó rápido hacia ella y al ponerse a su lado le habló alto:

—Corte la corriente hacia la derecha, dejándose llevar por ella. Nos conducirá a aquel terraplén.

Ella viró en respuesta a su orden, comenzando a nadar con bastante soltura. Pierre la siguió con cierta dificultad, debido a su deseo de mantener el lío de ropas fuera del agua. Diez minutos más tarde, la muchacha tocaba fondo y salía del agua a la sombra de un terraplén arbolado, parándose allí a esperarle. Pierre salió un minuto más tarde. Ella tiritaba ahora de frío, pero le acogió con una sonrisa valerosa. Pierre sonrió aprobatorio, mientras desliaba la bata.

—Tome, póngasela y quítese ese pijama. Puede ir ahí, detrás de esas matas. Le prometo volverme de espaldas.

Sin chistar, ella tomó la bata y se fue donde le indicaba. Pierre procedió en el acto a desvestirse, frotándose el cuerpo con la vieja chaqueta y escurriendo sus prendas vigorosamente para sacarles el agua, tras lo cual se volvió a poner la camisa y pantalones. La noche no era demasiado fría, pero la verdad es que el agua sí lo estaba, y unas prendas mojadas no constituían ciertamente una agradable vestimenta. Vio retornar a la muchacha arrebujaada en la bata, que se sujetaba con una mano mientras llevaba en la otra el pijama, y se

quitó el cinturón, tendiéndoselo.

—Tome, átese la bata.

Sin contestar, ella dejó el pijama y tomó el cinturón, ciñéndoselo a la cintura; se había echado hacia atrás los cabellos mojados y su hermosa cara aparecía blanca y tentadora cuando sonrió ligeramente.

—Estoy helada... Ha sido una gran idea la suya al traerse esto... Si no, hubiera resultado bastante incómoda mi situación... Quisiera poderle decir cuán agradecida le estoy y cuán arrepentida...

—Déjelo estar —a pesar suyo, Pierre se sentía irritado y habló con cierta brusquedad—. No es momento para discursos. Usted se ha portado hasta ahora muy bien, pero no hemos hecho sino comenzar. No podemos quedarnos aquí mucho tiempo, pues no sólo pueden darse cuenta de nuestra huida y regresar en nuestra busca, sino que puede encontrarnos aquí cualquier gendarme o vigilante y no andamos vestidos, sobre todo usted, para poder decir que salimos a dar un paseo y nos caímos al río por casualidad. Hemos de marcharnos de aquí enseguida, pero usted va descalza. De modo que habrá de quedarse aquí, escondida entre los matorrales y escombros, mientras yo salgo a encontrar un medio de escape factible. Espero que no se volverá a escapar, dejándome de nuevo...

Ella dio un paso adelante y le miró a los ojos.

—Usted debería saber que no lo haré —dijo tensa.

Estaba peligrosamente cerca de Pierre, y su aliento le dio en el rostro como un aire cálido. Su propia cara, y su garganta, aparecían tan blancas como la misma en un triste de cometer una tontería, pero se contuvo con un esfuerzo.

—Está bien. Lo voy a creer. Espéreme ahí y no se mueva —dijo ronco—. Voy a ver si consigo hacerme con algún automóvil dejado cerca. Así no podemos dar un paso...

CAPÍTULO IX

Pierre estaba de mal humor. De muy mal humor. Y la culpa la tenía aquella muchacha de ojos grandes y hermosos. Ya era bastante el lío en que se encontraba metido para ir ahora a complicarse más la existencia con un problema sentimental. Y, no obstante, se lo había complicado como un idiota, *Sacré!* Había miles de hermosas mujeres en el mundo. ¿Por qué, pues, preocuparse por esta que no le había traído más que peligros y complicaciones?

Eso quisiera él saber... Y precisamente por eso estaba de mal humor. Porque sí se preocupaba... y mucho.

Estaba ahora en el extremo de un paseo a medio urbanizar, solitario en la calma de las últimas horas nocturnas. Miró su reloj. Eran exactamente las cuatro y cuarto. Tan sólo una hora había transcurrido desde que llegó a la casa de su compañera... Y dentro de media hora comenzaría a amanecer. Si para entonces no había logrado escapar de allí con ella, sus probabilidades de hacerlo se reducirían al mínimo...

No se veía ni una rata por las cercanías. Y mucho menos un automóvil. Esto podía ser bueno, y podía ser malo... En fin, era preciso moverse aprisa.

Echó a andar hacia el interior, acogiéndose a los lugares más oscuros. No tenía ningún interés en tropezarse con un gendarme. Las calles estaban bastante mal alumbradas por aquel sector, pero no se veía un vehículo en ninguna parte. Una vez tuvo que esperar tres minutos pegado a un portal el paso de dos gendarmes por la esquina cercana y a que uno de ellos encendiera un cigarrillo. Y ya comenzaba a darse a todos los diablos cuando oyó abrirse una puerta de persiana un poco más delante de él.

La puerta se terminó de abrir y se oyó el canturreo de un hombre. La luz que salía de allí permitió a Pierre ver una muestra

colgada sobre la puerta que le hizo dar un salto al corazón: «Tintorería».

En cuatro rápidas zancadas estuvo junto a la puerta y oteando el interior. Era un lugar bastante amplio. Del techo colgaban infinidad de prendas puestas a secar y había otras muchas amontonadas sobre las mesas y los estantes. Una camioneta pequeña de reparto estaba con el motor frente a la puerta, y mientras miraba, vio a un hombre bastante robusto y más joven que él aparecer desde la derecha con un puñado de prendas en los brazos que metió, por lo visto, en la camioneta, pues volvió a pasar sin ellas hacia donde había venido. Aquél era un taller de lavado y limpiado de prendas. Y aquella camioneta iba, sin duda, a llevarlas al establecimiento de París donde se plancharían y entregarían, ya limpias, a los clientes. La suerte de Pierre Montal... La suerte de «El Gato»...

En menos de un minuto estuvo dentro del local y agazapado detrás de la camioneta. Allí no había otra arma ofensiva a mano que una rota pala de remover la ropa en las calderas. La tomó y esperó la llegada de mozo con un nuevo brazado de prendas.

La víctima llegó sin el menor recelo, echó las prendas dentro de la camioneta, cerró las puertas y se dispuso a subir al «baquet». Pierre salió de su escondite entre la camioneta y la pared, levantó el trozo de pala, ajustó el lugar preciso donde descargar el golpe, y lo asestó en la justa medida.

Alcanzado detrás de la oreja, el desprevenido mozo emitió un gemido, estiró los brazos y se cayó. Pierre se le echó encima, lo arrastró detrás de la esquina de la pared, lo ató rápidamente con un trozo de cordel que halló a mano, lo amordazó con una bata de niña, procurando no asfixiarle y le metió en su bolsillo un puñado de billetes. Aquello la resarciría del porrazo.

Enseguida se despojó de sus ropas, haciendo un lío con ellas, tomó unos pantalones y una chaqueta de un montón de prendas y se los puso. Los primeros le venían un tanto grandes, y la segunda estrecha, pero no era momento de andarse con tonterías. Regresó a la camioneta, la puso en marcha tras echar su ropa mojada dentro de la cabina, sacó la camioneta, bajó, cerró la puerta corrediza, volvió al volante y partió hacia el cercano río, canturreando su canción favorita. Toda la faena no le había llevado más de un cuarto de hora.

Una leve raya gris comenzaba a notarse por sobre la isla y el río. Y ya comenzaban a animarse las calles, aunque aún no constituía peligro la cosa. Llegó al borde del paseo, detuvo la camioneta, salto a tierra y bajó el terraplén en cuatro saltos llamando:

—¡Denise!

La muchacha surgió en la penumbra, avanzando despacio a su encuentro. Tiritaba y daba diente con diente.

—¿Encontró usted algo? No sabe cuán largo me ha parecido el tiempo.

Él ya estaba a su lado, y notó su temblor. Casi sin darse cuenta, la cogió por los hombros.

—Está usted helada... Vamos, la suerte me ha sonreído más de lo que esperaba. He atrapado la camioneta de un tintorero, cargada de ropas. Podrá vestirse dentro de ella...

—¿De veras? Es usted fantástico...

Se le acercó de un modo instintivo también, con una mirada seria y extraña. Bajo las manos de Pierre, los hombros de seda apenas cubiertos por la mojada ropa tremaban... Y fue entonces cuando sin poder contener su impulso, Pierre la atrajo hacia sí, abatió sobre ella la cabeza y la besó.

Fue un beso fogoso y violento. Y contra lo que esperaba, la muchacha no le rehuyó. Ni siquiera se limitó a recibirlo. Por el contrario, se apretó contra él, llevó las manos a su espalda y respondió al beso con calor.

Pierre fue el primero en recobrar la voz y el dominio de sí.

—Vámonos —dijo roncamente—. Tenemos que darnos mucha prisa.

Dio media vuelta y subió terraplén arriba, mientras procuraba dominar las brascas oleadas de su sangre y poner en orden sus pensamientos. Tras él, Denise ascendía sin chistar, también casi sin darse cuenta de los laceramientos de sus pies descalzos contra los escombros y las matas. Él llegó a la camioneta y no vio a nadie por los alrededores. Abrió las puertas traseras, apretó las ropas para dejarle un sitio a la muchacha y se volvió a ayudarla a subir. No la miró a la cara, ni ella tampoco le miraba.

—Métase dentro y en cuanto cierre, cámbiese de ropa. Tome mi linterna.

Ella la tomó sin chistar y se introdujo en la furgoneta. Antes de

cerrar las puertas, ambos cambiaron una mirada honda, de mucho significado. Luego, Pierre las cerró, subió a la cabina y puso en marcha el vehículo, dirigiéndose a París. Tenía la intención de llevar a la muchacha a casa de su amiga Lili, y una vez en ella comenzar el interrogatorio. Eran muchas las cosas que quería preguntarle... Muchas más de las que una hora antes le pensaba preguntar.

Antes de llegar a Clignancourt desvióse por una calle tranquila y desierta, parando en una rinconada solitaria. Bajó del asiento y se acercó a la trasera, inquiriendo:

—¿Está vestida?

—Sí...

Abrió las puertas, y Denise saltó fuera, quedando de pie ante él. Se había puesto una falda de cierto vuelo, de lana azul, y un jersey gris que le ajustaba de tal modo que cortó el resuello a Pierre. La muchacha lo notó y se ruborizó fuertemente, aunque sin desviar la vista. Estaba muy seria, e incluso era seria su tímida sonrisa al hablar.

—Es lo mejor que encontré a mano... Me pondré encima uno de esos chaquetones... o una gabardina...

—Una gabardina será mejor. Bueno, voy a buscar yo algo más adecuado que lo que me puse. Vigile mientras...

Ella se fue hacia un lado mientras Pierre rebuscaba entre las prendas. Halló un pantalón de su talla y se lo puso, tomando luego una gabardina que se abrochó hasta el cuello para cubrir la falta de camisa. Los zapatos estaban mojados, pero eso podía esperar. Lo malo era que ella iba descalza...

Cerró las portezuelas tras tomar el pijama y la bata mojados y fue junto a ella, enviándole por primera vez una sonrisa.

—Vamos, suba a la cabina. Tenemos que seguir.

—Voy descalza y...

—Ya he pensado en eso. Tal vez lo podamos solucionar...

Era grato el contacto de ella contra su propio cuerpo. Pero no se atrevió a mirarla para que no adivinase sus pensamientos. No se dio, pues, cuenta de que Denise le miraba de vez en cuando de reojo, con una mirada a la vez tímida y cariñosa y llena de temor...

No cambiaron una palabra mientras el vehículo iba adentrándose en la capital. Pierre miraba atentamente a ambos

lados de las calles. Ya era día claro, pero muy poca gente circulaba por ellas aún. Al fin, encontró lo que buscaba cuando avanzaban por la Rue des Poissonniers. Una mujer durmiendo la borrachera en un portal...

Detuvo el coche, vio que no había nadie cerca, saltó a la acera, se llegó a la beoda, comprobando que estaba dormida y era de una edad mediana, agachóse y le quitó rápidamente los usados zapatos de medio tacón, metiéndole un billete de mil francos en el bolsillo del raído chaquetón que llevaba. Luego regresó con los zapatos a la cabina y los echó dentro, subiendo y cerrando la portezuela.

—Póngaselos.

Denise miró a los zapatos con aprensión, y luego a él. Después sonrió, los tomó y se los puso, mientras la camioneta seguía su camino.

—¿Qué tal le están?

—Un par de números grandes, pero podré llevarlos. Es usted un hombre de muchos recursos... Y ahora que pienso, todavía no sé su nombre... aparte de que se llama «El Gato».

—Es Pierre.

—¿Solo?

—Por ahora sí.

—Ya veo que no se fía de mí...

Había una nota de desaliento en su voz que hizo estremecerse a Pierre ligeramente.

—No es que no me fíe. Si todo va bien, no tardará mucho en saberlo. Después de todo, es usted la única mujer en el mundo que conoce la identidad de «El Gato» y estoy en sus manos...

—¿Teme que pueda hacer mal uso de ese conocimiento?

Por primera vez en una hora, Pierre se atrevió a mirarle a la cara.

—Temo muchas cosas —dijo. Y tras aguantarle la mirada unos instantes, Denise la desvió, sonrojándose ligeramente, pero con un raro brillo en las pupilas y una enigmática sonrisa.

Un par de minutos más tarde, Pierre volvió a detener la camioneta y abrió la portezuela.

—Aquí bajaremos y seguiremos a pie —dijo, mientras tomaba el bulto de ropas mojadas—. A estas horas, ya deben haber descubierto el robo de la camioneta, y también los hombres que la

raptaron se habrán dado cuenta de su fuga. Estamos llevándoles tan sólo muy poca delantera. Esa gente corre mucho, y no tardarán en relacionar el robo de la camioneta con nosotros y seguirnos la pista.

Ella se asustó.

—¿Cree que nos volverán a encontrar?

—Procuraré que no lo hagan. A mí no me conocen, ni saben quién soy. Es a usted a quién buscan y quién les interesa. Ahora se devanarán los sesos preguntándose cómo pudo escaparse. Hasta que den con la explicación, les llevaremos delantera. Pero habremos de ser muy cautelosos. Ya ve cuán poco tardaron en encontrarla...

—¿Dónde vamos ahora?

—A casa de una amiga suya. Lili Corbeil.

Denise hizo un gesto de asombro.

—¿Conoce usted a Lili?

—Somos amigos. Gracias a ella di anoche con su paradero. Fue una suerte para los dos.

—Sí... ¿Le dijo ella dónde estaba yo?

—Yo ignoraba esa amistad de ustedes. Fui a esconderme un par de horas y dormir algo. Estoy buscándola desde que se escapó. Me llevé de la alcoba de los Barroso el bolso que abandonó usted, y allí encontré una agenda con números de teléfonos de París. Por eso di con usted y por eso vine a París a buscarla. Pero fue pura suerte que Lili comentase su extraordinario parecido con la señora de Barroso. A propósito. ¿Eran hermanas?

Denise denegó con la cabeza. Iban avanzando a buen paso por las calles cada vez más animadas y Pierre la llevaba del brazo. La notó estremecerse y la vio palidecer al recuerdo.

—No... no lo éramos. Es una historia demasiado inverosímil para ser creída...

—Yo estoy dispuesto a creer cualquier cosa en este endemoniado asunto. Bueno, luego me lo contará, en casa de Lili. Ahora vamos a tomar el Metro.

Estaban en el Mercadet des Poissonniers, lleno ya de gentes y bullicio, por entre el que pasaron desapercibidos. Entraron en la estación del Metro, y Pierre tomó dos billetes. Por fortuna, en la cartera llevaba un dinero menos mojado, y la empleada se limitó a mirarlos con ligera curiosidad. Denise se había secado el pelo en la camioneta y se lo medio peinó como pudo, para no llamar

demasiado la atención, de modo que ofrecía un pasable aspecto de disipación nocturna. Entraron en el Metro, lleno de obreros y empleados que se dirigían a su tareas, y se situaron en un rincón para evitar en lo posible miradas curiosas. Durante todo el trayecto hasta la estación de la Trinité apenas si cambiaron unas frases triviales para dar impresión de tranquilidad. Pero sus miradas se estaban diciendo muchas cosas...

Salieron a la luz del día frente a la famosa iglesia y atravesaron hacia la entrada de la Rue de Londres, avanzando a buen paso hasta la casa de Lili Corbeil. Ya estaba abierto el portal, y el portero les miró con suspicacia mientras se metían en él yendo hacia la escalera. Pero debió reconocer a Denisse, pues hizo una expresiva mueca y se encogió de hombros, volviéndose a su camaranchón.

Una sonrisa abrió los labios de la joven.

—No doy cien francos por lo que este hombre está pensando de mí ahora...

—Bueno; no creo que eso deba preocuparla.

—¿Pues qué, entonces?

—Tal vez lo que otros puedan pensar...

Estaban en el rellano del primer piso. Denisse se detuvo y le miró a los ojos muy seria.

—Es precisamente eso lo que me preocupa —dijo con hondo y significativo acento.

CAPÍTULO X

Lili debía estar bien dormida, pues tardó casi diez minutos en abrirles; y lo hizo malhumorada y frotándose los ojos. Pero al verlos se le fueron de golpe el sueño y el malhumor, dando paso al asombro.

—¿Qué...? ¡Denise! ¿Pero qué es esto...?

—Ahora te lo explicaremos —le dijo Pierre empujándola y metiéndose en el piso seguido por Denise, mientras la sorprendida Lili les miraba estupefacta—. Pero cierra la puerta. ¿Quieres?

La muchacha obedeció, mientras Pierre se desabrochaba la gabardina y Denise se quitaba los maltrechos zapatos. Sus ojos asombrados fueron de los pies lacerados de su amiga al torso desnudo de Pierre y de éste a aquéllos, alternativamente.

—Pero... pero... ¿De dónde salís y qué significa todo esto?

—Mira, Lili, es muy largo de contar y no nos creerías. Así que sé buena chica y no hagas demasiadas preguntas, que no podemos contestarte por el momento. Bástate saber que tu amiga y yo hemos pasado una noche muy movida, que ella está derrengada y ninguno de los dos hemos pegado ojo, y que nos hemos dado vestidos un baño nocturno en el río. Sí, no pongas esa cara. Necesitamos tu protección y tu discreción, tomar algo caliente y dormir un rato. ¿Crees que podrás hacerlo?

Denise apoyó las palabras de Pierre con una sonrisa y se acercó a abrazar a su amiga.

—No sé cuánto conoces a Pierre, Lili, pero te está diciendo la verdad. Ambos estamos helados, cansados y en un apuro. ¿Quieres ayudarnos?

Lili les miró dubitativa unos instantes, y luego se encogió de hombros.

—¿No habréis cometido un asesinato? Porque no siendo así, podéis quedaros...

Pierre y Denise cambiaron una rápida mirada. Y él habló sonriente.

—Eres una chica magnífica, Lili. No, no hemos cometido ningún asesinato. Pero estamos metidos en un compromiso. Si ahora terminas de despabilarte y me ayudas a preparar café y algo de comida mientras Denise va a darse un baño y ponerse alguna de tu ropa, te prometo contarte lo que ocurre.

Denise se lo agradeció sonriendo, y Lili, tranquilizada su curiosidad con la promesa, llevó a su amiga a su cuarto indicándole donde tenía la ropa interior. Luego volvió a la pequeña cocina, donde Pierre ya estaba frotándose las manos sobre el horno de gas recién encendido y la envió una larga sonrisa.

—¿Dónde tienes el café, Lili?

—Ahí, en ese tarro que dice «Sal». Y ya puedes comenzar a contarme. ¿De qué os conocéis tú y Denise? ¿Y qué diablos os ha pasado y os traéis entre manos los dos?

Mientras preparaba el café, Pierre se estrujó el fértil cerebro para pergeñar una historia que fuese medio plausible, y le fue contando lo que le vino a las mientes. El aroma del café le recordó que nada había comido desde primera hora de la noche. Estaba cansado, pero el frío le estaba remitiendo. En el cuarto de baño oyó el ruido de la ducha, y cuando hirvió el café, la voz de Denise llegó llamando a Lili. Pierre deseó que a ésta no se le ocurriese hacer preguntas acerca del cuento que le había relatado, o que si las hacía, fuera Denise lo bastante discreta para no contestarlas antes de hablar con él. Por fortuna, debieron ocurrir ambas cosas, pues al poco aparecieron las dos muchachas, Denise metida en un pijama de su amiga y atándose una de sus batas. La joven le sonrió de aquel modo entre serio y tímido que tanto le desasosegaba. Pierre tenía su propio plan y se volvió a Lili con su mejor sonrisa.

—«Cherie», te hemos molestado sacándote de tu cama y creo que no debemos abusar más de tu benevolencia y hospitalidad. Además, necesito que dentro de un par de horas vayas a comprarme un poco de ropa decente, y lo mejor será que te vayas a dormir otro ratito... Nos harás un favor...

Lili le miró entre enfurruñada y recelosa; luego soltó una carcajada y se encogió de hombros.

—«¡Voilà!». Tú siempre serás el mismo, Pierre Montal... Bueno,

no quiero molestaros y me voy a la cama. Cuando terminéis de haceros vuestras confidencias amorosas, tú puedes echarte en el diván y Denise venir a mi cama a despertarme para que vaya a haceros las compras... Hasta luego, tortolitos, y que os aproveche...

Se metió en el cuarto, dejándolos solos. Denise miró a Pierre, inquiriendo:

—¿Qué le ha...?

—Todo por partes. Tome esa taza y bébase el café. ¿Cómo se encuentra?

—Perfectamente. Mucho mejor de lo que esperaba. Pero...

—Vamos a la cocina. Lili es mujer, y, por lo tanto, curiosa. Podía estar escuchando detrás de la puerta...

Denise le siguió sin rechistar, y una vez en la cocina se sentaron en sendas sillas frente a frente, bebiendo el caliente brebaje. Al fin, Pierre habló.

—Y ahora, ha llegado el momento de hablar claro y raso. Le he contado a Lili que nos conocemos hace unas semanas y que somos una especie de prometidos. Que yo me había metido en un pequeño lío para ganar dinero, y que usted no había querido pasar por eso, dejándome plantado. Yo no sabía dónde usted vivía, y por eso me encontraba anoche tan malhumorado. Estaba decidido a abandonar mi relación con la gente que me había enredado, pero ellos me amenazaron si lo hacía. No sé cómo se enteraron de que yo iba a hacerlo por amor a usted y de donde estaba, y decidieron raptarla para hacerme fuerza. Quiso la suerte que yo llegara esta madrugada cuando se la llevaban y pude libertarla de ellos. Pero hubimos de arrojarnos al río para escapar y cruzarlo a nado. Bueno, todo el resto era bastante parecido a la verdad, y en conjunto, creo que Lili se lo ha creído. Procure no desengañarla cuando queden solas.

—No lo haré. ¿Por qué dice cuando quedemos solas?

—Es bien sencillo. A estas horas, la gente de Barroso y la del asesino, más tal vez la policía, andará buscándola a usted por todas partes. No puede correr el riesgo de salir a la calle. En cambio, a mí nadie me relaciona con «El Gato», y tengo la ventaja de conocerlos a todos ellos. Voy a salir para ver de resolver de una vez esta endemoniada situación. Más antes necesito su palabra de que me obedecerá y no se moverá de aquí.

Denise le miró hondamente a los ojos.

—Ya una vez le engañé. ¿Por qué va a fiar ahora en mi palabra?

Las mandíbulas de Pierre se apretaron.

—Creo que usted lo sabe mucho mejor que yo...

Por un largo minuto quedaron mirándose en silencio. Temblaron ligeramente los labios de la joven y cobraron color sus mejillas. Luego desvió la mirada y dejó la vacía taza sobre el fregadero. Sus manos temblaban al hacerlo, también.

—Quisiera... —dijo vacilante— quisiera saber lo que ocurrió la otra noche en la quinta de los Barroso. Luego le prometo contarle todo lo que yo sé... aunque ya le dije que es casi increíble...

—Y yo la dije que estaba dispuesto a creer lo más descabellado... Bueno, pues esa noche, yo...

Repitió casi con las mismas palabras el relato que doce horas antes hiciera a Dutreval. Denise le escuchaba aún con mayor atención que su anterior oyente, y al llegar al episodio del asesinato se estremeció violentamente, palideciendo. También le ocurrió lo mismo cuando él contó cómo evitó su propio asesinato a manos de De Trenart. Pero se sonrió un poco al oír lo que vino después...

Cuando Pierre terminó, se hizo de nuevo entre ellos el silencio.

—Bien —lo rompió él—. Ahora le toca a usted. No creo que su relato sea más increíble que el mío...

—No sé... Usted juzgará. Yo hace días que me estoy devanando los sesos sin comprender... Pero comenzaré por el principio.

»Yo tengo veintidós años. Mi única familia es la tía-abuela en cuya casa estaba anoche. Mis padres murieron durante la guerra, en un bombardeo, y también mi hermano mayor. Fui a vivir con mi abuela hasta el fin de la guerra, y luego me coloqué en una tienda de modas, como dependienta de mostrador. Tenía entonces diecisiete años, y desde esa fecha, no puedo decir que la vida haya sido muy amable conmigo. Tuve muchas oportunidades de mejorar de posición... pero a cambio de algo que me repugnaba. No censuro a Lili ni a las que son como ella. A veces habría querido ser así... Pero creo que eso se lleva en la sangre. Simplemente, no quería venderme. Me repugnaba el solo pensamiento... Acaso usted no me comprenda...».

Le miró ansiosa, y Pierre se sintió poseído por una cálida oleada. Sí que la comprendía... y estaba muy contento de ello.

—Continúe —apremió—. Sí que la comprendo.

Ella suspiró con alivio.

—Gracias. Bien; debido a eso tuve que pasar muchas vicisitudes. Yo deseaba salir adelante por mi sólo esfuerzo, honradamente... Y bueno, eso no resulta nada fácil para una muchacha sola aquí en París. Le ahorraré detalles innecesarios. Hace un mes me encontraba sin trabajo ni dinero, cuando al salir de una agencia de colocaciones un hombre me detuvo. Era ese que usted... evitó me matara. Se mostró desde el primer momento muy correcto, y me dijo si yo tendría interés en trabajar. Un trabajo honorable, y bien remunerado...

»Al principio, le miré con desconfianza. Estoy acostumbrada a que los hombres me asalten con sus proposiciones, creyendo que todas somos presas fáciles... Pero él procuró desde el primer momento disipar todas mis prevenciones. Me rogó que le concediera unos minutos para explicarme en qué consistía la cosa. Podíamos hablar en la terraza de un café, y una vez yo supiera la clase de tarea que me ofrecía, podía libremente decidir.

»Aquello no tenía realmente visos de ser una maniobra donjuanesca. Así es que accedí, un tanto interesada. Fuimos a un café cercano y el hombre entró inmediatamente en materia».

Mientras hablaba, Pierre llenó de nuevo las tazas y le alargó la suya con una sonrisa animadora. Comenzaba a comprender...

—Tome, beba.

Ella obedeció, sonriéndole a su vez agradecida. Y prosiguió:

—Al principio creí que se burlaba, la verdad... Me dijo que me había descubierto unos días antes por pura casualidad, y que al principio quedó mudo de asombro ante mi enorme parecido con otra mujer... una mujer con la que le unían lazos muy íntimos. Me dijo que desde entonces estuvo haciendo averiguaciones con respecto a mí, que le convencieron de que no existía ninguna clase de parentesco entre la otra y yo, que había hablado del caso con ella, y al fin, se había decidido a abordarme. La cosa podía parecerme absurda e increíble, pero allí tenía unas fotos de la otra mujer para corroborarlas...

»Me las enseñó, y por vez primera vi la cara de la señora de Barroso. Quedé tan sorprendida por el parecido, que ya no dudé de aquel hombre. Él se dio cuenta, y se tornó más insinuante. Ellos iban a confiar en mi discreción... "*Madame*" era esposa de un

extranjero, un sudamericano. Él era viejo, celoso y millonario. Ella no le amaba, pero no podía ni quería separarse, para no perder sus derechos a los bienes conyugales. Se habían encontrado en París meses antes y se habían enamorado mutuamente; pero sus entrevistas habían tenido que ser forzosamente pocas y breves, pues el marido la vigilaba por medio de criados cuando él estaba lejos por sus negocios. Ahora se habían marchado a la Costa Azul, y la cosa se puso mucho más difícil para los amantes, cuando él tuvo la fortuna de tropezar conmigo. Al verme y comprobar mi asombroso parecido con su amada, tuvo una luminosa idea, que consultó con ella enseguida. Ella la aprobó, y por eso ahora estaba tratando conmigo. La idea era, simplemente, que yo actuara de doble de “*Madame*”. Debíamos tener la misma edad y una figura casi idéntica. Si yo me teñía el pelo y me maquillaba y peinaba como ella, nadie que no nos conociera muy a fondo podría notar la diferencia. La voz no era una dificultad muy grande, pues teníamos tonos bastante parecidos, y una buena actriz como yo era, podía fácilmente copiarla, así como los ademanes. Se me proveería de un guardarropa idéntico al de «*Madame*», y recibiría cien mil francos mensuales aparte los gastos, durante todo el tiempo que durase mi trabajo. Ellos esperaban que el millonario marido muriese antes de dos años, pues sufría una seria dolencia. Entonces, la viuda quedaría libre y dueña del dinero. Por mi trabajo y mi desaparición discreta de escena, yo recibiría veinticinco mil dólares contantes y sonantes, además del eterno agradecimiento de ambos...

»Aquello parecía demasiado bueno para ser verdad. Y yo estaba ya demasiado escamada de la vida y los hombres. Se lo dije así, y me contestó que esperaba aquella reacción mía. Si no tenía inconveniente, haríamos la prueba. Me pagaría el viaje en primera hasta Cannes a dónde “*Madame*” iba a entrevistarse conmigo. Si después de eso aún dudaba, podría regresar a París y olvidarme del asunto. Nada habría perdido, y habría realizado unas pequeñas vacaciones...

Denise volvió a detenerse, terminó el café y aceptó el cigarrillo que el atento Pierre le ofrecía. Tras encenderlo y aspirar por dos veces con deleite el aromático humo, continuó:

—Ojalá le hubiera dicho entonces que no, rotundamente... Pero no lo hice. Cada vez estaba más segura de que decía verdad. Así que

fui a Cannes con él. Me puse todo el tiempo unas grandes gafas oscuras, a petición suya, y fuimos a una casa de las afueras de la ciudad, que después supe pertenecía a aquel hombre y era donde ellos tenían sus entrevistas amorosas.

»Aquella misma tarde vino la señora de Barroso, y se me acabaron las dudas. Si alguien me hubiera dicho que éramos gemelas, lo habría creído. Tan sólo el diferente color del pelo, que ella era un poquito más llena, la leve diferencia de color de los ojos... Nada perceptible. Incluso nuestras voces tenían tonos parecidos...

»Ella pareció tan sorprendida como yo e, incluso, me preguntó si alguno de mis padres había estado en América... Bien, volvió a hacerme la misma oferta, suplicándome que aceptara. Estaba muy enamorada de su amigo, pero no se atrevía a dejar plantado a su esposo, no sólo por el dinero, sino porque le tenía miedo. Era celoso y brutal. Me convenció, y acepté.

»Entonces me explicaron mi trabajo. Me darían un guardarropa exacto al de ella para mi uso personal. Durante un par de semanas, debía ir, convenientemente disfrazada, a los sitios donde me indicarían, para observarla y dominar mi “personaje”. Una vez esto logrado, me alojaría en determinado hotel bajo el nombre de Suzanne Ferrán —para lo cual me facilitarían la documentación correspondiente—, teñirme el pelo del mismo color que el de ella y no salir de mi habitación. Cuando ellos tuviesen que entrevistarse, yo debería ponerme la ropa que se me dijera y acudir a determinado sitio. Un restaurante, un bar, un lugar solitario... Ella acudiría allí ostensiblemente, haríamos de modo discreto el cambiazo, y yo seguiría como la señora de Barroso a donde tuviera que ir, mientras ella se escabullía de un modo discreto en busca de su amante. Más tarde se repetiría el cambiazo...

»La cosa ofrecía sus riesgos, ciertamente, pero ellos me aseguraron que eran mínimos. A ella apenas si la conocían en la Costa Azul, y su marido iba a marchar muy pronto a tratarse en un sanatorio, estando siempre de viaje. Y cien mil francos por mes era una buena paga por ir de fiestas y descansar casi todo el tiempo...

»Al día siguiente comencé mi trabajo. “Camuflada” con un maquillaje y unas gafas de sol que me desfiguraban bastante, estuve observando a la señora de Barroso en todos los sitios a dónde iba.

Incluso charlé con ella donde no había peligro. Aprendí fácilmente su modo de andar y hablar, sus modales y gestos... Dos semanas más tarde recibí un equipo completo de trajes, sombreros y zapatos, copia de los que ella usaba y que habían sido encargados a un famoso modisto al que le encargaron que guardase el secreto. Luego, una mañana realicé la prueba decisiva.

»Me llamaron para que esperase en determinado punto de la carretera vestida con uno de los conjuntos que me habían regalado. Al poco de llegar, apareció el automóvil de los Barroso. Iba un hombre al volante, y la señora detrás. Ella le hizo parar, y bajó diciéndole que iba a comprar no sé qué cosa. Yo esperaba detrás de unas rocas, cerca del lugar donde ella tenía que ir. Hicimos el cambio en un instante, ella se escurrió hacia la playa y yo llegué a la casa, compré una baratija, regresé al coche y sin decir palabra al chofer me metí en él. Estaba muy nerviosa, pero el hombre no notó nada extraño. Fui al centro, y me metí en unas cuantas tiendas. Dos horas más tarde, volví a hacer el cambiazco con la señora de Barroso en el lavabo de un céntrico local. Y todo salió bien.

»Eso me afirmó y dio tranquilidad. Por lo mismo, cuando al día siguiente me visitó su amigo para decirme que tenía que estar a las nueve en punto en la parte trasera de la quinta, entrar con las llaves que me traía y subir a la alcoba matrimonial, donde la señora ya me esperaría, pues yo debía de ir en lugar de ella a un concierto de gala, no sospeché nada. Me constaba que ella era la verdadera dueña de la casa, y además, aquella misma tarde hicimos un nuevo cambiazco que me permitió entrar en la casa, subir a la alcoba y darme completa idea de la situación de todo en el interior de la finca. Me habían aleccionado de que mi conducta con el servicio debía ser fría, y no hablarles más que muy pocas palabras. Estoy segura de que salí airosa del trance...

»Aquella noche, tomé un taxi a las ocho y media, con la intención de apearme un poco antes de la finca y hacer el resto del recorrido a pie. Pero a mitad del camino, el coche sufrió una avería, y el conductor me dijo que no podía seguir por lo menos en tres cuartos de hora. Nerviosa, decidí irme a pie, le pagué, y me marché. Como llevaba zapatos de tacón alto, no pude correr y eran ya las nueve y veinte cuando llegué a la trasera de la quinta, llena de malhumor y de aprensión, temiendo haberme ganado una buena

repulsa por mi retraso. Encontré abierta la portezuela del jardín, como esperaba, entré en él y abrí la puerta trasera de la casa. La señora Barroso debía estar desde hacía mucho rato arriba en su alcoba, y si alguien del servicio me veía, pensaría que yo había bajado a por algo... Bueno, subí la escalera, echando al pasar un vistazo al salón, y viendo los pies de alguien que parecía estar descansando en un sillón. Entonces no paré mientes en eso y me dije sería el guardián que esperaba para llevar el coche.

»Cuando vi abierta la puerta de la alcoba me acometió una rara aprensión. Creo que “olí” el crimen. Pero estaba demasiado nerviosa. Entré, la vi sobre la cama, y creí que se había dormido esperándome... Luego, vi...

Se detuvo, estremeciéndose ante el recuerdo. Pero se sobrepuso y continuó:

—Perdí la cabeza. No recuerdo bien lo que hice. Sé que corrí desalada, pensando solo en escapar de allí. Estaba transida de horror...

»Antes de haber podido dominarme un tanto, me vi en la carretera. Y fue una suerte el que en aquel momento pasara un taxi hacia Cannes, de vacío. Yo había llegado cerca de otra quinta y debió creer que salía de ella, porque paró a mi llamada. Procurando parecer normal, le di la dirección del hotel y me metí dentro. Entonces, me di cuenta de que mi bolso pesaba demasiado, lo abrí y descubrí el dinero y las joyas. Aquello me asustó más aún. Comprendí que me hacía metido inconscientemente en algo de mucho peligro, y que nadie creería ahora mi historia. No se me ocurrió otra salida que escapar y borrar mis huellas. Llegué al hotel, pedí la cuenta y un billete para el tren de París... Lo otro ya lo sabe.

—A medias. Siga contando.

—Bueno, pues una vez en Lyon, no se me ocurrió otra cosa que llamar al que me había contratado. Él pareció muy excitado, y sólo quiso saber mi dirección. Me dijo que no saliera del cuarto y le esperase, que llegaría a primera hora de la noche. Yo aún creía que él era inocente del crimen, y cuando leí las noticias referentes a «... usted...» le asocié en mi mente al asesino. Por eso no recelé nada cuando él me pidió noticias de lo ocurrido, ni de su alteración evidente. Le hablé de las joyas y el dinero que me había llevado equivocadamente, me incliné para dárselos...

Volvió a hacer otra pausa, estremeciéndose.

—Cuando usted me dio aquellas órdenes —siguió luego— mi terror había llegado al colmo. Estaba metida entre ladrones y asesinos... No pensé más que en huir, pero conservé la suficiente sangre fría para obrar con tacto. Tengo en Lyon una amiga casada, que no es aficionada a leer periódicos. Tiene demasiado trabajo... Fui a su casa, le conté que había perdido el tren por un descuido y le pedí, me dejara dormir allí. No sospechó nada... A la mañana siguiente fui a una peluquería y me hice decolorar el caberlo volviéndolo a mi tono natural. Recompuse mi apariencia, tornando a la normal, volví a usar las gafas de sol y tomé un billete de tercera en el correo. Llegué ayer tarde, y me fui enseguida a casa de mi tía-abuela, diciéndole que había estado enferma y venía a reposar una temporada. Creí que nadie podría encontrarme allí, pero a media noche se presentaron dos hombres, uno de ellos uniformado, preguntando por mí. Me di cuenta de que no eran policías cuando ya estaban dentro de casa. Ataron a mi abuela y se dispusieron a interrogarme tras hacerse conmigo también. Querían saber qué había hecho de las joyas y de no sé qué planos... Les dije la verdad, pero no me creyeron. Me golpearon... Dijeron que su jefe había atrapado a mi cómplice y que él nos haría hablar... Me amordazaron y me llevaron medio desvanecida a aquella furgoneta... Y eso es todo. ¿Me cree, verdad? Yo... yo nunca he sido cómplice de forajidos... y estoy terriblemente asustada, Pierre...

Había en sus ojos una patética llamada, un intenso deseo de protección y de palabras cariñosas de fe. Pierre se levantó, y la tomó por los hombros, haciéndola levantar a su vez. Quedaron mirándose fijo a los ojos, poseídos de la misma emoción. Y luego, él dijo lentamente:

—Te creo, Denise. Y voy a luchar para sacarte de esta trampa como si se tratase de mí mismo. Juntos nos salvaremos... o nos iremos al infierno.

Entonces, ella se derrumbó contra su pecho, sollozando calladamente. Y él la levantó la barbilla y la volvió a besar.

CAPÍTULO XI

Era ya mediodía cuando Pierre despertó. Tenía agujetas de la forzada posición, pero sentíase completamente a punto y con el cerebro despejado. Quedaba mucho por hacer, y el peligro casi era mayor que nunca, pues ahora no había de pensar sólo en él, sino en Denise también...

Se puso en pie, sacudiendo la cabeza y desperezándose. De la cocina llegaban el canturreo de Lili y el agradable aroma del café y los guisos. Se fue allí, sorprendiéndola en la tarea de preparar un revoltillo de huevos con jamón. La muchacha le envió una sonrisa y se dejó besar en la mejilla.

—Estabais dormidos como troncos cuando me fui y cuando regresé —dijo, sin dejar de remover la fritura—. Así que no quise despertaros. Te compré una camisa, una corbata, una muda interior, unos pantalones y una chaqueta de cuero. ¿Te sirve, por el momento?

—Del todo. Eres un ángel, Lili; y te mereces otro beso.

Ella hizo un mohín.

—Guárdaselos a Denise. ¿Piensas casarte con ella?

Era una pregunta que Pierre aún no se había formulado. Casarse con Denise... Sería una cosa sumamente agradable, pero... ella nunca le dejaría volver a las andadas. Sólo que...

—Pues... —dijo pensativo, mientras Lili le miraba muy seria—. Sí, creo que sí...

—Ella te quiere,
«dis-donc»...

Me lo estuvo diciendo cuando vino a acostarse. Te quiere, y es de las que son fieles. Si no eres un tonto rematado, te casarás con ella.

—Eres una muchacha extraña, Lili. Pocas hablarían como lo has hecho.

Había una ligera tristeza en los ojos de la muchacha al contestar.

—«Mon chéri». Vosotros los hombres nos conocéis muy poco a las mujeres. Yo soy como soy y ella es como es. A veces me da envidia. Y el hecho de que tú y yo hayamos pasado ratos muy agradables nada representa para mí. Tú nunca te casarías conmigo, ni yo contigo tampoco. No seríamos felices, porque a los dos nos gusta variar... Pero Denise te atará corto sin que tú te des cuenta, y te hará feliz, convirtiéndote en un pacífico «bourgeois». Los dos sois buenos amigos míos, y nada hay más natural que el que quiera casaros a los dos. Además, tengo mi pequeño egoísmo, no creas. Espero que me dejéis ser la madrina de vuestro primer hijo y pasar de vez en cuando unos días con vosotros...

En pocas palabras y, veladamente, Lili había descubierto la pequeña tragedia íntima de muchas muchachas como ella, que dejaron la respetabilidad a un lado para «vivir su vida» y luego se dan cuenta de que el precio pagado no vale los beneficios obtenidos...

Pierre lo comprendió, y tuvo el suficiente tacto para desviar la conversación.

—Conformes. Tienes mi palabra de que así será. Pero ahora he de vestirme y volver a salir. Escucha. No dejes que Denise salga de casa bajo ningún concepto hasta mi regreso. Yo estaré aquí de vuelta dentro de un par de horas o tres. Caso de que me retrasara, que llame a este número, diga que es Suzanne y que pregunta por Pierre Montal. Le dirán donde estoy enseguida. Y ya sabes; cuida de ella...

—Descuida, que lo haré...

Pierre tomó las ropas que le habían comprado, fue al cuarto de baño y se cambió, saliendo poco después. No se había afeitado, y la barba le sombreaba el rostro, pero eso contribuía a caracterizarlo. Más semejava un obrero que el atildado Pierre Montal...

Antes de marcharse entró despacio en el dormitorio donde Denise descansaba, y estuvo mirándola unos instantes en silencio. La joven dormía profundamente aún, hecha un ovillo en el centro de la cama. Viéndola así, en aquella intimidad, Pierre sintió más fuertes que nunca los lazos con que el Destino le había unido a ella. Tenía fe y amor sincero para él. Tenía que luchar por ella como por sí mismo, y, llegado el caso, sacrificarle cualquier cosa... aun a «El Gato»...

Se llegó de puntillas a poner un beso en su frente, y salió del mismo modo, regresando donde Lili se preparaba a dar buena cuenta de su comida. La joven le invitó.

—¿No quieres comer algo? Está muy bueno, aunque soy una mala cocinera.

—No, gracias. No tengo apetito. Recuerda lo que te he dicho No debe salir hasta mi regreso. Hasta luego, «cherie».

—Hasta luego, ten cuidado, y buena suerte, «mon vieux».

La mañana era ventosa y bastante cálida para la estación. Pierre fue a un bar cercano y pidió telefonar, marcando un número y esperando impaciente la respuesta, que llegó cautelosa del otro lado.

—¿Oui?

—¡Hola, Dutreval! Soy yo, Pierre...

—¿Está, bien?

—Por el momento sí. Y ella está conmigo. Pero...

—No diga nada ahora. Vaya al café de «Raspail» y espéreme allí.

Sonó el «clic» del teléfono al otro lado, y Pierre colgó pensativo. O había peligro a la vista, o Dutreval tenía algo muy interesante que decirle; de lo contrario, no abandonaría su cubil. Bueno, lo que fuese pronto lo sabría.

El café «Raspail» estaba en la esquina del Boulevard Raspail y la Rue de Grenelle, a pocos pasos del Boulevard Saint Germain. Era un lugar donde se daban cita gentes de muchos países y de todas las clases sociales, aunque predominando el elemento artístico y literario. Una pequeña Babel, y el lugar menos a propósito para buscar a «El Gato». Dutreval no era tonto... ni solía hacer las cosas a la ligera.

Cuando Pierre Pegó, estaba lleno de sus habituales concurrentes y algún que otro turista. Pudo embutirse en una mesa donde varios individuos discutían violentamente en por lo menos tres idiomas las excelencias de la última obra de Sartre, pidió un «pernod» y esperó con la mirada fija en la puerta la aparición de Dutreval. Éste se hizo esperar diez minutos. Apareció en la puerta con su engañoso aire de burgués miope y aburrido, saludó a tres o cuatro conocidos amistosamente, aceptó una copa de coñac, dijo un chiste subido que hizo reír a sus oyentes, y no pareció notar la presencia de Pierre hasta que estuvo a su lado. Entonces le tendió la diestra con ancha

sonrisa, le llamó «querido Louis» y le palmeó con fuerza la espalda, mientras Pierre le seguía la comedia sonriendo. Enseguida le oyó hablar rápido:

—Vamos para afuera...

Un instante después estaban en la acera, yendo hacia una «limousine» negra en cuyo interior Pierre descubrió a otro individuo rechoncho y de mediana edad que le miraba muy interesado... aunque no lo parecía en absoluto. Se puso en guardia, mirando a Dutreval interrogativo. Y éste le señaló la portezuela.

—Entre.

Había otro hombre al volante, que no volvió la cabeza para nada. Tras leve vacilación, Pierre obedeció, Dutreval entró tras él, y el automóvil arrancó en el acto. Dutreval se volvió a los otros dos.

—Pierre, le presento al comisario Chénard. Chénard, éste es «El Gato».

No había nada a hacer. Cualquiera que fuese la intención de Dutreval, Pierre estaba cogido. Con los nervios tensos, esbozó una mueca y tendió la diestra.

—Encantado de conocerle, comisario. Y ahora supongo que me pondrá las esposas.

Pero el otro sonrió, denegando, y le estrechó la mano.

—Nada de eso. En realidad, me alegra conocerle y no tengo el menor deseo de meterlo en la cárcel... a no ser que usted se empeñe.

Aturdido, Pierre le miró fijo unos instantes y luego se volvió a Dutreval. Éste estaba ya encendiendo un cigarro y no habló hasta terminar la operación.

—El comisario tiene el mismo interés que usted, Pierre, en este asunto de Cannes, y está dispuesto a olvidar muchas cosas a cambio de su colaboración.

—Así es, Pierre —la voz del comisario era casi jovial—. Usted es un pillo simpático e inteligente, un ladrón de guante blanco que nunca desplumó más que a millonarios ni empleó métodos de esos que a uno le ponen furioso por lo sucios o brutales. En cierto modo, da gusto pelear contra usted, pues eso nos aguza la inteligencia, que de otro modo se nos embotaría. Delincuentes como usted hay pocos, por desgracia, y es por eso que se nos suelen escapar durante mucho tiempo. Nuestros hombres están habituados a la gentuza, los

asesinos y todos esos bichos repugnantes. Espero que no lo vaya diciendo por ahí, pero siempre sentí admiración por usted y sus métodos de trabajo. Ahora, cuando se retire, me agradecerá charlar con usted acerca de ellos...

Sacó un paquete de «Gauloises» ofreciéndole uno a Pierre, que se estaba preguntando a dónde iría a parar con aquel extraordinario discurso. De sobra conocía la fama del comisario Chénard...

—Bueno —prosiguió éste, encendiendo el suyo—. Nosotros, con las míseras pagas del Gobierno, no podemos permitirnos fumar otra cosa, Pierre. A propósito, ¿cuál es su apellido? No me parece bien llamarlo como a cualquier vulgar «escroc».

—Montal. Pierre Montal.

—¡Ah!... Pierre Montal, ingeniero, hombre afortunado en los casinos, una de las víctimas de «El Gato», persona bien relacionada e intachable que suele dar grandes donativos a las obras de beneficencia de la Policía... Me inclino ante usted, Montal. Hace años que debía haber sospechado de usted, pero nunca lo hice, precisamente por lo demasiado obvio... Es tan idéntico al tipo que uno se imaginaba para «El Gato» que lógicamente no podía serlo... Buen psicólogo... Pero volvamos a nuestro asunto.

»Cuando me enteré de ese feo asunto de Cannes y de las sospechas recaídas sobre usted, me dije que aquello no podía ser. Era imposible que “El Gato” hubiera cometido ese par de crímenes. Podía haber matado al hombre en un momento de apuro, pero a la dama... decididamente no. «Cuestión de sentido común», me dije. «El Gato» es un hombre muy inteligente, lo bastante para saber que no es lo mismo robar limpiamente a millonarios que asesinar a una mujer hermosa. Y además, había otras cosas que descartaban su participación en los asesinatos. Pero si no era el asesino, si era, con toda seguridad, un testigo, el único testigo presencial de los hechos, y por lo tanto, el único que conocía al asesino. Se habían robado joyas y dinero por más de cuatrocientos millones de francos, pero también algo de mucho más valor para un país aliado y amigo que toda esa chatarra. Ciertos planos secretos...

Se detuvo mirando a Pierre, que parpadeó ligeramente. Y continuó:

—Mi problema era doble. De una parte, tenía que encontrar al asesino y llevarlo a los brazos de «*Madame* la Guillotine»; de la

otra, recuperar esos planos antes de que pasasen a manos donde no debían estar. «Et bien», sólo podía lograr ambas cosas encontrando primero a «El Gato».

»Pero había una dificultad, y ésta era que nadie conocía la identidad de tan simpático animalito; al menos, nadie de la policía, incluyéndome a mí. Pero forzosamente debería haber alguien que la conociera, pues de algún modo se las tenía que arreglar para vender sus botines. Entonces pensé en el amigo Dutreval. Mas Dutreval no traicionaría jamás a uno de sus mejores clientes, a no ser que pudiera ofrecerle ciertas garantías...

»Me puse a pensar, y di con una solución. Se la comuniqué a mis amigos del *Deuxième Bureau* y a los representantes de la nación amiga, y estuvieron conmigo de acuerdo. Hablamos entonces con mi jefe y con el Ministerio. Yo no podía obrar sin ciertos respaldos...

Cambió bruscamente su tono, por uno más cortante, mirando de lleno a los ojos de Pierre.

—Bueno, Montal, la oferta es ésta: Dutreval me ha dicho que conoce la identidad del asesino y tiene lo robado en su poder. Queremos esas joyas y esos documentos, y queremos también al asesino. Baza mayor quita menor. A cambio, olvidaremos las hazañas de «El Gato», se le colgará al asesino el sambenito y que pague por todo. Usted quedará libre y nadie le molestará, con las solas condiciones de que «El Gato» morirá en Francia e Inglaterra y, a ser posible, en todo el mundo, emigrando de Francia y no volviendo en, digamos, veinte años. Usted es inteligente, Montal; sabe que la suerte no puede durar siempre, y lo que le ofrecemos es la mejor salida para usted. Desde luego, si le queda algo de sus robos sin liquidar, lo quiero. En los últimos seis años ha cometido cuarenta y un robos, por un valor total de novecientos millones de francos. La cuarta parte de esa suma redondea una bonita cantidad. Suponiendo que sólo haya guardado un centenar de millones, aún es más que suficiente para que pueda vivir muy bien en cualquier país de América. El resto me lo dará a mí. Dutreval se ha comprometido a rescatar unas cuantas de las joyas robadas por usted, a cambio de una comisión. Éste es un pacto de pillos, pero todos saldremos ganando con él. Usted, la libertad y la impunidad por lo pasado; Dutreval, seguir con su negocio y la vista gorda de la

policía, más una pequeña ganancia. Yo, un triunfo profesional sonado y rescatar algo de lo que «El Gato» se llevó, aparte de «matar» para siempre a tan inteligente y fastidioso animalito. ¿Cuál es su respuesta?

No podía haber más que una... Y Pierre la dio, respirando hondo. Se había quitado un enorme peso de encima. La sombra de «*Madame*» ya no pesaba sobre él...

—¿Qué desea saber?

—Toda la historia de sus labios, quién es el asesino, y dónde tiene el botín. Puede empezar.

La «limousine» estaba ahora rodando lentamente por los Campos Elíseos hacia el Arco de Triunfo. Pierre volvió de nuevo a relatar los sucesos en la quinta de Barroso y todas sus posteriores aventuras, incluso las de la noche anterior, sin que sus oyentes le interrumpieran ni un instante. Y terminó:

—Ya lo sabe todo, comisario, al menos, todo lo que yo sé. Denise Bompré es complexamente inocente, y aún creo que era la víctima verdadera que habían preparado. Ella está amenazada y asustada, la tengo escondida, y no creo que sea preciso meterla en esto, de momento. En cuanto al botín, las joyas y algo de dinero las tengo en sitio seguro, pero de planos o papeles le doy mi palabra de que no había nada en aquel bolso. Tal vez no estuvieran ya allí cuando la caja fue saqueada por la señora de Barroso...

Chénard sacudió la cabeza denegando:

—No; estaban allí. Hemos dado cuerda a Barroso para que se ahorque él solo. Está aquí desde ayer tarde, pero es muy listo y no resulta fácil de atrapar. Es seguro que sospechara el enredo de su mujer con esa rata de Chauvin, y por eso no tardó en poner hombres suyos sobre la pista de éste. Con toda probabilidad lo atraparon en Lyon la misma noche, y le hicieron «cantar» lo de esa joven Denise Bompré. Nosotros ya estábamos también sobre la pista de ambos, aunque nos desconcertara mucho la muchacha al no poder meterla lógicamente en el «*puzzle*»... Supimos lo del hotel en Lyon, pero perdimos la pista de ustedes tres. Bueno, hay sólo una manera de acabar de una vez y rápidamente con este asunto. Usted va a hacerlo, Montal. Será como meter las orejas en la cueva del tigre, pero lo va a hacer. Me parece que se ha enamorado de esa chica, y por ella lo hará. Escuche bien lo que voy a decirle...

Se inclinó hacia adelante, y comenzó a hablar rápidamente.

CAPÍTULO XII

Las seis y cuarto... Cinco minutos justos para que llegara King Callaghan a la cita. Y King Callaghan llegaría a su hora con toda seguridad. La nota de Pierre le habría sido entregada dos horas antes por un hombre de la entera confianza de Dutreval, que no sabía lo que llevaba. Aunque lo hubiera sabido y la hubiese abierto, también se habría quedado a oscuras. Porque la hoja de papel solo llevaba escritas unas pocas palabras sin aparente importancia.

«Callaghan, supongo que usted está interesado en gatos y en objetos raros. Si es así, tengo una oferta para usted. Venga a mi oficina a las seis y veinte. Dutreval».

Poca cosa, pero para el millonario sudamericano sería tan claro como el mismo sol... Y ahora, cinco minutos antes de la hora, Pierre y Dutreval estaban esperando su llegada. También la estaban esperando tres dictáfonos convenientemente instalados en distintos lugares del despacho, uno de los cuales conectaba con cierta habitación del piso alto donde el comisario Chénard y los dos representantes de los servicios secretos aguardaban. Callaghan nunca sospecharla la trampa, pues Dutreval era demasiado conocido en ciertas esferas. Mas bien le creería el intermediario entre «El Gato» y él. Y vendría, aunque preparado, sin demasiada desconfianza.

Pierre fumaba, un poco nervioso. Se había separado de Denise una hora antes, asegurándole que todo iba bien. Y es el caso que no todo iba bien. Ahora temía por ella, y también por sí mismo. Si le liquidaban, y todo podía esperarse de aquellos pandilleros, nunca volvería a ver a Denise. La idea se le hacía intolerable por demás...

Volvió a mirar su reloj. Faltaba un minuto... Y entonces oyeron el ruido del automóvil al detenerse frente a la casa. Pierre saltó

hacia la ventana, atisbo a través de los visillos y se volvió a Dutreval.

—Ahí están. Viene con dos gorilas.

Sin hablar, Dutreval se movió rápido por entre los muchos objetos que llenaban el despacho-tienda a rebosar. Unos instantes después, los tres dictáfonos estaban en marcha, totalmente silenciosos e invisibles. La policía francesa y los servicios secretos suelen trabajar muy aprisa y bien en los asuntos de verdadero interés...

Los dos golpes secos en la puerta llevaron a Dutreval a ella mientras Pierre se sentaba en uno de los sillones. Sentía un desagradable hormigueo correrle por la espalda, y las palmas de las manos húmedas. Mientras a Callaghan no le diese por correr la pólvora...

Callaghan entró, seguido de dos tipos de aspecto imponente. Él mismo resultaba imponente con sus casi seis pies de estatura, sus anchos hombros y su cara como tallada en roca dura, donde los ojos grises semejaban trozos de acero bajo las grises y espesas cejas. Era gris su pelo también, y vestía de luto riguroso. La mirada que dirigió a Pierre habría helado la sangre al más pintado...

—Con que usted es «El Gato»...

Su voz resultaba sorprendentemente cuidada y lenta, habida cuenta de que durante varios años fue estibador en los muelles neoyorquinos y luego pandillero, antes de que su suerte le llevase a afincarse, en el Brasil, escapando de la policía norteamericana y adoptando la nacionalidad y el apellido de su madre, a más de una apariencia respetable. Pero todos sus buenos modales eran sólo una máscara. La verdad estaba en sus fríos ojos y en la boca apretada y cruel.

Pierre sintió desaparecer de golpe todas sus aprensiones. Se levantó, completamente dueño de sí mismo, fingió ignorar a los dos tipos que ahora estaban husmeando con desconfianza el local y llevaban la diestra escondida en los bolsillos, y esbozó una ligera sonrisa, hablando despacio.

—Así es, Callaghan. Me alegra conocerle.

—Es posible... —Fue la poco tranquilizadora respuesta. Callaghan se llegó a su lado, mirándole impenetrable. Dutreval se había sentado en su sillón, y les observaba, a ambos con tranquilo

interés, como si nada de aquello fuera con él. Los dos guardaespaldas del americano estaban ahora detrás de Pierre, y éste sentía hielos en la nuca—. Usted tiene mis joyas: usted tiene los planos del submarino inglés; usted se las arregló anoche, aún no sé cómo, para arrebatarme a su amiga a mis hombres y escapar con ella. Usted mató a mi esposa. Voy a darle una oportunidad para salvar el pellejo. Devuélvame todo lo que se llevó de la caja en mi quinta. Absolutamente todo. Lo quiero antes de tres horas. O no lo contará.

La misma calma helada de su voz resultaba mil veces más ominosa, que cualquier explosión de amenazas; incluso que la misma presencia de dos asesinos armados a la espalda de Pierre. Pero éste no dio muestras de hallarse atemorizado. Ahora ya sabía el juego de su contrincante, y cómo jugar sus propias cartas.

—Usted tiene una pandilla de idiotas a su servicio, Callaghan —habló fríamente—. Les arrebaté a la señorita Bompré en sus mismas narices, tras haber viajado con ellos todo el tiempo desde su casa de ella a la barcaza. Usted mismo es idiota al creer ese cuento de que yo asesiné a su esposa. Usted tiene en sus manos al asesino, y es por eso por lo que yo le he hecho venir aquí. Tengo un trato que ofrecerle, y si es la mitad de lo sensato que dicen, usted lo aceptará.

Su misma osadía le salvó. King Callaghan no estaba acostumbrado a ser tratado así. Sus ojos se entrecerraron, sus mandíbulas se apretaron, y las venas del cuello y la frente se le marcaron abultadas por el asombro, la cólera... y la precaución. Tras un instante de increíble tensión, relajó un tanto su actitud.

—Es usted demasiado audaz para ser embustero, sabe lo que se juega —dijo con leve admiración—. Está bien, escucharé.

Se sentó en el sillón vacío, y Pierre hizo lo propio con un suspiro de alivio. Había ganado el primer «round»... Habló rápido, volviendo al ataque.

—Usted tiene en sus manos al hombre que se hace pasar por vizconde De Trenart. Ese hombre se llama, en realidad, Maurice Chauvin y es un expresidiario convicto de asesinato... De apuñalar a su amante, exactamente. ¿Lo sabía?

Algo en la mirada de Callaghan le dijo que éste lo ignoraba. El americano se volvió al impassible Dutreval, que asintió con la mirada.

—Él dice verdad...

Pierre continuó aprovechando su ventaja.

—Chauvin era el amante de su esposa. ¿Lo sabía?

Vio apretarse otra vez las venas del cuello de Callaghan. Aquel hombre había querido a su esposa...

—Dejemos eso —dijo ronco—. Él pagará por ello...

—Bien. ¿Qué fue lo que él le dijo acerca de lo ocurrido en la quinta? Tengo interés en conocer su versión...

—Me contó que él tenía que verse con mi mujer aquella noche fuera de la quinta, y que ella no acudió a la hora fijada. Entonces, él entró, con una llave que Julia le había proporcionado... —Se le notaba la repugnancia a hablar de su bochorno de marido—. Descubrió la puerta trasera de la quinta abierta y se alarmó, máxime ante el silencio de la casa. En el vestíbulo, vio las piernas de mi hombre de confianza, miró y le vio caído y apuñalado. Entonces se asustó, subió a la alcoba y descubrió a mi esposa asesinada. Se dio cuenta de lo comprometido de la situación y sólo pensó en huir. Así que salió a toda prisa. Una vez en su casa, se puso a pensar en el asunto y se dio cuenta de que estaba metido en un lío. Inició investigaciones por su cuenta. La casualidad le hizo saber que una mujer de las mismas señas de mi esposa había sido vista después del crimen, y que esa mujer se había alojado en un hotel de la ciudad durante dos días, saliendo para París hacía apenas unas horas, en el expreso de medianoche. Siguiendo sus investigaciones, descubrió que ella se había apeado en Lyon, y también un hombre que iba en el mismo coche y había tomado billete para París. Él sospechó que los dos eran los asesinos y, al atardecer, descubrió dónde se alojaba la mujer, aunque cometió el error de olvidar al hombre. Subió a su cuarto con una excusa y descubrió que se trataba de una «doble» exacta de mi esposa. Ella pareció asustada al verle e intentó sobornarlo contándole que tenía las joyas y podían partir entre los tres el beneficio. En ese momento, usted lo atacó por la espalda y lo dejó inconsciente. Al recobrar el conocimiento, ustedes habían desaparecido, dejándole en los bolsillos algunas de mis joyas y dinero, para hacerle aparecer como el asesino. Salió a la calle, asustado y decidido a presentarse a la policía para evitarse mayores males, y entonces lo atraparon mis hombres. Ése es su cuento. Con lo que nos dijo, seguimos los pasos a su amiga de usted. No nos fue difícil dar con ella. Eso es todo lo

que sé...

—Y ha sido tan tonto como para creérselo. Yo le daré otra versión muy distinta de cómo sucedieron las cosas... Porque yo estaba escondido en el armario del cuarto de baño cuando nuestro amigo apuñaló a su esposa de usted, mucho me temo que por error.

Vio envararse a Callaghan y pasar una sombra por sus ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Lo diré a su debido tiempo. Ahora, escuche mi propuesta. Yo tengo esas joyas y también el dinero. Lo que no tengo son esos malditos planos. No había tal cosa en el bolso de mano que me llevé.

—¿Había una pitillera de oro con mis iniciales, llena de cigarrillos?

Pierre silbó quedo, comprendiendo...

—De modo que era eso... —dijo despacio—. Los planos originales abultaban demasiado y eran muy peligrosos, aparte de que todos los buscarían en cualquier escondrijo... pasando por alto una pitillera llena de cigarrillos opiados...

—Déjese de hacer conjeturas —fue la seca respuesta conminatoria—. ¿Dónde está la pitillera?

—Pues la tengo yo también... y estoy dispuesto a regalársela, así como las joyas, a cambio de un par de concesiones por su parte.

Desde luego, Callaghan no esperaba aquello. Se le notó en los ojos por una fracción de segundo. Pero su voz no cambió de tono al decir:

—Expóngalas.

—Primera: el dinero que había en el bolso, será para mí, digamos en pago de perjuicios y trabajos... He de gratificar al amigo Dutreval entre otras cosas...

Callaghan hizo un gesto desdenoso con la diestra.

—Quédese. ¿Qué más?

—No volverán a preocuparse de Denise Bompré. Ella es inocente por completo en este asunto, y es más, era la verdadera víctima propiciatoria. Yo sé lo demostraré cumplidamente.

—Demuéstrelo, y nadie la molestará.

—Bien. La tercera y última es que quiero a Chauvin. Hablemos claro, Callaghan. Yo soy el número uno en mi oficio. Durante seis años he operado con beneficio y fortuna, sin que la policía

averiguase mi identidad. El meterme a robarle a usted fue un gran error, pero yo ignoraba quién era en realidad. Por culpa de eso, me veo acusado de asesinato y robo de planos secretos. Toda la policía francesa va detrás de mí; y eso no me gusta nada. Chauvin es el asesino. Yo lo sé. Si él es entregado como tal, con las pruebas que puedo aportarles, me dejarán en paz, y yo podré seguir mi camino tranquilamente. Esas joyas no me interesan. Yo no robo a compañeros. Pero no quiero ir a la guillotina por un asesinato que no he cometido. Deme su palabra de qué va a entregar vivo a Chauvin a la policía para que pague por lo que hizo, una vez yo le dé las pruebas de que es el criminal, y de que en adelante va a olvidarse de mi existencia, y le prometo darle los planos y las joyas en el mismo momento en que usted lo entregue. Y ahora, decida.

Se hizo un silencio penoso en la habitación. Callaghan parecía estar sopesando las proposiciones de Pierre. Éste esperaba, sintiendo en la nuca la mirada de los dos guardaespaldas del otro, y Dutreval fumaba lentamente su cigarro paseando su mirada de uno a otro de los dos interlocutores como si allí se estuviese tratando una cuestión sin importancia.

Al fin, Callaghan distendió el pecho, clavando sus fríos ojos en Pierre.

—¿Quién me garantiza que jugará limpio? —inquirió.

—Aparte mi palabra, que Dutreval sabe cumplo siempre, el hecho de que usted conoce mi identidad y puede revelársela a la policía en cualquier momento, con lo que se me acabaron los negocios. Usted es lo bastante inteligente para darse cuenta de que ambos nos encontramos con el juego en tablas. Para los dos, esta posición es insostenible. Usted nunca podría apoderarse de nuevo de lo que busca, obrando por la violencia. No soy de los que ceden a la tortura, y, además, tengo tomadas mis medidas en previsión de algo así. A la media hora de haberme usted matado o, simplemente apresado, las joyas, los documentos, y, lo que es peor para usted, un relato de donde fueron hallados, estarían en manos del «Deuxième Bureau». Sabe bien lo que tal cosa significaría...

—¡Hum! Tal vez tenga razón... Pero no puedo entregarles a la policía a ese maldito granuja, si es verdad que asesinó a mi mujer. Quiero hacerle pagar a mi modo...

—Sin él, no hay trato, Callaghan.

—Y aún no estoy seguro de que me esté diciendo toda la verdad...

Aquello era lo que esperaba Pierre.

—Puedo convencerle pronto. Estoy dispuesto a ir al sitio donde usted tiene guardado a Chauvin y carearme con él. Me parece que es una buena prueba de mi buena fe, ¿no?

Por un instante, los ojos de Callaghan le miraron entrecerrados.

—Sí —admitió al cabo—. Es una buena prueba. Tengo a ese cerdo en sitio seguro, y nada me agradará tanto como saber, al fin, quién de los dos es el que mató a mi mujer...

—Entonces, puede hacerlo pronto. Nos encontraremos dentro de una hora donde usted diga.

—No —Pierre se dio cuenta de que había cometido un error al hablar como lo había hecho, cuando los ojos de su interlocutor se achicaron—. Vamos a ir los cinco ahora mismo. Usted puede estar diciendo la verdad, y en ese caso, estoy dispuesto a jugar limpio. Pero puede estar tratando de tenderme una trampa, y si es así, los dos aprenderán pronto que con King Callaghan no se juega. ¡Nada de gestos raros o será lo último que hagan los dos! Van a bajar ahora mismo delante de mí, si en algo aprecian el pellejo. ¡Vamos!

Era lo inesperado... Pierre apretó los dientes, pero se resignó. No se puede jugar un juego así sin correr riesgos... Miró a Dutreval, y le vio encogerse de hombros con un gesto significativo. El perista también tomaba las cosas como venían...

Los dos guardaespaldas de Callaghan tenían las armas en las manos ahora. Negras pistolas «Luger» con silenciadores... Esbozando una mueca, Pierre se levantó, encogiéndose de hombros también.

—De acuerdo, Callaghan —dijo seco—. Comprendo su posición, y no se lo tomaré en cuenta. Andando; vámonos...

CAPÍTULO XIII

Pierre salió delante, entre los dos guardaespaldas de Callaghan, mientras éste esperaba a Dutreval, el cual se mostraba extraordinariamente calmoso, como si todo aquello no fuera con él. No había nadie en el corto tramo de escalera, ni tampoco en el zaguán. Pero arrimado a un cercano puesto de periódicos estaba un hombre examinando uno. Un tipo joven en mangas de camisa que Pierre reconoció en el acto, con alivio. Donjón, del «Deuxième Bureau»...

Al otro lado de la calle estaba también estacionado un taxi. El comisario Chénard no se descuidaba nunca en un caso de tanta envergadura y aquel taxi iba conducido por uno de sus hombres. Cuatro automóviles de tipo particular estaban estacionados en la Ópera, la plaza de la República, el Palais Royal y el Chatelet, cerrando prácticamente todos los posibles caminos que pudiera tomar el automóvil de Callaghan. Desde luego, ni Pierre ni Dutreval sabían esto último, aunque imaginaban algo parecido. Por eso subieron sin chistar al enorme «Lincoln» negro, sentándose en la parte trasera al lado del impassible Callaghan, mientras uno de los hombres de éste lo hacía en el asiento supletorio frente a ellos con la «Luger» amartillada y descansando sobre su muslo derecho, el cañón apuntando hacia el estómago de Pierre. El otro acomodóse junto al conductor y el coche arrancó inmediatamente.

Durante todo el trayecto no se cambió una palabra. Pierre inquirió suave, cuando arrancaban...

—Supongo que podré fumar...

—Desde luego. Tome de los míos. No es prudente que meta la mano en sus bolsillos.

—Nunca llevo armas, Callaghan. Suele ser peligroso.

—Tal vez...

Callaghan sacó su propia pitillera de piel de cocodrilo y le

ofreció un «Abdullah», que Pierre tomó, encendiéndolo mientras su cerebro galopaba. En aquellos instantes, el comisario Chénard y sus acompañantes estarían, a no dudarlo, desmontando los dictáfonos y preparándose para la persecución. Ahora ya contaban con pruebas más que suficientes para poner a Barroso-Callaghan en un serio aprieto. El hampón millonario había terminado sus días en Francia. En el mejor de los casos, sería expulsado ignominiosamente tras serle tomadas las fichas correspondientes, y nunca más podría retornar al país. Los ingleses, por su parte, no iban a dejarle demasiado tranquilo, después de la faenita que les había hecho. Habría una petición de extradición, le harían responder de un montón de cosas... Sí, King Callaghan estaba ya acabado...

Y también Chauvin. No le sería nada difícil desenmascararlo. Ahora, lo importante era salir él mismo de esta trampa en la que se había metido voluntariamente, como cebo. Callaghan le mataría sin la menor vacilación si sospechaba que se la había jugado. Quedaba para él una esperanza, y ésta era que el americano imaginase que había sido seguido por la policía al ir a casa de Dutreval. Pero ésta era sólo una probabilidad... entre muchas no tan halagüeñas.

El automóvil había salido a la Rue Reaumur, y avanzaba ahora por la Rue Cuatro de Septiembre hacia la Ópera. Al llegar a ella, el taxi que venía detrás torció hacia la derecha, acabando con las sospechas que ya comenzaba a abrigar el chofer. Pero un automóvil de color oscuro que, al parecer, venía del Boulevard des Italiens se metió casi detrás del coche de Callaghan, que ahora torcía hacia la Madeleine. El automóvil gris siguió hacia el río cuando llegaron a la Concorde, mientras el de Callaghan tomaba hacia los Campos Elíseos. Ahora era un convertible de matrícula inglesa el que se pegó insensiblemente a ellos, viniendo desde la Rue de Rivoli...

Las maniobras eran tan perfectas, parecían tan naturales, y los coches resultaban tan diferentes, que los norteamericanos no sospecharon la persecución. Acostumbrados al lujo de sirenas y coches policíacos de su país, aquella solapada caza no estaba en su ambiente, y ni siquiera Callaghan, que de vez en cuando miraba hacia atrás por medio de un ingenioso aparato colocado junto a él, tuvo la más ligera aprensión. En el coche era todo silencio ahora. El guardaespaldas sentado frente a Pierre, estaba mascando con fruición una pastilla de chicle, sin quitarle ojo, Callaghan fumaba

impasible, y Dutreval parecía tan a gusto como si fuese a una excursión dominguera. Tan sólo Pierre mantenía los nervios tensos, muy a su pesar. Un hombre no puede estar demasiado tranquilo cuando juega una arriesgada partida a cara o cruz contra asesinos profesionales y se encuentra en las manos de estos...

El automóvil subió por los Campos Elíseos, torció luego por la Rue Bassano, giró más tarde hacia la Avenida Kléber, bajó hasta el Trocadero tomó por la General Mandet hasta la Rue de la Pompe y después volvió por la de La *Tour* hasta la de Passy. Estaba claro que, a pesar de todo, Callaghan no se fiaba y tomaba precauciones. Ahora era de nuevo el taxi el que les seguía, pero con la placa cambiada. No llamó la atención...

Cruzaron el río por el Puente de Passy, yendo, al parecer, directamente hacia el sureste. Pero pronto torcieron por la Rue Saint Charles hasta Emile Zola, volvieron a cruzar el río y avanzaron por la Rue d'Auteuil

hacia el oeste. El automóvil gris corría entonces unos cincuenta metros detrás...

Un nuevo cambio de ruta les llevó hacia el sur por la Rue Michel Ange. Al llegar a la Porte de Saint Cloud torcieron una vez más hacia el este por el Boulevard Murat y de nuevo llevaron rumbo al sur por la orilla del Sena. Por las ventanillas, Pierre vio la corriente de un verde sucio del río surcada de barcazas, gabarras y otras pequeñas embarcaciones fluviales, y, enfrente, al otro lado, la extensión del campo de maniobras y de aviación. Casi enseguida, el automóvil aminoró la marcha, torció hacia la izquierda, entró por un callejón corto, a cuyo fondo se abría una puerta en un alto muro negruzco y se detuvo. El hombre que iba con el chofer saltó al suelo, fue a la puerta y la abrió, desatracándola en el interior para permitir el paso del coche, que rodó despacio dentro de un amplio patio con algunos tilos raquíticos, pilas de maderas bastante viejas y un edificio destartado al fondo, con todas las trazas de un almacén. A no dudarlo, aquello era exactamente eso; uno de los muchos almacenes que se hallaban a lo largo de los muelles. Un lugar excelente para mantener a una persona prisionera, e incluso para torturarla y matarla, sin que la policía ni nadie se oliese el asunto...

Callaghan bajó el primero y les indicó con una seña que le siguieran. En la puerta del edificio acababa de aparecer otro tipo inconfundible, en mangas de camisa y con un cigarrillo pegado a la comisura de los labios. Les hicieron avanzar hacia allí. Antes de meterse dentro, Pierre lanzó una ojeada alrededor. Todo desierto, el ruido potente de máquinas en marcha vinieron de una fábrica a la derecha y los más apagados de la calle y el río...

Como si le leyese el pensamiento, Callaghan habló seco.

—No hay la menor probabilidad de escape; escogí el lugar a conciencia. Esas máquinas están trabajando durante todo el día y parte de la noche, con lo que cualquier grito o disparo procedente de aquí, se apaga antes de llegar a oídos peligrosos. En las fábricas y almacenes aledaños se hace también bastante ruido; de modo que deseché cualquier idea al respecto.

—No estaba pensando en eso —mintió fríamente Pierre— sino en la policía. Ellos han de estar vigilándole lógicamente...

Callaghan rió seco. Evidentemente, no le inspiraba mucho respeto la policía francesa.

—Ellos no saben siquiera que yo tengo este local —habló con leve orgullo—. Lo alquilé hace dos años a nombre de un amigo, y me ha servido mucho desde entonces.

—Pero estarían vigilando el hotel donde se aloja.

—Seguro. Por eso me alojo en él. El edificio es mío, y ellos lo saben. Lo que ignoran es que mis habitaciones tienen una salida a la calle opuesta, sobre un garaje. Estarán ahora vigilando el edificio y sabiendo que estoy de conferencia con un par de amigos en mí «suite»... Ellos se encuentran jugando a las cartas ahora con uno de mis hombres, y pueden ser vistos por el espía inglés provisto de anteojos que ha tomado una habitación en la casa frontera. King Callaghan no es un novato, amigo, ni ha llegado tan lejos por pura suerte...

Ciertamente que sí... Pierre cambió una mirada con Dutreval, que le devolvió un gesto admirativo, demostrando su gran dominio de sí. De no haber preparado la trampa con tanta habilidad...

Entraron en el local, bastante grande, oscuro, húmedo, y medio ocupado por distintas clases de mercancías. Mientras avanzaban, bien vigilados por los tres guardaespaldas, Callaghan hablaba con sospechosa volubilidad.

—Por si no fuese bastante, afuera tengo un hombre vigilando las cercanías. Cualquier movimiento sospechoso me será avisado con bastante anticipación para escapar borrando las huellas de mi estancia aquí. El sótano del almacén, donde suelo guardar a mis «invitados», tiene una comunicación con una de las principales galerías de desagüe de la red subterránea. En quince minutos estaría fuera, en el río. Y allí hay siempre una barcaza esperándome, a casi un kilómetro de aquí. No, amigos, no es nada fácil pescar a King Callaghan...

Ahora, Pierre estaba sintiendo correrle un aire frío por la espalda. Si Chénard fallaba... Porque Callaghan nunca hubiera hablado tanto con hombres a los que pensara dejar vivos...

Otro hombre salió de lo que parecía ser una garita, acercándose a Callaghan y llevándoselo aparte para hablar algo con él rápidamente y en voz baja. Pierre vio iluminarse el rostro del «boss», y le acometió una súbita aprensión. ¿A qué se debería?

Dutreval también parecía ahora menos seguro de sí mismo. Se le notó en el seco gesto con que echó la colilla de su cigarro. Al parecer, había ocurrido algo inesperado...

Callaghan volvió junto a ellos, sacando y encendiendo un nuevo cigarrillo. Había en sus ojos una luz de triunfo que no auguraba nada bueno.

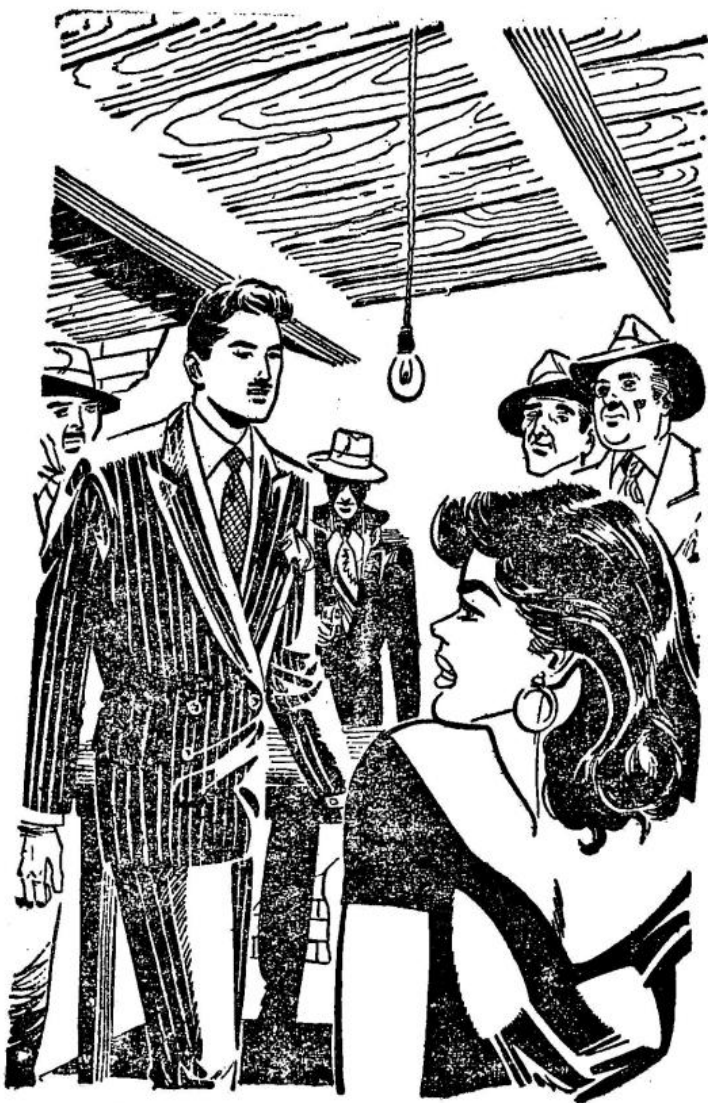
—Bien —habló calmoso—. Me parece que las cosas se están presentando mucho mejor de lo que yo suponía. Vamos a bajar donde tengo a ese cerdo de falso vizconde, y tendré mucho gusto en ver cómo usted le desenmascara. Después hablaremos de nuestro asunto particular...

Sin esperar respuesta, avanzó hacia uno de los extremos del local, donde se hallaba una gran pila de tableros de chapa bastante enmohecidos. Y alguien debía estar vigilándoles desde algún sitio, porque la pila de tableros comenzó a elevarse en el aire con sordo zumbido, dejando al descubierto un hueco como de metro y medio de ancho por dos de largo, en cuyas esquinas, cuatro pilastras de acero sostenían la plataforma sobre la que se apilaban los tableros. El arranque de una escalera se hundía hacia dentro, perdiéndose en la penumbra.

—Un excelente escondrijo —habló Callaghan, más cordial que nunca—. No lo hice yo, sino los resistentes franceses. Sirvió durante

la guerra, y continúa sirviendo. Yo me limité a modernizarlo. Vamos, señores...

Habían veinte escalones, y luego, un corto tramo de pasillo, al final del cual se encontraba una puerta de gruesa madera. La puerta se abrió sin necesidad de tocarla, desde dentro, y un luz eléctrica les cegó por un instante, impidiéndoles ver el interior. Callaghan pasó primero, seguido por Pierre Montal. Y en el mismo momento en que éste se ponía dentro del campo de visión de los que estaban en la estancia subterránea, sonó un angustiado grito de mujer, haciéndole envararse y girar rápido hacia donde había venido el grito, con la cara súbitamente blanca y todos los músculos en tensión.



Sonó un angustioso grito de mujer...

Estaba en una amplia habitación de techo bajo y paredes de concreto, suelo liso y bastante amueblada. Dos lámparas eléctricas pendientes del techo la iluminaban y había en ella cuatro personas. Dos eran hombres de Callaghan a no dudarlo, el otro era el falso vizconde De Trenart... y la mujer, Denise Bompré.

CAPÍTULO XIV

¡Denise allí! Pierre se sentía ahora como si le hubiesen dado un mazazo en la cabeza. ¿Cómo habían podido descubrirla y cómo la habían atrapado y conducido allí en pleno día...?

La miró intensamente, pidiéndole una respuesta. Estaba sentada en una silla y, al parecer, no había sufrido ningún daño físico. Ni siquiera la habían atado. Pero su angustia y su palidez eran sobrado visibles... Se levantó impulsiva y corrió hacia él. Uno de los hombres de Callaghan trató de impedirlo, pero el «boss» le cortó la iniciativa con un gesto, permitiéndola llegar junto a Pierre y echarse en sus brazos sollozando.

—¡Oh, Pierre! ¡Perdóname! Yo... yo temía por ti...

Apretando las mandíbulas, Pierre la acarició, tratando de calmarla. Fuese lo que fuese lo que ella había hecho, lo hizo por él, de eso no le cabía duda... Y el mal ya estaba consumado. Ahora no era tiempo de inútiles reproches, sino de pensar mucho y muy deprisa...

—Vamos, vamos, cálmate... ¿Qué es lo que has hecho? ¿Cómo te han cogido?

Ella levantó sus ojos arrasados de lágrimas, sin dejar de apretársele como en demanda instintiva de protección.

—Yo... fui una loca no haciéndote caso. Cuando me dijiste que ibas a entrevistarte con estos hombres me asusté... Temí no verte más... que te matasen... Fue una idea horrible... Y no se me ocurrió más que acudir a la policía. Aproveché un descuido de Lili para escaparme a la calle y corrí a tomar un taxi. Entonces me di cuenta de que no llevaba dinero... Salí corriendo hacia la más próxima comisaría...

—Y, entonces, quiso la suerte que dos de mis hombres la viesen —cortó suave Callaghan, haciendo que la joven se estremeciera y le mirase como fascinada—. Todos ellos conocían a mi mujer lo

bastante para no despintárseles su amiga, «Gato»... Mis hombres pueden cometer errores, pero no demasiados. Saben que no los tolero... Así es que la cazaron y la trajeron para aquí...

—Me cortaron el paso diciéndome que eran policías y que quedaba detenida. Habían bajado de un coche y me llevaron a él antes de que pudiera reaccionar. Entonces me di cuenta de que no lo eran y quise gritar. Pero uno me puso una pistola al pecho amenazándome, y me dijo que era mejor les acompañase sin chistar, en beneficio tuyo... Temí...

—Bueno, basta por ahora de eso —volvió a cortar seco Callaghan—. Burke, lleva a la chica a su asiento.

Uno de los que habían venido con ellos tomó del brazo a Denise, tirando de ella. La muchacha trató de resistirse, pero Pierre se lo impidió.

—Ve y siéntate, Denise; y déjame llevar a mí este asunto. Procura calmarte, pues ninguno de los dos tenemos nada que temer. Anda...

Ella le miró entre incrédula y aprensiva, pero luego su expresión cambió por otra de fe. Dócilmente, dio vuelta, se soltó de Burke con un tirón y fue a sentarse.

Callaghan estaba ahora dominando la escena. Señaló otra silla al impasible Dutreval con un gesto, y éste se sentó. Los cinco hombres armados de la pandilla eran suficiente garantía contra cualquier intento por parte de Pierre y el perista...

Del falso vizconde no era preciso preocuparse. Callaghan y sus hombres se debían haber despachado con él a conciencia. Estaba sentado y amarrado, pero hasta las ligaduras parecían ser innecesarias. Su cara era una masa sanguinolenta; tenía las ropas desgarradas y con manchas de sangre también y apenas si a duras penas podía mantener la cabeza en alto, mirando a los demás con la expresión de un animal acorralado y malherido. Callaghan lo estaba mirando con un odio frío e implacable, y se lo señaló a Pierre con el dedo.

—Ahí lo tienes, «Gato». ¿Es ése el asesino de mi mujer?

Pierre aspiró hondo. Los ojos de Chauvin le miraban de un modo indescriptible...

—Sí. Ése es...

—¡No! ¡Mentira...!

Más que una negativa era un aullido lo que salió de los labios tumefactos del asesino. Se le veía un miedo animal en la expresión, e hizo un débil esfuerzo para desatarse. Uno de los hombres de Callaghan le pegó en plena boca con mano abierta, haciendo gemir a la aterrorizada Denise.

Pierre se encaró con Callaghan, aparentemente tan dueño de sí como siempre.

—Callaghan, tengo su palabra de que este hombre irá vivo a la policía —dijo con dureza—. Tal como lo han estado tratando, pocos golpes más serán suficientes para acabarlo, y eso no me interesa...

—Él no va a acabar tan pronto —fue la ambigua respuesta—. Tiene bastante resistencia, la maldita rata. Ahora quiero su versión de las cosas.

—Hay poco que explicar sobre el crimen en sí. Yo había entrado, como le dije, para robar las joyas de su esposa. Ignoraba en absoluto la verdadera identidad de usted, y desconocía asimismo la presencia de más joyas en la casa, y la de esos planos. Entré en la quinta trepando por el árbol y saltando en el aire hacia el balcón del piso alto, corté el cristal y los hilos de alarma, salí al pasillo y llegué a la alcoba de ustedes. Estaba desierta y oí andar a alguien abajo. Yo contaba con que su esposa había asistido a una cena en Cannes y la servidumbre ya no subiría al piso alto. Así que me puse a trabajar. A mitad de abrir la caja oí pasos de mujer que venían y me escondí en el ropero. Resultó ser su esposa. Traía un gran bolso negro de cuero, que dejó sobre una mesita junto a un servicio de café para dos personas. Parecía muy nerviosa, y miró su reloj de pulsera antes de ir hacia el ropero. Vi lo que me esperaba, pues habíamos sido presentados, y cuando abrió, le arrojé una chaqueta de armiño a la cara, cegándola y ahogando su grito. Luego la dormí con una llave de «judo», la llevé a la cama y regresé a terminar mi trabajo, descubriendo que la caja estaba vacía. En el mismo instante se oyeron pasos de hombre, y entonces me escondí en el baño. Desde allí vi entrar a este hombre con un puñal en la mano y muy nervioso. Se llegó a la cama, miró un instante, le perdí de vista un segundo, escuché el ruido de la puñalada y le vi salir disparado. Cuando yo me disponía a escapar, al ver el cariz que había tomado el asunto, llegó esta señorita. Me quedé helado al verla, pues ignoraba su existencia en absoluto y llevaba el mismo vestido de la

muerta, así como otro bolso idéntico. Yo había vuelto a esconderme. Ella llegó, miró a su esposa, se asustó tremendamente y escapó. Al hacerlo, cambió el bolso sin darse cuenta, llevándose el de las joyas y lo demás. Entonces, yo escapé de allí, le seguí la pista, y en Lyon la salvé de que nuestro amigo Chauvin la apuñalara para eliminar un testigo peligroso y alzarse con el botín. Ella me dejó el botín, pero me dio esquinazo, y yo me lo llevé, tras dejar una parte en los bolsillos de nuestro amigo a fin de darle que pensar. Eso es todo.

—¡Mentira! ¡Los dos mienten!... ¡Yo...!

—¡Cállate, rata! —La voz de Callaghan era tan salvaje que el asesino se encogió, comprendiendo cuán poca esperanza le restaba —. Ésa es una historia muy plausible, «Gato». Confieso que me inclino a creerla, pues las pruebas circunstanciales la abonan. Pero aún habrán de demostrarme un par de cosas... Por ejemplo, qué hacía esa chica tan enamorada de ti allí, cuál ha sido su papel en todo esto...

—A eso voy, Callaghan. Precisamente a eso. *Mademoiselle Bompré* fue descubierta por el amigo Chauvin hace un par de meses. No sé cuánto tiempo serían amantes su esposa y este tipo, pero me figuro que algunos meses. Desde luego, los dos le temían mucho a usted, acaso por conocer su identidad...

—No. Julia la ignoraba. Y no creo que esta rata la supiera; no se habría atrevido a enamorarla...

—Posiblemente. De todos modos, le temían a usted, y por eso sus entrevistas eran siempre furtivas y asustadas, la mayor parte de las veces en el restaurante de él. Cuando nuestro amigo descubrió, casualmente, a la señorita Bompré, vio el cielo abierto. La siguió, averiguó su vida, y se fue a ver a su esposa, a quién le contó su descubrimiento, proponiéndole un plan tan audaz como factible y lógico. Simplemente, le propuso «matar» a Adela Barroso...

El asesino dio una sacudida que hizo que todos le mirasen. Aún tal como estaba, la lividez y el miedo de su cara eran la más completa confesión de culpabilidad posible... Las venas del cuello y la frente de Callaghan parecían más hinchadas que nunca. Denise escuchaba atenta, inclinada hacia adelante en su silla, y todos los demás también. Pierre continuó:

—Matar a Adela Barroso... pero dejarla viva, y en situación de

gozar del amor y parte del dinero de su marido. El plan no podía ser más diabólicamente sencillo, y por fuerza tuvo que tentarla enseguida. Una muchacha sin apenas familia ni amigos y que nunca había estado en la Costa Azul, que además se le parecía como una gota de agua a otra... era casi un regalo de la suerte. Nadie se preocuparía de averiguar su desaparición, y aunque lo hicieran, las probabilidades de ligarla con la asesinada señora de Barroso serían infinitesimales. Y mientras cualquier pobre diablo cargaba con los asesinatos, la pareja de amantes se esfumaría discretamente con las joyas y el dinero que la señora sabía dónde guardaba su marido. Incluso podía tomar el nombre de la muchacha desconocida y continuar viviendo como ella. ¿Quién iba a sospechar, entonces, la verdad?

Se detuvo, haciendo una pausa efectista, no tanto por vanidad o afán de mostrarse seguro de sí mismo como para ganar un minuto... Los minutos eran preciosos ahora, cuando tal vez ya estuviera Chénard con sus hombres rodeando el almacén...

Callaghan le instó a seguir con un gesto. Parecía tallada en roca su cara, más que nunca...

—Adelante. Continúe.

—Bien, yo no puedo saber cómo trataron la cosa, pero ésta es mi teoría: Chauvin proporcionó la idea, y su esposa de usted la redondeó. Ella no le amaba a usted, y se había enamorado de este hombre. Quería escaparse con él... pero un asesinato es cosa grave en demasía. E iban a ser precisos dos, pues usted siempre dejaba un hombre de confianza vigilando su caja fuerte. Las mujeres piensan muy aprisa cuando les conviene. Y ella ideó una variante del plan. Narcotizaría al guardián con una taza de café y mandaría con noche libre a los criados. Después narcotizaría a su víctima cuando llegara a la alcoba para dar el cambiazo. El amante se encargaría de las puñaladas, mientras ella limpiaba las dos cajas de caudales y escapaba con todo. Más tarde, una vez pasada la tormenta, los dos se reunirían a disfrutar de su amor y del botín en plena impunidad. De este modo, ambos quedaban atados al otro. Él sabría la verdadera identidad de ella, y ella que él era el verdadero asesino...

»Era una proposición razonable, y nuestro amigo Chauvin la aceptó. Aparte de que iba a sacar el disfrute de un millón de dólares, o casi, estaba probablemente enamorado de su amante. De

modo que regresó a París, se puso al habla con *Mademoiselle Bompré*...».

Siguió relatando lo sucedido a la muchacha tal como ella se lo dijo, de un modo acompasado y calmado, ganando más minutos con su verborrea y con todos los nervios en tensión. De vez en cuando miraba al silencioso Dutreval, dándose cuenta de que él comprendía su juego. Callaghan estaba pendiente de sus labios, y no le interrumpió ni una sola vez. Denise era toda oídos y aprensión...

—Y así fue como prepararon las cosas. Hay que reconocer que sus probabilidades de éxito eran noventa y nueve de cien. Pero siempre es bueno tener en cuenta al caprichoso Azar... y ellos no lo tuvieron. O mejor dicho, no podían imaginar lo que sucedió. Estaba en realidad fuera de lo previsible...

»Y lo que sucedió fueron dos cosas: Una, que el taxi que conducía a *Mademoiselle Bompré* para realizar el trabajo que le habían encomendado sufriese una avería, y de resultas, ella llegó a la quinta con veinte minutos de retraso. Otra, que aquella misma noche, yo hubiese decidido robar allí.

»Su esposa, Callaghan, cumplió a la perfección su parte de tarea. A las ocho y media llevó una taza de café fuertemente cargada de narcótico al hombre que vigilaba la caja de caudales, tal como llevaba haciéndolo varias noches ya, seguramente. Por eso, el hombre no sospechó nada... Debió dormirse en el acto. Entonces, ella abrió la caja fuerte, arrambló con todo lo que había dentro, sin parar mientes en la pitillera, lo metió en el bolso y subió a su alcoba a esperar a *Mademoiselle Bompré*. Ya tenía allí una bandeja con dos servicios de café preparados...

»Pero allí comenzaron a fallar las cosas. Aparecí yo, la dormí y la eché sobre la cama. Nuestro amigo Chauvin, tenía la entrada a las nueve y cuarto, pero se adelantó unos minutos en su impaciencia. Llegó arriba, vio a una mujer vestida de verde, inconsciente sobre el lecho, y por una sucesión de ideas lógicas, pensó que era la señorita Bompré, de modo que no se paró a mirar mucho, sino que se limitó a moverla un poco para asestarle la puñalada mortal y a salir corriendo a apuñalar al de abajo, escapando por la puerta delantera apenas un minuto antes de que *Mademoiselle Bompré* entrase a su vez, temerosa de sufrir una fuerte repulsa por su tardanza y sin saber que ésta le había salvado

la vida. Y fue así como su esposa recibió el castigo a manos de su propio amante y cómplice, y cómo éste se encontró de golpe y porrazo con que había asesinado a su amante y la que debía ser muerta estaba viva y siendo un tremendo peligro para él... Una bonita y edificante historia, me parece...».

Se hizo un instante de denso silencio. Callaghan miró fijo a los ojos de Pierre, y luego se fue a dónde temblaba el aterrado asesino, que chilló al verle acercarse, retorciéndose inútilmente. La poderosa mano del «boss» se alargó para atrapar al otro por la pechera y se le quedó mirando con tal odio que parecía Una cosa palpable y concreta.

—Con que fuiste tú...

El puñetazo envió contra la pared a Chauvin con silla y todo, haciéndolo rodar al suelo sin sentido. Pierre dio un paso adelante.

—Usted me prometió...

Callaghan se volvió rápido, con feroz expresión.

—¡A callar! Tú creíste tener todos los ases en la mano, «Gato» y te he dejado que lo creyeses, porque me convenía. Pero ya se acabó. Tanto tú como tu amigo estáis en mis manos, y lo mismo Dutreval. Él irá a por mis cosas inmediatamente donde tú las tienes. Dos de mis hombres le acompañarán, y vosotros dos os quedaréis aquí hasta su regreso. Si trae todo, os permitiré escapar con vida, y ya os las arreglaréis con la policía cómo podáis. Esta rata me la quedo yo, para hacerle pagar... Pero si te pones tonto, comenzaremos a tratar a tu amiga a tu vista de un modo que no te va a gustar nada...

Pierre estaba ahora pensando rápido. Aquello lo esperaba desde que encontró allí a Denise, y no se hacía ilusiones con respecto a la promesa de Callaghan. En cuanto tuviera de nuevo lo que deseaba, les mataría a los tres para no dejar detrás peligros...

Sólo que Callaghan ignoraba una cosa, y, por ignorarla, había cometido un error. Un magnífico error...

Se encogió de hombros con gesto cansado.

—Como quieras. No estoy en situación de discutir... —Volvióse a Dutreval, mirándole fijo—. Dutreval, ya sabe dónde está todo. Vaya con esos muchachos y tráigalo pronto, para que podamos marcharnos cuanto antes.

El perista asintió, con cara impasible. De sobra había visto también el error de Callaghan, que parecía un tanto sorprendido de

tan fácil rendición aun cuando también complacido por ella, como lo demostró al decir casi suavemente:

—Me alegra que se muestre tan sensato. Ya me figuraba que Dutreval conocía el sitio... Andando, Burke, Evans; id con él, y mucho ojo. Si hace algo raro, lo quemáis.

Los dos hombres asintieron y un instante después salían junto con Dutreval, cerrándose la puerta tras ellos. Callaghan sacó la pitillera y alargóla abierta a Pierre.

—¿Un cigarrillo? Es mejor que se siente. Y puede hacerlo con su amiga. Tendremos que esperar un poco.

CAPÍTULO XV

Veinte minutos... Habían pasado veinte minutos desde que los tres hombres salieron y nada ocurría aún... Pierre encendió su tercer cigarrillo procurando contener los nervios para no asustar más a Denise de lo que ya lo estaba. Hallábanse sentados uno junto al otro, bajo la mirada impasible y las pistolas de dos de los hombres que habían quedado allí. El tercero vigilaba displicente al caído Chauvin, que, o seguía inconsciente o lo fingía para librarse de más golpes y torturas. Frente a ellos, fumando despacio y sin quitarles ojo, estaba sentado Callaghan. Y el silencio reinante resultaba mucho peor que cualquier otra cosa...

Pasaron cinco minutos más... incluso los hombres de Callaghan comenzaban a acusar la tensión y el silencio. Uno carraspeó, otro dijo algo a media voz en inglés acerca de que estaban tardando mucho... Tan sólo Callaghan seguía impasible, con la quietud de un ídolo implacable, mirando de cuando en cuando hacia el caído asesino de su esposa...

Y luego, bruscamente, comenzaron a sucederse los acontecimientos.

Primero fue una serie de timbrazos cortos que hizo ponerse en pie a Callaghan con una seca maldición y cambiar a sus hombres miradas de inquietud. Pierre respiró con alivio, mientras Denise le miraba expectante, toda ella un manojo de nervios en punta...

Callaghan estaba ahora tomando un teléfono adosado a un ángulo. Escuchó unos instantes con voz tensa, y luego soltó el teléfono, sacó una «Luger» y la encaró hacia Pierre y Denise.

Con un corto grito de terror, la muchacha se aferró a su compañero. Y Pierre dominó su propio miedo ante la muerte que se leía en los ojos de Callaghan para hablar duramente.

—No sea idiota, Callaghan. Nada conseguirá disparando ahora. Usted dijo que tenía la sartén por el mango, y yo le dejé creerlo. En

estos momentos, el almacén se hallará rodeado por la policía y los agentes secretos. Si encuentran aquí nuestros cadáveres, nada le salvará de la guillotina, ni a sus hombres. En el despacho-tienda de Dutreval había tres micrófonos que recogieron toda nuestra conversación...

Callaghan dio una orden seca a sus hombres.

—¡Pronto, esposadlos!

Los tres se les echaron encima. Pierre gritó a Denise a través de sus labios partidos.

—¡No resistas!

Y la muchacha se dejó dominar como él mismo, dócilmente.

El propio Callaghan estaba cortando las ligaduras de Chauvin con rapidez, le dio un formidable puntapié en el costado y le conminó:

—¡Arriba, rata, si no quieres que te remate aquí mismo!

Chauvin demostró que había vuelto en sí levantándose cuan aprisa se lo permitían sus piernas. Uno de los pistoleros le tomó por su cuenta, al tiempo que Callaghan levantaba una trampa del piso dejando una escalera al descubierto y comenzando a bajar.

—¡Aprisa, traedlos para acá! Todavía no me has ganado la partida, «Gato». Y ya veremos quién ríe al final.

Pierre fue llevado allí con el cañón de una pistola en los riñones y obligado a meterse en la escalera. Detrás venía Chauvin, medio llevado por su vigilante, y cerraban la marcha Denise y el suyo. La escalera era corta, y una vez abajo, no se preocuparen siquiera de cerrar la trampa. Los minutos les urgían a los pistoleros ahora...

Cruzaron bocas de galería, torcieron por otras, atravesaron una más amplia... Callaghan habló seco al hacerlo:

—Aunque nos sigan los pasos, van a tardar en descubrir el camino que llevamos, y para cuando lo encuentren, ya estaremos muy lejos de aquí. La barcaza nos llevará a determinado lugar, y de allí iremos a otro donde voy a darme el placer de romperlos los huesos a ti y a tu amiga poco a poco, «Gato», a menos que me entregues lo mío enseguida y sin más trampas. En ese caso, os regalaré una muerte rápida y sin dolor; pero si te niegas... Bueno, entonces, verás en lo que puede convertirse a una muchacha bonita y bien formada...

Pierre no le contestó. Tenía demasiadas cosas en qué pensar. Si

el comisario y sus hombres habían llegado a tiempo de liberar a Dutreval, la partida estaría ganada... Pero, si no, era preciso idear algo para retrasar la escapatoria de los bandidos, aun cuando el hacerlo supusiera su muerte. Desde luego, Callaghan no les mataría hasta haber podido recuperar lo que perdió. Si podía llamar la atención de algún transeúnte o curioso mientras eran trasladados a la barcaza...

A lo lejos sonó algo parecido a un rumor de voces y pasos, detrás de ellos. Una voz habló ominosa a su espalda, mientras se acentuaba la presión de la pistola contra sus riñones.

—Grita y te abraso.

Ni gritó, ni lo hicieron Denise y Chauvin. El instinto de conservación es la fuerza mayor del individuo, y mientras hay vida...

Siguieron recorriendo los infectos y oscuros canales de la red de cloacas durante otro buen rato. Y, de repente. Callaghan apagó la linterna, ordenando:

—Ya estamos; si alguno intenta llamar la atención, pegadle un tiro.

Por encima de su hombro, derecho. Pierre vio una débil claridad crepuscular, tal vez a unos treinta metros de distancia. Siguieron andando, y, al fin, llegaron a la boca de la cloaca. Las luces de la ciudad brillaban al otro lado de las aguas oscuras, y aún quedaba una débil claridad en el cielo. Pero aquí, casi al ras de las aguas del Sena, era prácticamente de noche.

Callaghan salió con toda clase de precauciones, oteando los alrededores, y luego ordenó:

—Adelante. Camino libre.

Salieron todos. Estaban en uno de los terraplenes bajos del río, teniendo delante la isla de Issy, negra y descampada. El puente Pouget cerraba la visión cien metros más arriba. Apenas a cinco de la boca de la cloaca, la negra masa de la barcaza de donde la noche anterior Pierre rescatará a Denise, se encontraba pegada a la ribera y no se distinguía cerca alma viviente, aunque de arriba, por la parte de Boulogne, llegaban los ruidos del tráfico.

El que vigilaba a Pierre emitió tres cortos y rápidos silbidos. En respuesta, sonó otro encima de la barcaza, y se destacó una figura de las sombras. Callaghan habló con alivio.

—Todo va bien. Es Pontret. Vamos, aprisa...

Corrió hacia la barcaza, y sus hombres hicieron apretar el paso a los prisioneros. Callaghan llegó junto a la borda...

Y en el mismo momento, las sombras de los alrededores se animaron, mientras del oscuro interior de la cabina de pilotaje surgía la rechoncha figura del comisario Chénard pistola en mano y seguido de otros tres hombres armados con metralletas. Callaghan lanzó una imprecación que corearon sus hombres y se volvió a mirar alrededor. Por lo menos, seis o siete agentes más, poderosamente armados, estaban apuntándoles desde diversos lugares de la ribera, en imponente semicírculo...

La voz seca y conminatoria del comisario rompió el tenso silencio del momento.

—Suelte esa pistola y levante las manos Callaghan. Está copado y no puede escapar...

EPÍLOGO

Pierre Montal terminó de abrir su ingeniosa caja de caudales, metió las manos en ella y comenzó a sacar cosas de su interior, pasándoselas al hombre del *Deuxième Bureau*, que las fue colocando sobre la mesa bajo las miradas de Denise, el hombre del «Intelligence Service» y el comisario Chénard. Luego, se incorporó con una sonrisa, diciendo:

—Bueno, aquí está todo...

El hombre del «Intelligence Service» ya estaba abriendo la pitillera. Comenzó a sacar y despanzurrar cigarrillos. De ocho de ellos salieron otros tantos rollos de micropelícula que el hombre desdobló, mirándolos al trasluz mientras los franceses le contemplaban expectantes. Al fin, con un suspiro, los dejó en el interior de la pitillera, cerró ésta y se la guardó en un bolsillo interior, sonriendo.

—Gracias a Dios están completos, a lo que parece —dijo—. Desde luego, habrá que examinar las fotografías, pero creo que aquí está todo. Bien, señores, yo debo tomar enseguida el avión para Londres. Sólo me queda expresarles mi gratitud a todos por su ayuda para recuperar estos planos, y asegurarles que mi Gobierno no se olvidará de esto. Buenas tardes...

Estrechó las manos de todos, inclusive las de Pierre, y salió con el hombre del «Deuxième Bureau». Quedaron solos los enamorados y el comisario Chénard. Éste tomó del suelo una gruesa cartera y comenzó a meter en ella las joyas. Cuando sólo quedaron los fajos de billetes se encaró sonriendo con la expectante pareja.

—Bien, *mes amis*. *Cette affaire finie est-elle*

. Como en las películas del Oeste, los malos han perdido la partida y para los buenos llega la felicidad... aunque en este caso no todos sean demasiado buenos. Pero tengo su palabra, Pierre Montal, de

que «El Gato» ha fallecido por completo...

—La tiene, comisario.

—¡Ajá! Bien, pues todo está resuelto. *Ce cochon* de Chauvin ha confesado fácilmente. El tratamiento de Callaghan no le dejó muchas fuerzas... Todo ocurrió tal y como usted supuso, Pierre. Le felicito por su inteligencia. Habría hecho un excelente policía... En cuanto a Callaghan, tiene para rato. Entre lo que grabamos en los dictáfonos y lo que encontramos en el sótano del almacén, más lo que aún pescaremos en otros de sus escondrijos, suerte tendrá si escapa con veinte años. Está listo ya...

Carraspeó y continuó, señalando a los billetes sobre la mesa.

—Ahí queda ese dinero, Pierre. Legalmente pertenecía a Callaghan, y como tenemos sus frases grabadas cediéndoselo, legalmente le pertenece a usted. No quiero molestarme en contarlos. Tal vez haya más de lo que él tenía en su caja fuerte, pero no podría asegurarlo. Creo, no obstante, que habrá lo suficiente para que un hombre de su inteligencia se abra camino en cualquier parte. Dutreval y yo ya nos las arreglaremos con lo del entierro de «El Gato» y el pago de sus deudas. Era un buen muchacho... pero no debe jamás resucitar. A usted se lo encargo, *mademoiselle*...

—Descuide usted, comisario —sonrió Denise, cogida del brazo de Pierre—. No resucitará...

—Bueno, pues ya no me, queda nada que hacer aquí, más que desearles mucha suerte y más felicidad. Ya me escribirán alguna vez para decirme cómo les va la cosa por América... —Pareció acordarse entonces de algo, porque metió mano al bolsillo sacando un sobre abultado, que tendió a Pierre—. ¡Caramba, se me olvidaba! Aquí están sus pasaportes en toda regla, y también dos pasajes de primera clase para el «Ile de France». Tienen tres días para casarse y preparar el equipaje. Habrá un hombre nuestro en el muelle viéndoles partir, y les aconsejo no perder el barco. Espero que me inviten a la boda... Además, un regalo del Ministerio. Un indulto total para el ciudadano de la República, Pierre Montal, por cualquier delito contra las leyes del país que haya cometido hasta ayer. Yo mismo la he rellenado. Pierre, no vuelva jamás a las andadas...

Un minuto después, los dos enamorados quedaban solos.

—El viejo Chénard es un gran hombre, ¿no te parece?

—Mucho... Pero ya le has oído. «El Gato»...

—«El Gato» ha muerto, Denise. Te lo prometí y siempre cumplo mis promesas. Mañana nos casaremos, y luego, a América. Hay aquí casi cien mil dólares. Podremos establecernos en Brasil o cualquier otro país y prosperar. Ya lo verás. Y dentro de veinte años, regresaremos a Francia con nuestros hijos para visitar al comisario Chénard y recorrer de nuevo los lugares donde «El Gato», estuvo a punto de meterse en los brazos de «*Madame*» y ganó el mejor botín de su vida aventurera. A ti, *cherie*...

Denise refregó, mimosa, su mejilla contra la de él, y luego volvieron a juntarse sus labios...

FIN



TRES BALAS

... eran suficientes para romper el telón de un misterio impenetrable, angustioso y sutil como la misma muerte...

¿Pero quién era quién para dispararlas... contra el verdadero culpable?

Si a usted, amigo lector, no le importa permanecer varias horas intensamente obsesionado por un complejo y palpitante misterio; si sus nervios están lo suficientemente templados para resistir sin consecuencias el denso clima de emoción de esta obra sensacional, dinámica y apasionante:

TRES BALAS

le recomendamos con el mayor interés que no deje de leerla; porque es una de las mejores novelas del celebrado autor.

ALAN CARSON

y otra afortunada selección con destino a la gran COLECCION SERVICIO SECRETO que se la ofrecerá a usted en su próximo número

TRES BALAS

Una novela distinta a todas, escrita únicamente para lectores audaces e inteligentes... ¡y usted es uno de ellos!

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

231. — A. Rolcast
EL NIETO DEL HIDALGO

COLECCION "BUFALO"

73. — J. León
TAN SOLO UN JUGADOR

COLECCION "PANTERA"

13. — Meadow Castle
DOS TIPOS ORIGINALES

COL. "SERVICIO SECRETO"

245. — Cliff Bradley
LA SOMBRA DE "MADAME"

COLECCION "LAUREL"

34. — LOS MEJORES MADRIGALES
DE LA LENGUA CASTELLANA

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"
14. — EL PEQUEÑO COMERCIANTE

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

440. — May Carré
SOLOS EN LA NIEVE

COLEC. "MADREPERLA"

335. — Armando Sandoval
NOCHES SIN AURORA

COLECCION "ROSAURA"

230. — Mary Vidal
AMOR BAJO AMENAZA

COLECCION "AMAPOLA"

166. — José Luis de Marcenat
TORTURA EN EL ALMA

COLECCION "ALONDRA"

119. — Trini de Figueras
TUS OJOS EMBRUJAN

COLECCION "CAMELIA"

80. — G. Colomer
EL SECRETO DE JACQUELINE

COLECCION "ORQUIDEA"

30. — Sergio Duval
EL ALMA PERDIDA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona :: Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**¡UN LIBRO QUE LE AYUDARA A TRIUNFAR.
MOSTRANDOLE LA FORMULA MAGICA PARA
VENDER MAS!**



EL PEQUEÑO COMERCIANTE

*Es el título del próximo
volumen de la ya
famosísima COLECCION PRACTICA*

EL PEQUEÑO COMERCIANTE

Leyendo simplemente este libro, sabrá usted cómo montar y gobernar un establecimiento con las mayores probabilidades de éxito, las medidas infalibles para anular la competencia, vender más y obtener mayores beneficios, a la vez que conocerá todo lo referente a la técnica de la venta en el mostrador, arte de vender en general, cualidades del buen comerciante, etc.

EL PEQUEÑO COMERCIANTE

se publicará en el próximo número de la
COLECCION PRACTICA

¡que aparecerá esta misma semana!

De venta en todos los quioscos y librerías
De no hallarlo en su localidad, solicítelo a

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



...PARA LEER

& DDT

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.



Si no conoce usted todavía la sensacional

Colección DAN

SERIE

BISONTE GRAFICO

*preprese a ver y leer
las más espectaculares
aventuras, a través del
número 5 de la*

Colección DAN

Serie BISONTE GRAFICO

que aparecerá esta misma semana y, como en todas, con este excepcional contenido:

- * Una aventura larga completa.
- * Un emocionante episodio de **EL JUSTICIERO ERRANTE**.

y la sección cultural, de alto valor documental:

A TRAVES DE LA HISTORIA DE NOROCCIDENTAL AMERICA.

Un alarde de ilustraciones jamás igualado, a un significativo precio de 1'25 ptas.

Colección DAN

Serie BISONTE GRAFICO

Adquiera usted el próximo volumen, que aparecerá esta misma semana

De venta en todos los quioscos y librerías

De no hallarlo en su localidad solicítelo a

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

El último volumen aparecido de la magnífica y excepcional



ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

expone los graves peligros de la obesidad y la delgadez, describiendo otros temas de palpitante interés, y lleva por título:

NI GORDOS NI FLACOS

A través de sus interesantísimas páginas, conocerá usted los modernos y más eficaces métodos para engordar o adelgazar sin peligro alguno, así como los mejores medios para combatir las afecciones hepáticas, procedimientos para conservar y aumentar la vitalidad en el hombre, a la vez que hallará la contestación a estos interrogantes: ¿Son incurables las enfermedades del corazón? ¿Cómo es el estómago humano?

NI GORDOS NI FLACOS

otro volumen, de permanente utilidad, publicado en el último número de

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

¡y que a usted le conviene leer!

De venta en todos los quioscos y librerías

De no hallarlo en su localidad solicítelo a

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Coleen Gray

N.º 37 La protagonista de "Alas de fuego" y "El beso de la muerte", entre otras, cuenta 33 años de edad, y nació en Nebraska.

Foto UNITED ARTISTS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5' ptas. Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50

